

10

10

10

10





PERSONA FISI
DE
TRAGEDIA
CARLOTA
MAXIMILIANO



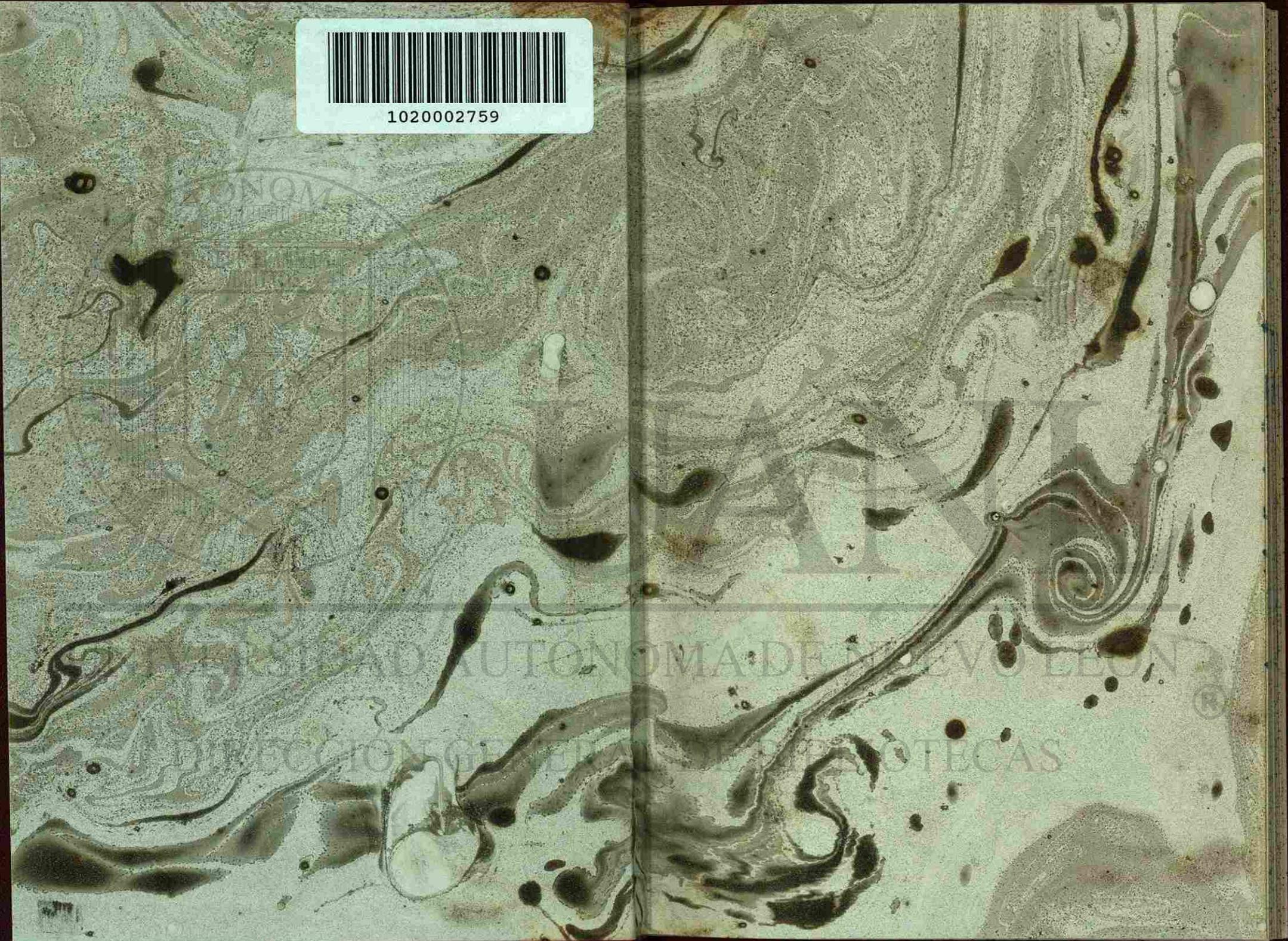
MAZONCO



F1233
.M395
E549
T04654



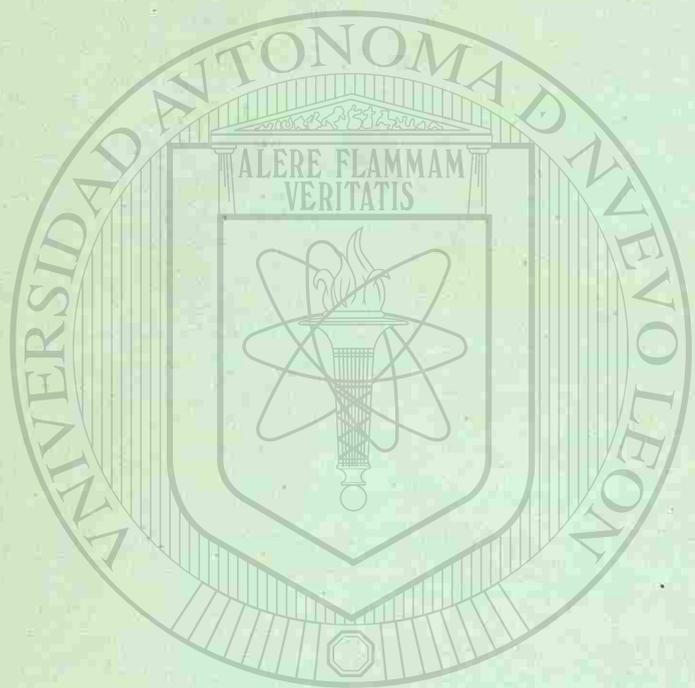
1020002759



CONQV

ESTADO AUTÓNOMO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



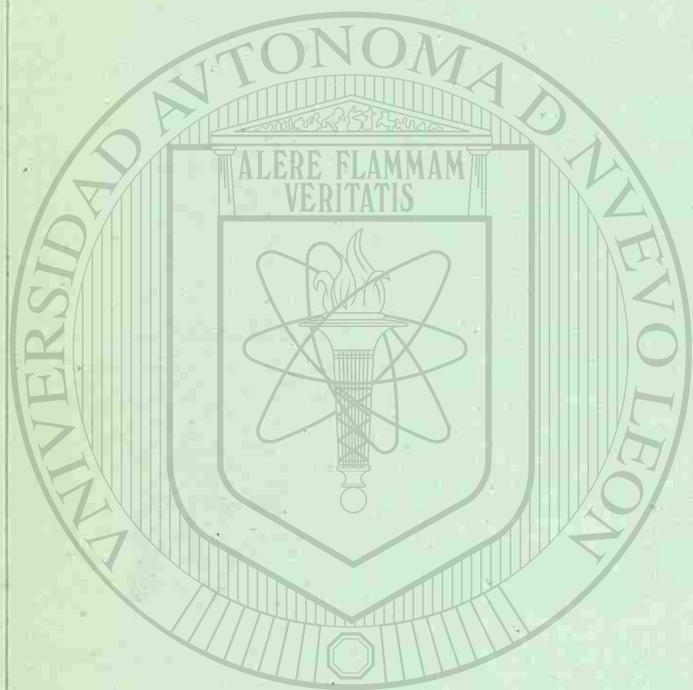
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



104654



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10481

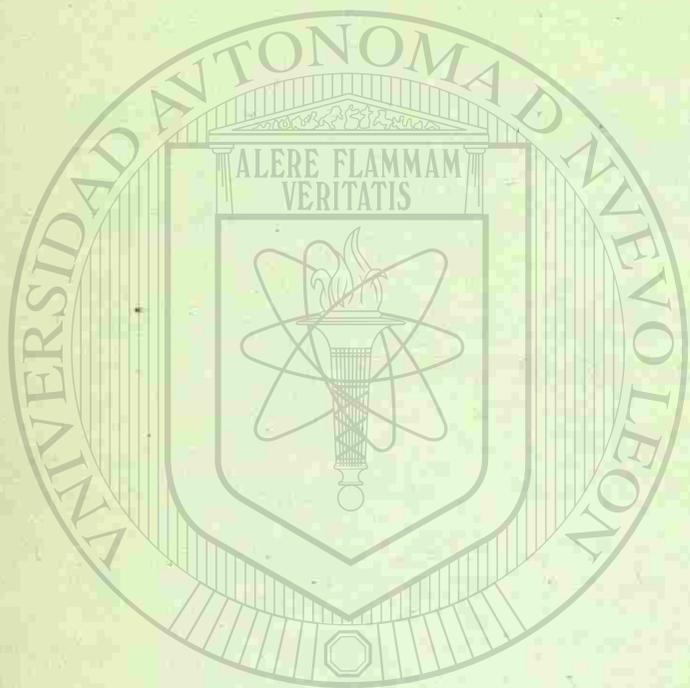
1/2 Rose

Junios:

Para usted, con la estimación y cariño que Hortensio le demostró siempre. —

ISP bel

Méx. nov. 22/56. —



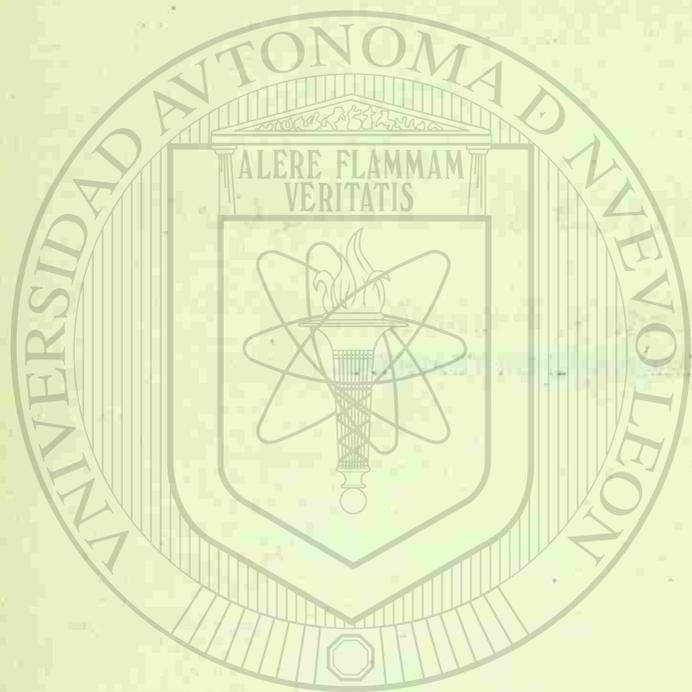
PERSONAJES DE TRAGEDIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





H O R T E N S I A E L I Z O N D O

Personajes de Tragedia

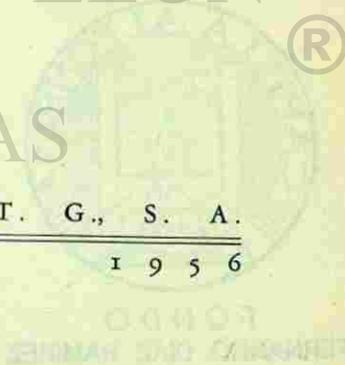
Carlota y Maximiliano

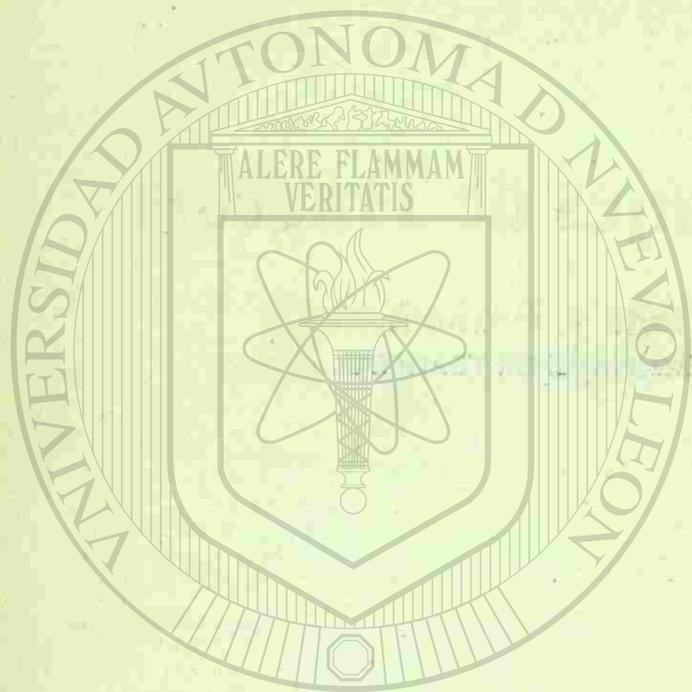
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDITORIAL CULTURA, T. G., S. A.
MEXICO, D. F. • 1956





H O R T E N S I A E L I Z O N D O

Personajes de Tragedia

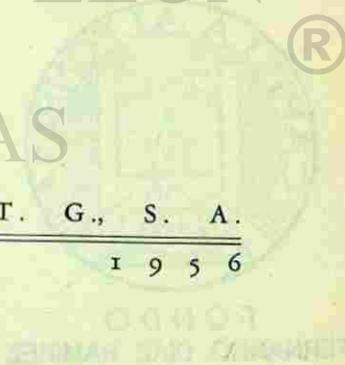
Carlota y Maximiliano

U A N L

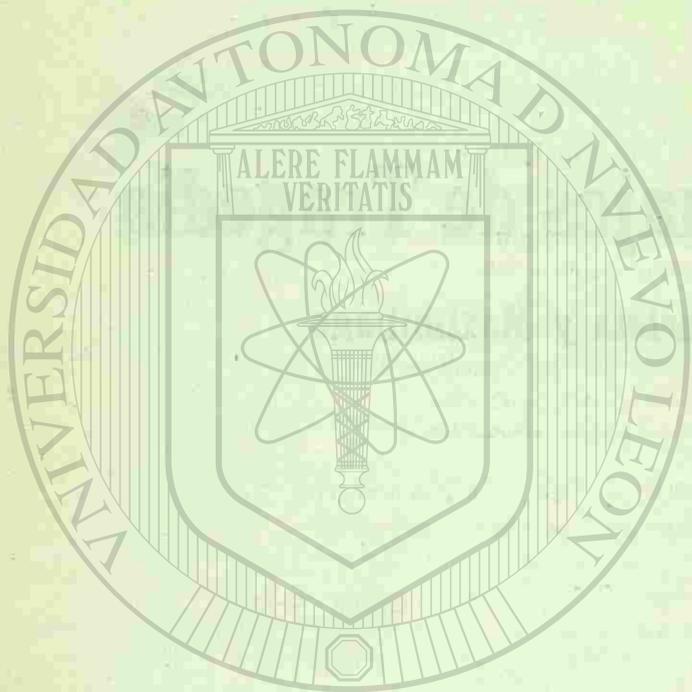
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDITORIAL CULTURA, T. G., S. A.
MEXICO, D. F. • 1 9 5 6



F1233
M395
E549



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

OBSEQUIO

PARA Hortensia Elizondo, la escritora
De la cálida voz arrulladora.

Tú tienes todos los imanes: gracia,
Dulzura, cortesía, bondad, talento,
Franqueza, corazón, aristocracia.
Sencillez, elegancia, arrobamiento.

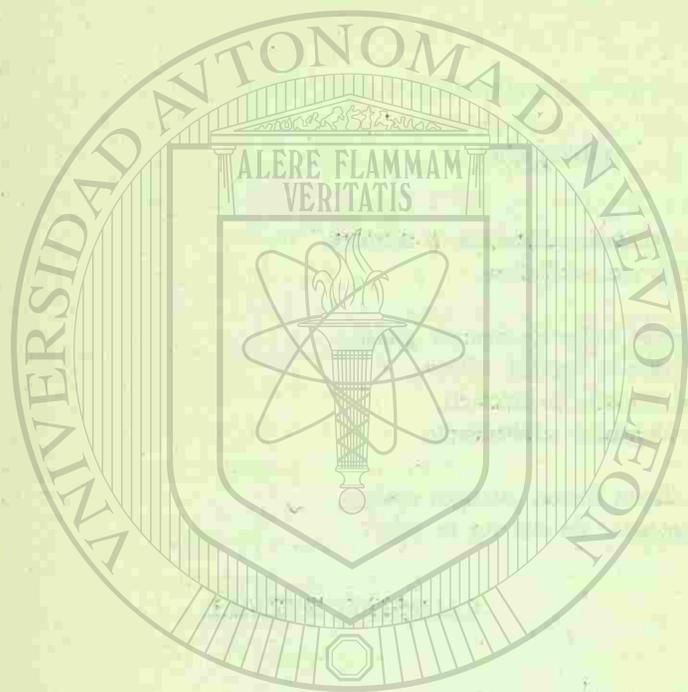
Los dioses fueron pródigos contigo.
¡Te dieron todo! En alta voz lo digo.

CALOGERO SPEZIALE.

México, D. F., a 19 de marzo de 1935.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Me propuse publicar Personajes de Tragedia, de Hortensia Elizondo, porque juzgué un deber ineludible que el esfuerzo literario de quien tiene ganado un lugar en el Parnaso de las Letras Mexicanas, y de quien fue para mí una hermana, no se perdiera ni quedara en los resumideros del anonimato.

Este fue el último trabajo que salió de aquella mente privilegiada y culta; de aquella pluma elegante y vigorosa; de aquel espíritu sensitivo y vehemente. Presencí su gestación fervorosa. Vi cómo iba emergiendo tras largos días de acuciosa documentación histórica; plasmándose tras febriles jornadas de labor apasionada. Y cuando tomó cuerpo, fui la primera en compartir con Hortensia el júbilo intenso del propósito logrado.

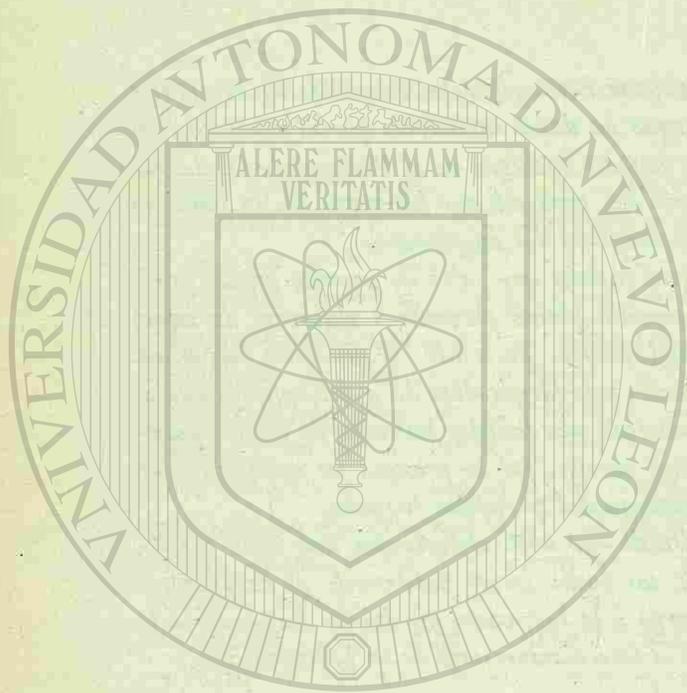
Libro pues, realizado con tanto entusiasmo, con tanto cariño, con tanta dedicación, no podía serme indiferente al desaparecer su autora. Y hoy, surge a la luz, como un devoto homenaje a la entrañable amiga, en el tercer aniversario de su fallecimiento.

México, D. F., a 1º de octubre de 1956.

Isabel FARFÁN CANO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

HORTENSIA ELIZONDO

ENTRE LAS MUJERES de más alto relieve intelectual que ha producido el país, figura Hortensia Elizondo. Originaria de Lampazos, N. L., desde los ocho años manifestó sus inclinaciones literarias en sentidas cartas que escribiera a su madre. Educada en un ambiente de refinada cultura, entra a la adolescencia, poseyendo dos idiomas además del propio, el inglés que aprendiera en el Colegio de Saint Michael's, en San Antonio Texas, y el francés en el College de Sillery de Quebec, donde, hechizada por el paisaje, habría de anotar en las páginas de su diario infantil, emotivas descripciones del río San Lorenzo; de los nevados bosques circunvecinos, de los amaneceres y de los crepúsculos incomparables y únicos del Canadá. Continuó su educación, viajando con su familia por Francia, Inglaterra, Suiza, Italia y España. Y mientras más se prolonga su paso por el Viejo Mundo, más irrefrenable se hace su inquietud de exteriorizar en letras de molde sus impresiones y sus observaciones. Así, aquella sensibilidad delicada, aquel caudaloso talento precoz, rompe los diques que lo contenían y se inicia en el periodismo, escribiendo crónicas con el seudónimo de Ana María para *El Mundo* de Tampico, *La Prensa* de San Antonio Texas, y *La Opinión* de Los Angeles. El éxito alcanzado por la juvenil escritora fue tan grande, que tomó valor para firmar con su propio nombre la interesante sección *Siluetas de París*. Nuevamente en los Estados Unidos, Hortensia

—que radica con los suyos en Nueva York— amplía sus colaboraciones y escribe para el *Diario de la Marina* de La Habana, para *El Nuevo Diario* de Caracas, para *El Diario de Yucatán* y *El Ilustrado* de México, una serie de artículos que llama "Mi Broadway", además de cuentos y prosas, admirando a los directores de estas publicaciones con la fuerza de su pensamiento y con la transparencia de su prosa. No parecía una amateur sino una escritora ya cuajada. Tampoco una chiquilla sino una mujer madura.

Hortensia Elizondo cambia su residencia a Los Angeles e ingresa a las aulas para continuar sus estudios universitarios. Paralelamente, empieza a cultivar el periodismo cinematográfico, escribiendo para varias revistas de Cuba, México y Sudamérica, reportajes, entrevistas y diversos artículos sobre cine. En todos ellos, asoma su innato sentido crítico. Aquel sentido crítico que cuando era una escolapia, la hacía revelarse contra la enseñanza memorista de la maestra, que convertía al alumno en simple repetidor de lecciones. En 1931, familiarizada con el ambiente cinematográfico, interiorizada hasta el detalle de la construcción técnica y artística de las películas—por la asiduidad con que frecuenta los Estudios fílmicos— abandona el comentario ágil, la reseña ligera, la entretenida y chispeante columna de anécdotas de los artistas en boga y entra de plano a la crítica, siendo *Revista de Revistas*, quien publicara su primera crónica, firmada con el seudónimo de Laura de Pineda, que inauguraba la sección, *Revista de Revistas en Hollywood*. En 1933, Hortensia, sintiendo la nostalgia de la patria, retorna a ella e ingresa a la revista *Todo*, donde se hace cargo de la página de cine. Tal importancia adquirió su sección por la seriedad y justeza de los juicios,

que varios exhibidores de provincia, llegaron a rechazar cintas mediocres que los productores les ofrecían como excelentes. Posteriormente le confieren la crítica cinematográfica de la revista *Hoy*, que realizó durante años. Conquistó tan firme y sólido prestigio, que la consideraron como uno de los críticos de cine más autorizados del país. Atendiendo a este mérito, al aliento patriótico de su labor en pro de la cinematografía nacional y a sus cualidades de escritora, *Revista de Revistas* en 1952, la colocó en su galería de *Valores permanentes de México*.

Mas, al par que Hortensia destacaba como crítica de cine, destacaba como articulista de fondo de *La Prensa*, de San Antonio y *La Opinión*, de Los Angeles, donde, inclusive, hizo famosas sus columnas *Lo que se ve, lo que se oye y lo que se dice en México*, *Metropolitanas* y *México actual*. Esta fase de su periodismo, también se caracterizó por la sagacidad de su espíritu crítico, por su sentido del análisis, profundo, exhaustivo, y por su notable visión política, tanto nacional como internacional. Viajera incansable, hasta el final de sus días, plasmó en páginas admirables sus recorridos por México y por el extranjero. Prueba elocuente son las series *Mérida la Blanca* (1934), que publicó en *Todo*; *Viaje a las montañas michoacanas* (1939), que publicó en *La Prensa* y en *La Opinión*; *Mi viaje a Chiapas* (1951), que publicó en *Excelsior*; *Tres meses en Europa* (1952), que *Revista de Revistas* publicara con profusa ilustración. Todas esas crónicas merecen, por su contenido y belleza literaria, recogerse en un volumen, en lugar de que estén alimentando polillas de hemeroteca. Asimismo, esta apasionada de las letras, cuya capacidad de trabajo, agilidad mental y versatilidad periodística sorprenden, era una extraordinaria cuentista. En su libro *Mi Amigo Azul* (1934), que corresponde, digamos, a la primera etapa

de su brillante trayectoria, aparecen veintidós cuentos que la consagran. En periódicos y magazines publicó otros muchos que también debieran compilarse. Su segundo libro, que no alcanzó a editar, fue *Personajes de Tragedia* (1952), estudio histórico literario sobre Carlota y Maximiliano. En esta obra, de fuerte textura dramática, puede medirse la potencia de su pensamiento, su fina sensibilidad, su talento descriptivo, su inspiración creadora, la riqueza de su léxico, la soltura de su prosa, la belleza de su estilo. Y, algo que importa subrayar: su acendrado patriotismo. Pues, si la esteta nos emociona y nos conmueve con el trágico destino de sus protagonistas, como mexicana de purísima cepa, nos afirma en la mística de Juárez. Carlota y Maximiliano constituyen el sistema nervioso de la obra. Benito Juárez constituye el torrente sanguíneo. Carlota y Maximiliano son el drama, Benito Juárez es la Patria. La Patria férrea, indomable, que surge del imperio de la opresión al imperio del respeto, de la justicia y de la libertad.

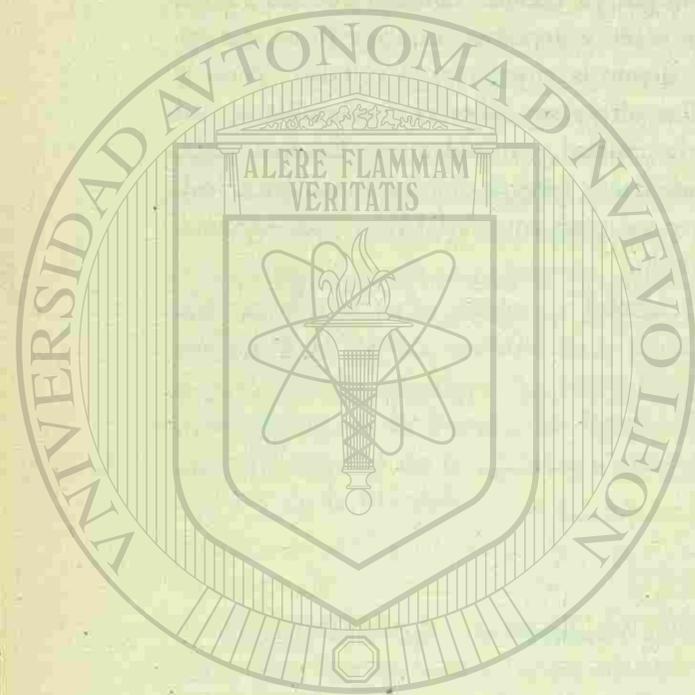
* * *

Desgraciadamente, circunstancias adversas, que llamaremos destino, un destino injusto, acabaron con la vida de Hortensia Elizondo. Precisamente cuando había llegado a la plenitud de su madurez intelectual, cuando tenía un riquísimo acervo de cultura, que incluía el dominio de cinco idiomas. Cuando era toda proyectos y empezaba a escribir obras para la dramática del cine y del teatro. ¡Qué grandes cosas hubiera logrado en estos campos con aquella fuerza creadora, con aquel sentido crítico que la tipificó y que dio consistencia y singularidad a cuanto salió de su versátil pluma! Asimismo, cuán importante habría sido su aportación en esta hora de la mujer que estamos viviendo. Hora que

requiere, como nunca, altos exponentes del pensamiento y de la acción constructiva del elemento femenino. Sí, con la desaparición de Hortensia Elizondo, México perdió a una de sus mujeres más valiosas. Y no sólo por su talento, también por sus valores morales. En ella, alma noble y generosa, carácter firme, sin en-crucijadas, jamás hincó diente la envidia ni la ruindad. Amó la verdad y la belleza. Fue altiva sin soberbia, inalterable en sus convicciones, sólida en la amistad, profundamente humana, justa. Fue, como la tierra donde nació, íntegra, sincera, espontánea, leal. ¡Una gran inteligencia y un gran corazón! Una mujer superior. Eso fue Hortensia Elizondo.

I. F. C.

NOTA: Esta primera edición de *Personajes de tragedia*, no es comercial. Los ejemplares se obsequiarán a bibliotecas, centros literarios, publicaciones periodísticas, a compañeros y amigos de la autora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

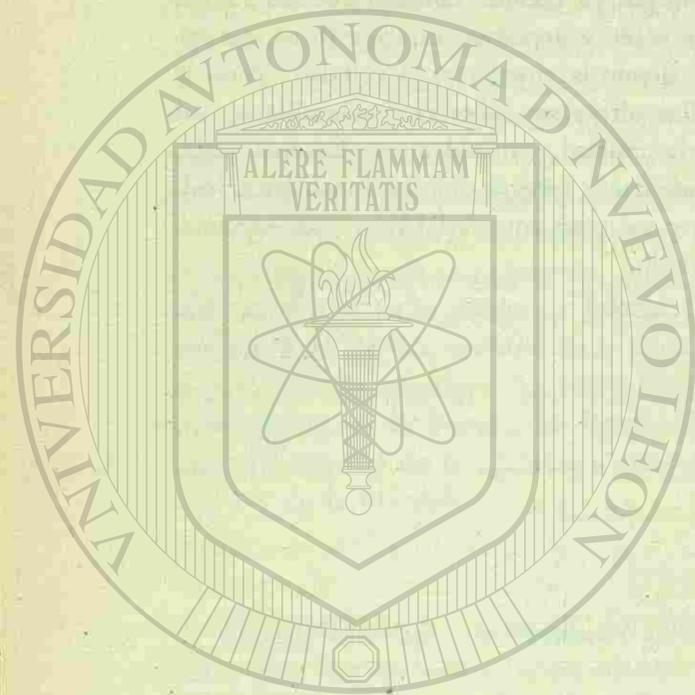
FATALISMO

POCAS figuras de la historia revelan tan claramente como los efímeros monarcas del segundo imperio mexicano, que la vida puede estar supeditada a circunstancias ineludibles, determinantes de un destino.

Si Maximiliano hubiese sido un príncipe musulmán y no un archiduque católico de Austria, su trágica suerte que terminó en el patíbulo del Cerro de las Campanas, se esgrimiría hoy como una prueba inequívoca de Fatalismo.

Y de no mediar la fe cristiana que rechaza la vana y supersticiosa doctrina, adjudicando los actos humanos al libre albedrío inspirado por un Ser Supremo, diríase que el rubio príncipe de la casa de Austria y su consorte Carlota que compartió con él la tremenda tragedia de una monarquía fincada sobre engañosos espejismos, fueron dos predestinados, dos seres a quienes un índice misterioso e invisible señaló para vivir el drama en un tenebroso escenario del que nada ni nadie pudo libertarlos.

Todo se confabula contra ellos para escogerlos en su destino. Revisando en la historia los factores que determinaron la elección de Maximiliano para el trono de México que habría de llevarlo a la inmólación de su vida en Querétaro, y a la enajenación mental de la altiva y ambiciosa Carlota, vemos emerger, como de un



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

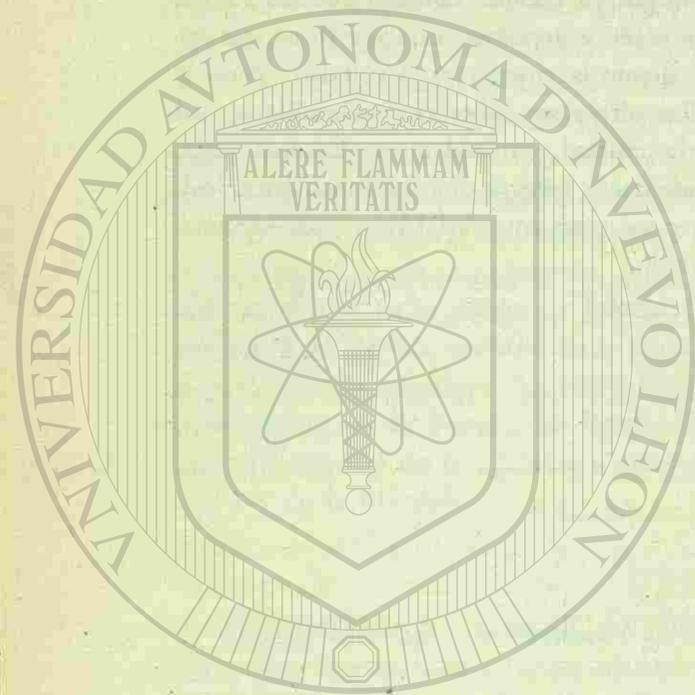
FATALISMO

POCAS figuras de la historia revelan tan claramente como los efímeros monarcas del segundo imperio mexicano, que la vida puede estar supeditada a circunstancias ineludibles, determinantes de un destino.

Si Maximiliano hubiese sido un príncipe musulmán y no un archiduque católico de Austria, su trágica suerte que terminó en el patíbulo del Cerro de las Campanas, se esgrimiría hoy como una prueba inequívoca de Fatalismo.

Y de no mediar la fe cristiana que rechaza la vana y supersticiosa doctrina, adjudicando los actos humanos al libre albedrío inspirado por un Ser Supremo, diríase que el rubio príncipe de la casa de Austria y su consorte Carlota que compartió con él la tremenda tragedia de una monarquía fincada sobre engañosos espejismos, fueron dos predestinados, dos seres a quienes un índice misterioso e invisible señaló para vivir el drama en un tenebroso escenario del que nada ni nadie pudo libertarlos.

Todo se confabula contra ellos para escogerlos en su destino. Revisando en la historia los factores que determinaron la elección de Maximiliano para el trono de México que habría de llevarlo a la inmólación de su vida en Querétaro, y a la enajenación mental de la altiva y ambiciosa Carlota, vemos emerger, como de un



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

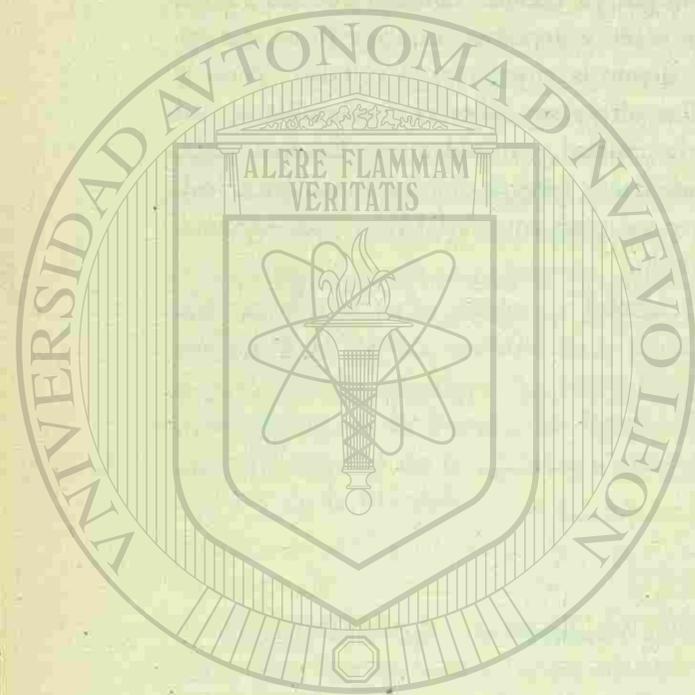
FATALISMO

POCAS figuras de la historia revelan tan claramente como los efímeros monarcas del segundo imperio mexicano, que la vida puede estar supeditada a circunstancias ineludibles, determinantes de un destino.

Si Maximiliano hubiese sido un príncipe musulmán y no un archiduque católico de Austria, su trágica suerte que terminó en el patíbulo del Cerro de las Campanas, se esgrimiría hoy como una prueba inequívoca de Fatalismo.

Y de no mediar la fe cristiana que rechaza la vana y supersticiosa doctrina, adjudicando los actos humanos al libre albedrío inspirado por un Ser Supremo, diríase que el rubio príncipe de la casa de Austria y su consorte Carlota que compartió con él la tremenda tragedia de una monarquía fincada sobre engañosos espejismos, fueron dos predestinados, dos seres a quienes un índice misterioso e invisible señaló para vivir el drama en un tenebroso escenario del que nada ni nadie pudo libertarlos.

Todo se confabula contra ellos para escogerlos en su destino. Revisando en la historia los factores que determinaron la elección de Maximiliano para el trono de México que habría de llevarlo a la inmolación de su vida en Querétaro, y a la enajenación mental de la altiva y ambiciosa Carlota, vemos emerger, como de un



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

FATALISMO

POCAS figuras de la historia revelan tan claramente como los efímeros monarcas del segundo imperio mexicano, que la vida puede estar supeditada a circunstancias ineludibles, determinantes de un destino.

Si Maximiliano hubiese sido un príncipe musulmán y no un archiduque católico de Austria, su trágica suerte que terminó en el patíbulo del Cerro de las Campanas, se esgrimiría hoy como una prueba inequívoca de Fatalismo.

Y de no mediar la fe cristiana que rechaza la vana y supersticiosa doctrina, adjudicando los actos humanos al libre albedrío inspirado por un Ser Supremo, diríase que el rubio príncipe de la casa de Austria y su consorte Carlota que compartió con él la tremenda tragedia de una monarquía fincada sobre engañosos espejismos, fueron dos predestinados, dos seres a quienes un índice misterioso e invisible señaló para vivir el drama en un tenebroso escenario del que nada ni nadie pudo libertarlos.

Todo se confabula contra ellos para escogerlos en su destino. Revisando en la historia los factores que determinaron la elección de Maximiliano para el trono de México que habría de llevarlo a la inmolación de su vida en Querétaro, y a la enajenación mental de la altiva y ambiciosa Carlota, vemos emerger, como de un

ovillo ignoto, un hilo sutil, intangible, que los va envolviendo y aprisionando en un círculo de tragedia. Él, muerto por un pelotón republicano a los treinta y cinco años; y ella, sufriendo un martirio mayor al sobrevivirle ¡durante seis décadas! hasta 1927 en que muere en Bélgica a los ochenta y siete años, sin haber recordado jamás la razón.

Maximiliano pudo abdicar, huir, salvarse aún de Querétaro. Se le ofrecieron muchas oportunidades, hasta aquella que ansiosamente le proporcionaba la Princesa de Salm Salm, una franco-neoyorkina casada con un noble prusiano de la corte imperial, que supuestamente se había prendado del bello emperador de México.

Pero él no aprovechó ninguna porque, aunque débil, iluso, quizá irresoluto, no era un cobarde. Pudo más en él su sentido aristócrata que prefiere el honor de una muerte digna, a la derrota y el desprecio del que huye, o a la posición desairada del fracasado.

Pudo también no aceptar el trono de aquel país desconocido y distante cuando la misión de la "Junta de Notables" de México se acercó a Miramar para ofrecérselo; y Napoleón III, desde París, lo incitaba con sardónica sonrisa a la aventura. De hecho titubeó, dudó en el más amargo escepticismo durante largos meses hasta mayo de 1864 en que arribó con Carlota a Veracruz. De ello hay constancia en los versos que escribiera antes de partir cuando, sin querer ver a nadie, estuvo tres días encerrado en el *Gartenhaus* del castillo, absorto en la contemplación del mar que tanto amaba y debatiéndose en conjeturas sobre su terrible decisión.

Pareció prever la tragedia, y, sin embargo, no tuvo el suficiente dominio para imponerse a sus fatales augurios ni para contrarrestar las circunstancias que lo empujaron a su triste suerte.

Decía entonces en aquellos proféticos versos, literalmente traducidos del alemán:

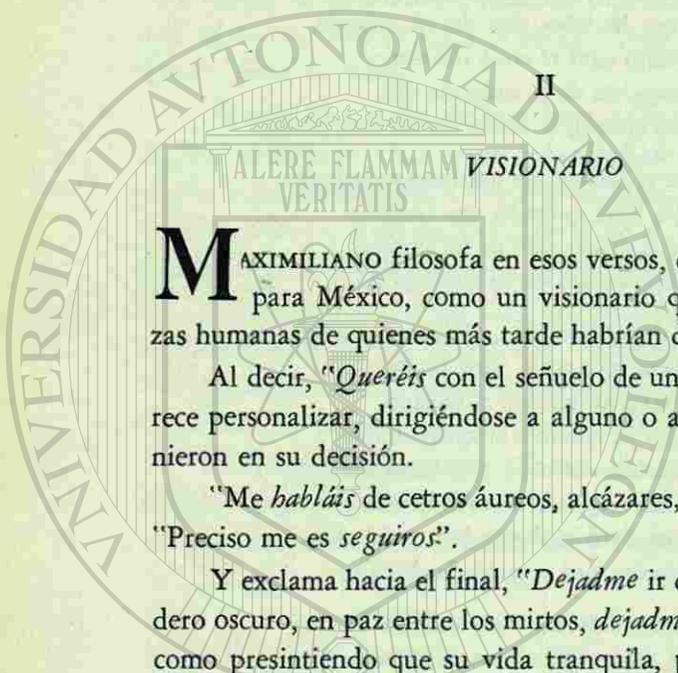
¡Preciso es separarme por siempre de mi patria,
del cielo de mis dulces primeras alegrías;
preciso es que abandone con mi dorada cuna
ya rotas, las que a ella me unen santas ligas!
¡La tierra en que los años ríen de mi infancia
y del amor primero sentí el ansia infinita,
voy a dejar a impulsos de la ambición que,
gracias a vuestro anhelo, el fondo del corazón abriga!

Queréis con el señuelo de un trono seducirme
mostrándome las locas quimeras que fascinan.
¿Debo escuchar el dulce canto de las sirenas?
Triste del que en el canto de las sirenas fía.

Me habláis de cetros áureos, alcázares, potencia;
la senda que a mis ojos abris, nada limita.
¡Preciso me es seguiros allende el Océano,
de un mundo que yo ignoro a la lejana orilla!
Queréis tejer con hilos de oro y con diamantes
la urdimbre ya tan frágil de mi callada vida.
Pero, ¿podréis en cambio, darme la paz del alma,
o son, para vosotros, oro y poder la dicha?

Dejadme ir descuidado por mi sendero oscuro,
en paz entre los mirtos, dejad que alegre siga.
La ciencia me es más dulce y el culto de las musas
que el esplendor del oro que en la diadema brilla.

Presentimiento amargo y fatídico el que destilan las líneas de sus versos. No habría de encontrar ni paz ni felicidad en México. Y, aunque previó su infortunio futuro, no pudo evitarlo. Estaba escrito que él y Carlota vivirían dentro del círculo fatal de sus trágicos destinos.



II

VISIONARIO

MAXIMILIANO filosofa en esos versos, escritos antes de partir para México, como un visionario que percibe las flaquezas humanas de quienes más tarde habrían de abandonarlo.

Al decir, "*Queréis con el señuelo de un trono seducirme*", parece personalizar, dirigiéndose a alguno o a todos los que intervinieron en su decisión.

"*Me habláis de cetros áureos, alcázares, potencia*" —continúa. "*Preciso me es seguiros*".

Y exclama hacia el final, "*Dejadme ir descuidado por mi sendero oscuro, en paz entre los mirtos, dejadme que alegre siga...*", como presintiendo que su vida tranquila, pacíficamente incolora de Miramar, tan afín a su carácter contemplativo y soñador, era más estable, más segura y feliz que los más tentadores imperios de la tierra.

En esa personalización inequívoca de sus versos, ¿se dirige a los monarquistas mexicanos que venían a ofrecerle un trono sobre un volcán de pasiones y sangrientas divergencias políticas? ¿O es a Napoleón III, el hombre que desde época tan remota como 1846, en su prisión de Ham, soñó con crear un imperio francés en "algún país de Latino América", quizá pensando ya en un dó-

cil monarca, para moverlo como fácil agente de Francia contra la creciente influencia de Estados Unidos?

Es a ellos y a otros más, seguramente. A Napoleón, porque preveía que su apoyo no iba a durar sino hasta que así le conviniera, y que lo abandonaría a su suerte en el más cruel de los engaños. Y a los mexicanos encabezados por Gutiérrez de Estrada, porque sentía que aquéllos que se decían representantes de México, no eran toda la nación, y en su país, donde hubiese un solo republicano presente, se les tildaba de traidores por entregar el gobierno de su patria a extranjeros. Probablemente anticipaba ya que aquel plebiscito exigido por él para aceptar la corona mexicana, había sido sólo una farsa, una burda y violenta imposición a base de bayonetas francesas que desde 1862, invadían a sangre y fuego el territorio donde iba a reinar.

Quizá también evoque a la Emperatriz Eugenia, la oscura ex-condesa española que aspiraba secretamente a una reconquista de las perdidas colonias de España mediante su intervención; y que era en esa época, la más decisiva influencia sobre su marido el Emperador.

O tal vez a Pío IX que jamás concedería el Concordato, tan ansiosamente esperado por su imperio en la caótica lucha de clericales conservadores y republicanos reformistas.

Y su hermano, Francisco José, ¿su amargura va dirigida igualmente a él? El Emperador de Austria parece tener especial interés en alejarlo de Europa. Se cuchicheaba en la corte de Viena que el bello archiduque había puesto sus ojos en su lindísima cuñada, la Emperatriz Isabel, a quien no le era indiferente. No hay prueba alguna al respecto naturalmente, ya que las intimidades de las casas reales se guardan en profundo secreto y sólo trascienden a la posteridad como meras hipótesis. Así, la causa del sui-

cidio de Rodolfo, primogénito de Francisco José y sobrino de Maximiliano, jamás se ha sabido en su estricta verdad. Y de igual manera, esa animosidad del Emperador hacia su hermano que lo obliga a renunciar a sus derechos de sucesión al trono austriaco antes de partir para México, y más tarde le escatima su ayuda cuando él está al borde del cadalso, no tienen otra explicación que una puramente personal, una razón privada, de familia.

Y Carlota, su mujer, la princesa belga henchida de ambiciones y enferma de herido orgullo por sentirse figura secundaria en Europa, ¿también a ella le habla?

Más inteligente, más decidida y vigorosa que él, más "viril", como dice don Justo Sierra; y tentándola ya aquel título de Emperatriz que se le ofrecía en bandeja de oro, influyó en Maximiliano en forma determinante. La altiva y orgullosa Carlota se aburría en Miramar; le incomodaba aquel ocio placentero pero sin finalidad, tan del agrado de su marido; la humillaba su oscura posición de modesta castellana, sin súbditos, sin corte, sin otro esplendor que los bellos paisajes de mar y sol, los radiantes jardines plantados de magnolias, las fuentes y estatuillas de mármol, las regias escalinatas descendiendo hasta el Adriático entre flores y plantas... todo aquel marco de belleza que tanto colmaba de quieta felicidad a su consorte, hecho para el estudio y la contemplación de los astros, para arrojarse ante la Naturaleza y cantar sus éxtasis en soñadoras rimas.

A él, príncipe de la casa de Habsburgo, hasta no hace mucho gobernador del reino lombardo-veneto, le bastaba su propio "trono" inconspicuo de Miramar, "su sendero oscuro entre los mirtos, donde la ciencia y el culto de las musas me es más dulce que el esplendor del oro que en la diadema brilla", como dice finalmente en sus versos de clarividente.

Pero a Carlota... que le ruega, que le exige casi salir de aquel marasmo. Habrá que complacerla, calmarla en sus ansias de mando y poderío.

ES A ELLA, a su mujer, a quien quiere Maximiliano seguramente halagar cuando acepta por fin ser el Emperador de México. Es a su inquieta, inconforme y ambiciosa Carlota a quien desea brindar un trono para que brille y llene su vida yerma.

Porque... a más de la humillación que la abate por sentir que su borrosa posición en Miramar no está de acuerdo con su cuna de princesa real de Bélgica, descendiente de los Borbones de Francia, Carlota se consume a los veinticuatro años, en un cruel tormento. Su marido, a quien ama, lo es en nombre solamente. Un misterio, inexplicable aún para la Historia que se ha esforzado por esclarecerlo, presenta a la joven pareja como un matrimonio unido sólo por lazos platónicos que la etiqueta y las buenas formas tratan de disimular ante los extraños. ¿Una enfermedad de él, frigidez de ella, su esterilidad...? Nada en firme se sabe de esta separación conyugal, tan extraña como incomprendible, tratándose de dos seres jóvenes, en plenitud de vida y aparentemente enamorados.

Más tarde, en septiembre de 1864, José Luis Blasio, su secretario, en uno de los viajes frecuentes del Emperador a provincia, habrá de demostrar su estupor al respecto.

Estando en Puebla en espera de la Emperatriz que llegaría de un momento a otro, Blasio relata:

"Visitó Maximiliano después del almuerzo, las habitaciones que se habían preparado para su imperial consorte en el Palacio Episcopal donde nos hospedábamos; y se mostró muy satisfecho al ver el magnífico lecho matrimonial con pabellón de finísimos encajes y de cintas de seda que para la augusta pareja se había preparado. Pero tan luego como se alejó nuestro introductor, Su Majestad ordenó a los camaristas que buscasen una pieza distante de la recámara imperial y allí armasen su famoso catre de campaña, usado por él en todos sus viajes".

Y después de informarnos que la actitud del Emperador al emitir tal orden, era hasta de enojo, continúa:

"¿Qué drama conyugal se escondía tras esa determinación? ¿Cómo dos esposos jóvenes, unidos por amor como se sabía en público, hermosos, en el vigor de la edad, no hacían vida marital y al marido le irritaba casi pensar que dormir en la cama donde durmiera su ilustre consorte? Más tarde pude efectivamente convencerme de que algo existía entre los dos esposos, algo que por el momento no pude saber si era una desavenencia producida por razones de Estado, por infidelidades del Emperador a la hija del Rey de los Belgas, o por defecto orgánico del Soberano; pues ni en Puebla, ni en México en el Palacio Imperial, ni en Chapultepec dormían nunca juntos los soberanos. Y eso no podía escaparse absolutamente a la servidumbre, porque las camaristas de la Emperatriz dormían cerca de ella y los camaristas del Emperador en la pieza contigua a aquella en que reposaba Su Majestad. ¿Podría ni por un momento suponerse que ese alejamiento era voluntario, cuando por interés de ambos, al intentar fundar una monarquía en México, estaba también el de fundar una di-

nastía? Que el matrimonio de Maximiliano con Carlota había sido más por amor que por razones de Estado, nadie lo dudaba en México, pues se sabía perfectamente que habían pasado una deliciosa luna de miel en Europa. La juventud del Soberano, su arrogante figura, sus atractivos personales hacían suponer también de una manera indudable que siendo soltero, en sus viajes por Grecia, por el Asia Menor y después alrededor del mundo, había sido héroe de muchas aventuras galantes, y eso lo aseguraban personas que por referencias conocían la vida del Emperador durante sus viajes. Pero desde su matrimonio, su conducta había sido irreprochable. Sin embargo, si algún desliz de Maximiliano pudo llegar a oídos de su esposa, indudablemente que ésta, herida en su orgullo de mujer, y de mujer hermosa, se había rehusado a hacer vida marital con él, sólo que por mutua conveniencia, ante el mundo aparentaban vivir en la mejor armonía”.

Nada más explícito como este relato para explicar el deseo de Maximiliano de complacer a su cónyuge. Por Carlota, pues, habría Maximiliano de lanzarse a la terrible aventura. Habría de abandonar su castillo amado para que ella, en compensación, tuviese un escenario espléndido, digno de su estirpe y de su rango. Haría de ella una reina, le brindaría un trono, en defecto de sus satisfacciones de mujer.

Pero, prosiguiendo con sus presagios poéticos... sólo en Juárez no piensa con precisión en sus versos porque no le conocía, no podía siquiera imaginárselo. No supo entonces ni posteriormente, hasta qué altura se elevaba la grandeza moral de aquel indio zapoteca de Guelatao, con su estoicidad de roca y su firmeza de titán. El, Maximiliano, un príncipe bondadoso y tierno, ingenuamente conciliador y compasivo, padecía de un desconocimiento fatal de la humanidad. No era contrincante para aquel baluarte

inexpugnable de voluntad y empeño, en quien alentaba inmutable, la flama divina de la fe en su patria. Nunca se conocerían. Juárez andaría con su gobierno trashumante de un lado a otro del territorio nacional. Pero la señera figura del patricio se proyectaría perennemente, en los tres años del Imperio, sobre aquella víctima de las ambiciones ajenas.

Maximiliano, en sus versos clarividentes, intuyó la tragedia. Pero no tuvo ni fuerza, ni carácter, ni perspicacia o voluntad para impedirlo. Fue desde Miramar a encontrar su destino, como un personaje trágico de la Fatalidad.

EL ARCHIDUQUE José Fernando Maximiliano nació en Viena el 6 de julio de 1832. Era hijo segundo del Archiduque Carlos y de la Archiduquesa Sofía, siendo hermano por tanto, de Francisco José, Emperador de Austria. Las malas lenguas aseguraban que era hijo adulterino del Duque de Reichstadt, vástago único de Napoleón I y María Luisa de Austria; y, por consiguiente, nieto del gran corso y primo carnal de Napoleón III, cuyos padres eran Luis Bonaparte, Rey de Holanda y Hortensia, hija de Josefina de Beauharnais. Pero la especie, por absurda e infundada, jamás ha podido comprobarse ni remotamente. El desgraciado Aguilucho murió de tisis, siendo casi un adolescente, en Schoenbrunn, la real prisión que se le asignó en la corte austriaca ante el temor de ver surgir en él al vengador de su padre.

No existen datos precisos de la niñez de Maximiliano. Sábese que era un niño rubio y bello, de cutis blanco, levemente pálido, y con una mata de ondulados cabellos dorados que lo agraciaban hasta la feminidad. Sus ojos de un azul celeste purísimo, eran dulces, melancólicos, casi tiernos; y sus pestañas, largas y rubias también, le daban un encanto irresistible que perduraría en su madurez.

De adolescente se le dedicó a la Marina. Desde 1850, a los

dieciocho años, emprendió viajes por Grecia, Asia Menor, España y Africa, de lo cual se explica su gran amor por el mar. En 1853 fue nombrado capitán de corbeta; y en 1854, comandante mayor de la Marina Imperial de Austria, en cuyo cargo hizo largas y constantes travesías por el Mediterráneo.

Cumple los veinticinco años en 1857 y es un joven alto y esbelto, elegante y refinado en su vestir, suave y delicado en sus modales y actitudes: un aristócrata nato. Sus cabellos rubios ondulados, se prolongan a lo largo de sus sienes y mejillas en una densa y sedosa barba partida en dos bajo el labio inferior, ligeramente protuberante, como el de todo Hapsburgo. Y sus ojos azules, orlados de la aureola dorada de sus pestañas, son cautivantes. Su mirada irradia bondad y dulzura, parece acariciar a quien va dirigida.

Así la debe sentir sobre ella la hija del Rey Leopoldo I de Bélgica y nieta de Luis Felipe de Francia cuando le es presentado como presunto candidato matrimonial. El contraste entre ambos es notorio y tal vez constituya la principal atracción, pues a Carlota Amalia la han cortejado los mejores partidos de Europa, entre ellos Pedro V de Portugal y Jorge de Sajonia, y los ha rechazado desdeñosamente.

Ella es una jovencita de diecisiete años, alta, erguida, esbelta y morena. Sus cabellos casi negros y sus ojos oscuros en los que se inicia una leve miopía, miran resueltos, firmes, quizá hasta con cierto brillo flameante, un poco nervioso e inquieto, en el que todos han creído ver reflejado su carácter voluntarioso y enérgico, su frío cálculo de mujer ambiciosa y cerebral y... tal vez hasta su futura demencia.

Se siente subyugada al instante por aquel bello príncipe de cabellos de oro y ojos de cielo, y se casa con él el 27 de julio de 1857. Su matrimonio es brillantísimo y lo presencian regias

personalidades como Alberto, príncipe consorte de Inglaterra, y su abuela, la reina María Amelia de Francia, quien llenaba el lugar de su hija, Luisa de Orleans, madre de Carlota, muerta en 1850.

Todo parece sonreírles. Maximiliano ha sido nombrado para gobernar la Lombardía y ella piensa que ése será el primer escalón de una ascendente y triunfal carrera.

Antes de entrar triunfantes en Milán hacen un largo viaje de luna de miel. Son una pareja encantadora y feliz. Recorren el Mediterráneo y se lanzan incluso allende el Atlántico, hasta las costas del Brasil. América para ellos es todavía un continente extraño y semi-salvaje al que no sospechan ni remotamente que habrán de volver como soberanos de un país en llamas.

Maximiliano, siempre aficionado a la literatura, escribe sus impresiones en cuatro tomos manuscritos que titula en alemán *Riseskizzen*. El es feliz en el mar, contemplando los milagros y las bellezas de la Naturaleza. Su vida podría continuar así, deslizándose suave y serenamente al lado de la mujer amada, por sobre un mar quieto y terso, acariciado por tibias brisas sureñas. Tiene alma de artista que vibra de sensibilidad ante todo lo bello. Por eso viste bien y gusta de todo lo que es decorativo y placentero a los ojos. Pero en sus aficiones es superficial, frívolo, inconsistente. Gustándole todas las artes, no especializa en ninguna. Escribe, poetiza y sueña, mas no por vocación, sino como una necesidad espiritual. Lee, se informa de todo, pero no para sobresalir o destacarse en algún arte, sino porque ese arte es un solaz para su alma contemplativa y soñadora. De haber sabido pintar, nunca habría vendido o exhibido sus cuadros. Los hubiese guardado cerca de sí para recreo personal.

Es también un sentimental que se conmueve hasta con el tri-

no de un pájaro o con el cintilar de una estrella. Siente piedad hacia el infortunado y ayuda siempre a quien puede, motivo por el cual se le considera ya como un príncipe de tendencias liberales. Y eso, aunado a su delicada y fina personalidad, habrá de cautivar a quienes lo traten siete años después en México. Pero será su principal obstáculo en la afirmación de su Imperio. Para la indómita resistencia de Juárez, se necesitaba una voluntad de acero como la suya; un gobernante, un administrador, un político. Es decir, un hombre más terreno si se quiere, que el etéreo soñador de Miramar.

Maximiliano sólo traería bondad y dulzura en su corazón, dos bellísimas cualidades que no servían para aplacar el incendio político que sufría México al estatuirse el Imperio en 1864.

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-

POCO DESPUÉS de su viaje nupcial y hasta 1859, Maximiliano y Carlota residen en Milán. Se ha nombrado al Archiduque gobernador de la Lombardía, un pequeño reino entonces dependiente de Austria.

Después, viene un descenso. Los patriotas italianos se sublevan y Austria es arrojada de Lombardía, a lo que no es ajeno Napoleón III. Se ve así privado el príncipe austriaco de su mando y es entonces cuando piensa en un refugio, construyendo Miramar.

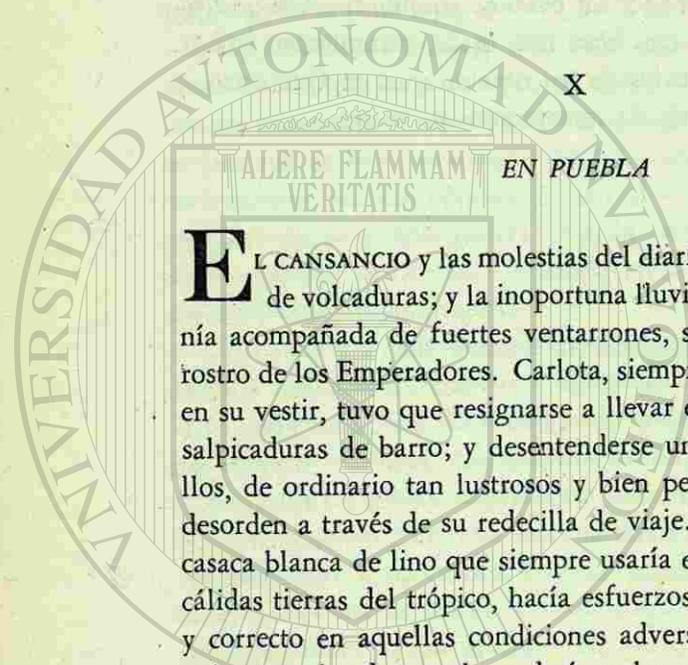
El no sufre por aquella degradación. Es más: se siente liberado y concibe la erección de aquel bellissimo castillo en los acantilados del Adriático en Trieste. Allí plantará jardines, tendrá libros, estatuas, cuadros. Se rodeará de lujos y comodidades. Su habitación y su estudio serán de ensueño, con vistas por entre flores y enredaderas, hacia el mar. ¡Un paraíso de paz y de belleza!

Allí, en Miramar, lo descubrirá Napoleón III como el príncipe que más condiciones reúne para servir a sus planes. Y allí también lo encontrarán los emisarios mexicanos que van a ofrecerle un trono. Dentro de la vasta biblioteca inundada de sol y olorosa a sales marinas, aprenderá el español junto con Carlota que en 1863 ya respira triunfante al saberse futura Emperatriz!

Y en las mesas de su estudio se amontonarán los textos de la historia mexicana que por más turbulenta que aparezca a sus ojos, nunca podrá medir desde la distancia en toda su punzante realidad.

También allí leerá por primera vez el nombre de Juárez, verá su rostro cuadrado de bronce y sus ojos pequeños de fulgurante negrura. Un indio adusto, inmutable, un abogado de humildísimo origen que fue pastor de ovejas de niño y aprendió a leer a los doce años, llegando hasta a gobernar su Estado de Oaxaca. Es el Presidente de una República que a él le han pedido reemplazar con un Imperio; y que, según los emisarios mexicanos, ya no existe pues en la capital de México, ya funge como gobierno una Regencia, mientras llega el Emperador.

Mira la imagen de Juárez con curiosidad y extrañeza, pero aquel indio no le es antipático ni repugnante, a pesar de que lo considera su más importante enemigo. Con su bondad innata, con su trágica ignorancia de la humanidad, ya sueña con atraerlo a su lado, con unirse a él en una imposible concordia que fusione la monarquía y la república. Desde la fragata *Novara* que lo llevará junto a Carlota a Veracruz en abril de 1864, ha de escribirle una carta invitándolo, ¡oh iluso! a una conciliación para bien de México. Durante los tres azarosos años del Imperio, tratará en todas las formas de conquistar al intransigente zapoteca; lo invitará que venga al Palacio Imperial, tal vez pensando en la posibilidad de que acepte algún alto nombramiento. Lo admirará públicamente y se mostrará casi tan liberal como el señero patriota mexicano cuando, lejos de abolir las Leyes de Reforma y restituir los fueros y los bienes al Clero, apoya la separación de la Iglesia y del Estado. Su sentido de apreciación falla como en todos sus actos de gobierno. No sabe hasta qué punto su pro-



EL CANSANCIO y las molestias del diario traqueteo; la amenaza de volcaduras; y la inoportuna lluvia que con frecuencia venía acompañada de fuertes ventarrones, se notaron pronto en el rostro de los Emperadores. Carlota, siempre tan digna y cuidadosa en su vestir, tuvo que resignarse a llevar el traje ajado, hasta con salpicaduras de barro; y desentenderse un poco de que sus cabellos, de ordinario tan lustrosos y bien peinados, se escapasen en desorden a través de su redecilla de viaje. Y Maximiliano, en su casaca blanca de lino que siempre usaría en sus recorridos por las cálidas tierras del trópico, hacía esfuerzos por conservarse limpio y correcto en aquellas condiciones adversas. Varias veces debió enjugarse el sudor que humedecía su larga barba rubia; y en la intimidad de su carruaje, tomaba un pañuelo para quitarse el barro de las charoladas botas.

Hicieron su entrada en Córdoba a las dos de la mañana, casi a oscuras, porque los hachones que llevaba la comitiva, persistían en apagarse con la lluvia. Algunos indígenas madrugadores los vieron pasar sin comprender muy bien que se trataba de los nuevos monarcas ante quienes eran súbditos.

Después, atravesaron Orizaba, una florida ciudad, más acogedora y amable que las del extremoso trópico, por encontrarse ya

en tierra templada, libre de las mortales fiebres. El Emperador que desde entonces la consideró deliciosa, habría de volver a ella en uno de sus primeros recorridos por la provincia mexicana.

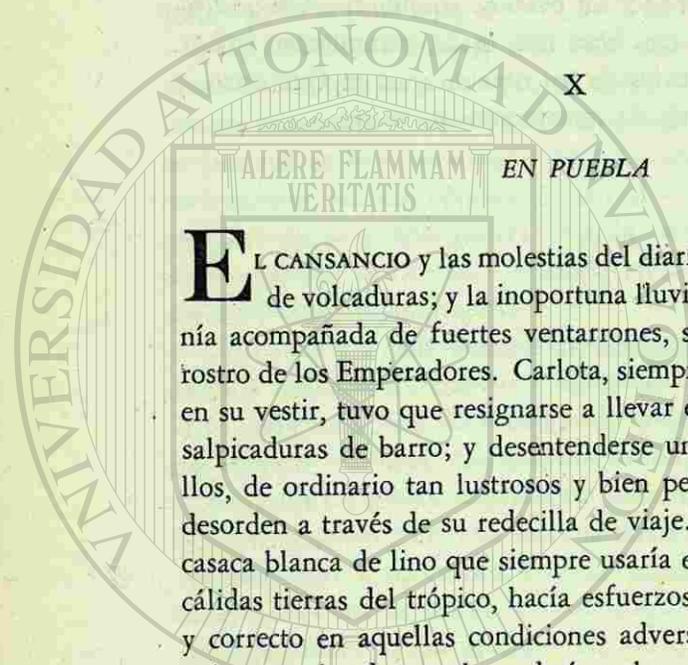
Luego, para llegar a Puebla, el ascenso terrorífico por sobre las cumbres de Acultzingo, que hacía pujar a los caballos y estremerse a los viajeros. Aquel país era todo montañas y abismos. Pero... ¡qué belleza fascinante la del suave valle orizabeño y el panorama fantástico de cumbres enhiestas y laderas floridas en cuyo extremo se erguía majestuoso, imponente, el nevado Pico de Orizaba! En toda su fatiga, Maximiliano se sentía aliviado ante aquellas maravillas de la Naturaleza. Amaba ya aquel país que de tal manera deleitaba su espíritu sensible, soñador y artista. Y su buena fe, su credulidad de hombre puro y sin maldad, lo hacían ensimismarse en bellos sueños de paz y concordia. Cuando México por fin se aquietase aceptando la monarquía como una liberación, entonces todos, en eufórica paz, podrían gozar de sus paisajes deliciosos, sublimes milagros del Supremo Creador.

No pensaba entonces tal vez que para gobernar un país, y un país crepitante de pasiones, había que ser organizador, administrador y... gobernante. Quizá hasta un déspota de férreo carácter para imponerse. Y él era sólo un sentimental que se extasiaba, se conmovía aún ante los esplendores de la Naturaleza radiante que se extendía a su vista en el viaje.

En Puebla se les hizo un recibimiento regio, el primero en realidad, acorde con su alta investidura de monarcas de un Imperio. Las autoridades francesas de ocupación, encabezadas por el general Brincourt, el alto Clero y gran número de monarquistas mexicanos, esperaban a los Soberanos entre lluvia de flores y repiques de campanas.

Coincidió la llegada de Sus Majestades a Puebla, con la celebración del cumpleaños de Carlota, el 7 de junio; y un grupo

1020002758



EL CANSANCIO y las molestias del diario traqueteo; la amenaza de volcaduras; y la inoportuna lluvia que con frecuencia venía acompañada de fuertes ventarrones, se notaron pronto en el rostro de los Emperadores. Carlota, siempre tan digna y cuidadosa en su vestir, tuvo que resignarse a llevar el traje ajado, hasta con salpicaduras de barro; y desentenderse un poco de que sus cabellos, de ordinario tan lustrosos y bien peinados, se escapasen en desorden a través de su redecilla de viaje. Y Maximiliano, en su casaca blanca de lino que siempre usaría en sus recorridos por las cálidas tierras del trópico, hacía esfuerzos por conservarse limpio y correcto en aquellas condiciones adversas. Varias veces debió enjugarse el sudor que humedecía su larga barba rubia; y en la intimidad de su carruaje, tomaba un pañuelo para quitarse el barro de las charoladas botas.

Hicieron su entrada en Córdoba a las dos de la mañana, casi a oscuras, porque los hachones que llevaba la comitiva, persistían en apagarse con la lluvia. Algunos indígenas madrugadores los vieron pasar sin comprender muy bien que se trataba de los nuevos monarcas ante quienes eran súbditos.

Después, atravesaron Orizaba, una florida ciudad, más acogedora y amable que las del extremoso trópico, por encontrarse ya

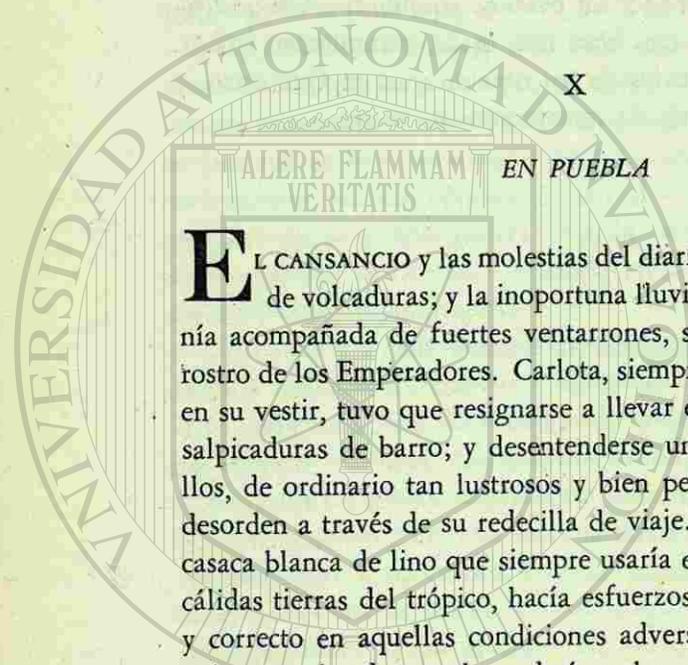
en tierra templada, libre de las mortales fiebres. El Emperador que desde entonces la consideró deliciosa, habría de volver a ella en uno de sus primeros recorridos por la provincia mexicana.

Luego, para llegar a Puebla, el ascenso terrorífico por sobre las cumbres de Acultzingo, que hacía pujar a los caballos y estremerse a los viajeros. Aquel país era todo montañas y abismos. Pero... ¡qué belleza fascinante la del suave valle orizabeño y el panorama fantástico de cumbres enhiestas y laderas floridas en cuyo extremo se erguía majestuoso, imponente, el nevado Pico de Orizaba! En toda su fatiga, Maximiliano se sentía aliviado ante aquellas maravillas de la Naturaleza. Amaba ya aquel país que de tal manera deleitaba su espíritu sensible, soñador y artista. Y su buena fe, su credulidad de hombre puro y sin maldad, lo hacían ensimismarse en bellos sueños de paz y concordia. Cuando México por fin se aquietase aceptando la monarquía como una liberación, entonces todos, en eufórica paz, podrían gozar de sus paisajes deliciosos, sublimes milagros del Supremo Creador.

No pensaba entonces tal vez que para gobernar un país, y un país crepitante de pasiones, había que ser organizador, administrador y... gobernante. Quizá hasta un déspota de férreo carácter para imponerse. Y él era sólo un sentimental que se extasiaba, se conmovía aún ante los esplendores de la Naturaleza radiante que se extendía a su vista en el viaje.

En Puebla se les hizo un recibimiento regio, el primero en realidad, acorde con su alta investidura de monarcas de un Imperio. Las autoridades francesas de ocupación, encabezadas por el general Brincourt, el alto Clero y gran número de monarquistas mexicanos, esperaban a los Soberanos entre lluvia de flores y repiques de campanas.

Coincidió la llegada de Sus Majestades a Puebla, con la celebración del cumpleaños de Carlota, el 7 de junio; y un grupo



EL CANSANCIO y las molestias del diario traqueteo; la amenaza de volcaduras; y la inoportuna lluvia que con frecuencia venía acompañada de fuertes ventarrones, se notaron pronto en el rostro de los Emperadores. Carlota, siempre tan digna y cuidadosa en su vestir, tuvo que resignarse a llevar el traje ajado, hasta con salpicaduras de barro; y desentenderse un poco de que sus cabellos, de ordinario tan lustrosos y bien peinados, se escapasen en desorden a través de su redecilla de viaje. Y Maximiliano, en su casaca blanca de lino que siempre usaría en sus recorridos por las cálidas tierras del trópico, hacía esfuerzos por conservarse limpio y correcto en aquellas condiciones adversas. Varias veces debió enjugarse el sudor que humedecía su larga barba rubia; y en la intimidad de su carruaje, tomaba un pañuelo para quitarse el barro de las charoladas botas.

Hicieron su entrada en Córdoba a las dos de la mañana, casi a oscuras, porque los hachones que llevaba la comitiva, persistían en apagarse con la lluvia. Algunos indígenas madrugadores los vieron pasar sin comprender muy bien que se trataba de los nuevos monarcas ante quienes eran súbditos.

Después, atravesaron Orizaba, una florida ciudad, más acogedora y amable que las del extremoso trópico, por encontrarse ya

en tierra templada, libre de las mortales fiebres. El Emperador que desde entonces la consideró deliciosa, habría de volver a ella en uno de sus primeros recorridos por la provincia mexicana.

Luego, para llegar a Puebla, el ascenso terrorífico por sobre las cumbres de Acultzingo, que hacía pujar a los caballos y estremerse a los viajeros. Aquel país era todo montañas y abismos. Pero... ¡qué belleza fascinante la del suave valle orizabeño y el panorama fantástico de cumbres enhiestas y laderas floridas en cuyo extremo se erguía majestuoso, imponente, el nevado Pico de Orizaba! En toda su fatiga, Maximiliano se sentía aliviado ante aquellas maravillas de la Naturaleza. Amaba ya aquel país que de tal manera deleitaba su espíritu sensible, soñador y artista. Y su buena fe, su credulidad de hombre puro y sin maldad, lo hacían ensimismarse en bellos sueños de paz y concordia. Cuando México por fin se aquietase aceptando la monarquía como una liberación, entonces todos, en eufórica paz, podrían gozar de sus paisajes deliciosos, sublimes milagros del Supremo Creador.

No pensaba entonces tal vez que para gobernar un país, y un país crepitante de pasiones, había que ser organizador, administrador y... gobernante. Quizá hasta un déspota de férreo carácter para imponerse. Y él era sólo un sentimental que se extasiaba, se conmovía aún ante los esplendores de la Naturaleza radiante que se extendía a su vista en el viaje.

En Puebla se les hizo un recibimiento regio, el primero en realidad, acorde con su alta investidura de monarcas de un Imperio. Las autoridades francesas de ocupación, encabezadas por el general Brincourt, el alto Clero y gran número de monarquistas mexicanos, esperaban a los Soberanos entre lluvia de flores y repiques de campanas.

Coincidió la llegada de Sus Majestades a Puebla, con la celebración del cumpleaños de Carlota, el 7 de junio; y un grupo

de damas angelopolitanas le obsequió un gran ramo de flores. Los niños de las escuelas cantaron en su honor y las bandas populares le dieron las clásicas "mañanitas" y continuaron tocando todo el día. Dice el secretario de Maximiliano, José Luis Blasio, que Carlota, conmovida, correspondió entonces con un donativo de siete mil pesos para el hospicio, generosidad que habrían de repetir tanto ella como Maximiliano a su paso por las diversas poblaciones que visitaban. Así, al menos, creían congraciarse con los mexicanos que habían venido a gobernar.

De momento lo conseguían. La simpatía innata del Emperador, el halo de bondad que emanaba de su persona, su arrogante y apuesta figura y su irresistible atractivo físico, cautivaban a todos. Y por su lado, el porte regio de Carlota, su elegancia y refinamiento de princesa real, le ganaban admiración y reverencia.

Pero allí en Puebla, más que en ninguna otra ciudad, las aclamaciones y los vivas a los Emperadores, las marchas triunfales y los cánticos escolares, deben haber sonado extraños, como opacados por un eco distante de pasada gloria republicana. En aquella ciudad de cúpulas y campanarios, tendida mansamente en el dulce valle que circundan suaves lomeríos y el imponente, magnífico Popocatepetl, se había librado la batalla del 5 de mayo de 1862, una fecha en la historia de México que marcaba con ominosos caracteres, el primer descalabro del ejército francés.

El comandante Lorencsz había tenido que replegarse hacia Orizaba cuando el general Zaragoza, en la ya famosa batalla, lo arrojó de Puebla. Desde allí se vio precisado a pedir refuerzos pues que la "conquista de México" no era tan fácil como al principio se pensó. Aumentado su ejército a 40,000 hombres, marchó sobre Puebla una vez más, junto al mariscal Forey que Napoleón había enviado especialmente a su llamado de auxilio. Y ayudados ambos por la columna del general imperialista Leonardo Már-

quez, sitiaron la ciudad el 18 de marzo de 1863, casi un año después de su derrota inicial.

Para entonces, desgraciadamente, ya no estaba allí Zaragoza. El heroico defensor de Puebla había muerto prematuramente, a los 32 años, el 8 de septiembre de 1862, víctima de una fiebre y no en la lucha, como hubiese deseado.

Su sucesor, el general González Ortega, con una fuerza inferior de sólo 22,000 hombres, optó por dejarse sitiar, quizá con la intención de que al retener al ejército invasor en Puebla, demoraba su avance hacia la Capital. Resistió dos meses hasta mayo de 1863 y aun los propios jefes militares franceses como el general Niox, alaban la heroicidad de los sitiados de Puebla.

No podían escapársele a Maximiliano aquellos hechos acontecidos apenas uno y dos años antes de su llegada. Al marchar hacia México y contemplar los fuertes de Loreto y Guadalupe, que fueron el escenario de la gloriosa batalla en que los franceses, reputados como los primeros soldados del mundo, sufrieron atónitos una derrota, sus azules pupilas se ensombrecieron. Como diría más tarde al mariscal Bazaine en uno de los violentos diálogos que antecedieron a su ruptura con el comandante militar francés, aquellas colinas, aquellas montañas estaban llenas de fatídicos augurios para su propia estabilidad. Tras ellas parecían ocultarse sus opositores republicanos, en espera de un triunfo no muy distante. El país no estaba dominado como se le había asegurado. Un "¡Viva Juárez!", sordo, aislado, anónimo, había hecho estremecer a Carlota en su viaje de Veracruz; y a él lo ponía a reflexionar. ¿Sería el Imperio sólo una quimera, un bello sueño destinado a borrarse, a esfumarse un día como algo endeble e impreciso...?

Pero debían proseguir. Iban a tomar posesión de un trono

tan bamboleante como el mismo endeble suelo mexicano de la Capital, fincada sobre los movedizos cimientos de una laguna. Era su destino, su destino trágico. Se dirigían a cumplirlo cuando se alejaron de Puebla con rumbo a México.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

LLEGADA A LA VILLA DE GUADALUPE

DE PUEBLA había que seguir subiendo hacia la Capital que, a juzgar por el ascendente viaje desde los llanos tropicales de Veracruz, parecía estar incrustada en las nubes. Todavía montañas y más montañas a través de tierras de vegetación ubérrima que se antojaban intocadas y vírgenes. Bosques maravillosos de abetos y encinos, profusión de flores y plantas por dondequiera y, asomando tras la verde arboleda, en fascinador contraste, la enhiesta cima del Popocatepetl junto a la pétrea figura de una colosal mujer dormida cubierta con un manto de nieve. Era el otro volcán extinto de impronunciable nombre para su extranjeros labios: el Iztaccíhuatl.

Más descansados ya, por la temperatura templada, y extasiado el Emperador ante las fascinantes bellezas de aquellos campos de maravilla que cruzaban, pasaron por Río Frío, el lugar del que se contaban tantas historias terroríficas de asaltos y bandidajes. Pero ellos iban bien resguardados. A más de los oficiales franceses y demás europeos de la escolta, iba el cuerpo de lanceros mexicanos comandado por el coronel Miguel López, al que se le conocería más tarde como Regimiento de la Emperatriz.

Poco antes, en Cholula, la de las trescientas sesenta y cinco iglesias para cada día del año, hicieron un alto para oír misa. Es-

taban ya a un paso de su capital imperial. Pronto llegarían, pero antes se detendrían en la Villa de Guadalupe, la Basílica Nacional dedicada a la Patrona de México.

Dejo la palabra a José Luis Blasio que más tarde fuera secretario particular del Emperador. En su *Maximiliano Intimo*, publicado en 1905, describe el arribo de Sus Majestades, en forma que no deja duda de que el recibimiento fue triunfal, aunque bien pronto comprobarían los homenajeados que aquel entusiasmo era sólo una llamarada de pólvora, tan falsa y engañosa como los estallidos de los cohetes que en su honor se lanzaban al espacio.

Dice Blasio:

"Los habitantes de la ciudad de México y los de la Villa de Guadalupe que aún vivan, no olvidarán sin duda alguna, el día once de junio de mil ochocientos sesenta y cuatro.

"Fue esa fecha memorable la que la Providencia destinó para que S.S.M.M. Maximiliano I y su esposa muy ilustre, hicieran su entrada triunfal en la ciudad de México.

"Desde las primeras horas de la mañana de ese inolvidable día, los llanos de Aragón presentaban un aspecto muy pintoresco.

"Doscientos y tantos carruajes abiertos lucían ricamente ataviadas, a las más distinguidas y más hermosas damas de la alta sociedad mexicana; en derredor de los carruajes se apiñaban los caballeros vestidos de rigurosa etiqueta y por la extensa llanura de Aragón, bajo el cielo purísimo del Valle de México, el pueblo en masa, arremolinándose para ver mejor, esperaba ávido, la llegada de los Soberanos.

"Las banderas tricolores, los numerosos ramilletes, las grandes ramas, los atavíos multicolores de las damas y señoritas de la clase media, todo en fin, daba a los llanos extensos de la hacienda citada, un aspecto mágico que, repito, jamás han de olvidar quienes como yo, lo presenciaron.

"A la hora en que S. M. Maximiliano y su esposa llegaron a la entrada de Aragón, el entusiasmo rayó en frenesí.

"Una lluvia de las flores más exquisitas y perfumadas que producen las huertas de los alrededores de la Capital, cubrió por completo el carruaje que conducía a Sus Majestades y después de los prolongados vivas y aplausos, una comisión formada por los caballeros y las damas más distinguidos de la ciudad, les dio la bienvenida en nombre de los habitantes de la capital del Imperio.

"Enseguida toda la comitiva imperial se dirigió a la Basílica Guadalupeana donde por primera vez se cantó el *Domine Salvum Fac Imperatorum* que fue acompañado en masa por todos los asistentes.

"Terminado el canto sagrado, sus Majestades pasaron a la Sala Capitular donde recibieron la bienvenida del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, del alto clero, del cuerpo municipal, del Ministro de Francia, Monsieur de Montholon, del general Bazaine y del general Neigre.

"Tomó la palabra el Jefe Político de la Villa, Sr. Villar y Bocanegra, para dar la bienvenida a los Soberanos. El Emperador contestó con frases muy conmovedoras que fueron interrumpidas por vivas y prolongados aplausos.

"Después de esta ceremonia, Sus Majestades se retiraron a la Colegiata donde se sirvió la comida, aplazándose para el día siguiente, la entrada a la Capital".

CONTINÚA Blasio, el secretario particular de Maximiliano: "El día doce de junio de 1864, las principales calles de la ciudad parecían más bien los corredores de un vastísimo y suntuoso palacio; arcos de triunfo bellísimos y de exquisito gusto, formados con flores naturales; largos tramos ricamente alfombrados, colosales espejos, enormes banderas nacionales y extranjeras, ir y venir de elegantes damas y apuestos caballeros, todo, repito, hacía que las calles principales de la Capital tuvieran más bien el aspecto de los corredores o de las terrazas de un vastísimo y suntuoso palacio que el de las calles de una ciudad.

"Todos los templos de la Capital echaron a vuelo sus campanas y las salvas de artillería se sucedían sin interrupción.

"A la vanguardia de la comitiva, iba el regimiento de lanceros mexicanos al mando de su coronel López. Este regimiento venía escoltando a Sus Majestades desde Veracruz y fue denominado algún tiempo después, Regimiento de la Emperatriz.

"Enseguida venía el regimiento de Cazadores de Africa, y los húsares franceses que precedían la carroza de Sus Majestades.

"A ambos lados de ésta y en magníficos caballos, iban los generales Bazaine y Neigre, escoltados por su numeroso y brillante Estado Mayor; seguían al carruaje imperial sesenta coches ocu-

pados por altos dignatarios del Imperio; cerrándose el cortejo con un regimiento de caballería mexicana.

"Dirigiéronse primero los Soberanos a la Catedral donde se entonó un solemne *Te Deum*, y después de esta ceremonia, a pie se dirigieron al Palacio, en medio de una multitud de más de cien mil personas que llenaban el aire con ensordecedores vivas y aplausos.

"Entre aquel mar humano, pude por vez primera contemplar rápidamente y a unos cuantos pasos al hombre a quien después había de ser acreedor a beneficios sin cuento.

"Lo vi pasar, arrogante, majestuoso y esbelto; impresionándome por vez primera sobre todo, la dulzura de su mirada; mirada azul, bondadosa y profunda, que tantas veces me fue concedido contemplar después.

"Su larga barba de oro dividida en el centro, le daba un aspecto tal de majestad que era imposible verle sin sentirse desde luego atraído y fascinado.

"Desde el balcón central del Palacio, Sus Majestades saludaron a la multitud y por la milésima vez en ese día, se repitieron los vivas, los aplausos y las más estruendosas manifestaciones de entusiasmo y simpatía.

"Quince días duraron las fiestas imperiales, quince días de regocijo continuo, de constante alegría, de pomposas revistas militares, de representaciones de gala en la Opera, de grandes bailes ofrecidos por las municipalidades, de festejos sin cuento, siéndome concedido en algunos de ellos volver a ver de cerca las figuras majestuosas del Emperador y la Emperatriz".

Así habla en esta vehemente crónica, un conservador que sólo recibió beneficios y favores de Maximiliano—entre otros, la excarcelación de un hermano suyo—, y a quien siguió hasta su trágico fin en Querétaro.

Don Justo Sierra, en su importante obra *México, Su Evolución Social*, se refiere también al recibimiento de los Emperadores en la Capital, del que fue testigo.

Dice el Maestro:

"La fragata *Novara* lo trajo a Veracruz; en el viaje se ocupó en hacer un reglamento económico de gobierno (poseemos el original), y llegó muy contento; recibiólo la población con curiosidad, los conservadores muy alborozados, y mirados fría y burlescamente por el pueblo; los oficiales franceses y el lugarteniente del Imperio, don Juan N. Almonte, le presentaron su homenaje. El Príncipe pasó rápidamente saludando mucho con su sombrero alto gris que se hizo popular, y ostentando su gran barba rubia, artísticamente rizada y partida bajo la mandíbula corta y la boca de labio inferior un poco protuberante; su esbeltez, su mirada benévola y clara, gustaron mucho; era un simpático en toda la extensión de la palabra y las multitudes sentían esta electricidad. Carlota, muy alta, muy rígida, de mirada inteligente y penetrante, parecía más varonil que su esposo; no era simpática; era una intelectual, su marido un sentimental; Córdoba, Orizaba, Puebla, fueron los nudos de una cadena sin fin de ovaciones; la curiosidad estupenda, el deseo de aplaudir lo que halaga los ojos, cierta necesidad de quedar bien ante un príncipe extranjero, la devoción de las multitudes indígenas que vivían todavía a un siglo de distancia de la Conquista y para quienes, *ver a un rey* era una maravilla, todo dió una expresión extraordinaria a aquellas recepciones en que la *clase alta* lo dirigió y lo compuso todo con una adhesión tan ingenua y tan cursi, que la historia desarruga ante ella su faz severa y olvida que la noción de Patria se perdía en esas conciencias, confiadas en el milagro de concordia, de olvido y paz que iba a realizar aquel hombre rubio.

"En México el espectáculo fue soberbio, la municipalidad

apuró en arcos y cortinajes todo su lujo y sus fondos; la ciudad entera tomó parte en las fiestas. La aristocracia que se atavió espléndidamente con un entusiasmo batallador y delicioso, diputó a una gran señora para que leyera a la Emperatriz un verdadero discurso (obra del Sr. Arango y Escandón), que era un programa de política religiosa; el pueblo en quien la policía había vertido una dosis de delirio extraordinario en las pulquerías, gritaba frenético; la clase media fría, observadora, miedosa, no creía que durase aquella ópera. Un centenar de estudiantes gritábamos a grito herido, en la plaza principal, '¡Mueran los Mochos!' sin que nadie nos reclamase. Todo se perdía en un rumor inmenso de clamor humano, de repiques, cañonazos, músicas..."

XIII

MEXICO EN 1864

ESE GRITO hostil de "¡Mueran los Mochos!" del que habla don Justo Sierra al describir la recepción delirante tributada en México a los Emperadores, era un mal presagio para el reinado de Maximiliano y Carlota. Quería decir que aun dentro de la Capital donde el dominio del invasor francés y la preponderancia de los clericales y conservadores mexicanos eran evidentes, brotaban de su misma entraña, voces adversas hacia aquel partido en el poder que pretendía salvar a México entregando los destinos de la patria a un monarca extranjero.

Todo aquel boato y fastuosidad de los festejos y homenajes imperiales durante quince días consecutivos; todo aquel regocijo, aquel júbilo y entusiasmo de un pueblo alborozado, no eran en el fondo más que un desahogo. Hacía años que México no presenciaba más que luchas sangrientas y guerras fratricidas. Los golpes de Estado, los cuartelazos, las asonadas militares, los asaltos al poder; los pronunciamientos y revoluciones; el fuego, la sangre, los saqueos; la anarquía y el desorden eran lo habitual en aquel México anterior a 1864 que tenía más de cincuenta años de debilitarse impotente, sin encontrar la paz y la concordia, ni una forma de gobierno lo bastante fuerte y sólida para imponerse sobre la desunida nación. La división política de los incontables partidos

surgidos de las diversas facciones aspirantes al poder; la intransigencia, el odio, las represalias, las venganzas y las rivalidades de los distintos grupos en pugna, estaban a la orden del día y tenían a México, literalmente, como en una erupción volcánica. Y desde 1861, la perenne lucha civil, sólo interrumpida por la guerra con Estados Unidos en 1847, había tomado un nuevo sesgo. La parte de México llamada republicana que, aunque no quisieran admitirlo los monárquicos mexicanos y sus cómplices franceses, formaba la mayoría, peleaban ahora contra los invasores.

Era natural que el pueblo, cansado, exhausto, como un enfermo que ha guardado larga cama, se volcase a las calles en busca de aquel espectáculo regio y fulgurante, verdadero alivio para su espíritu harto de guerras y abatido de tristeza y desesperación. Fuese o no aquella recepción en homenaje a los Emperadores extranjeros que iban a reinar en México, el hecho era que se trataba de una fiesta de quince días. Y había que disfrutarla, aprovecharse de la alegría; cantar, gritar, bailar; echar al espacio muchos cohetes y beber pulque y aguardiente hasta embriagarse.

Maximiliano y Carlota se mostraron satisfechos y halagados con aquel recibimiento grandioso, sobre todo ella que desde Miramar soñara en la cristalización de sus ambiciones de poder y grandeza, y que había persuadido a su indeciso y escéptico marido a aceptar aquella bella oportunidad para emerger de su desairada posición de príncipes relegados sin mando ni rango en Europa.

La Emperatriz entró en Palacio como una reina, erguida, soberbia, elegantísima con un regio traje blanco que siempre habría de escoger para las grandes ceremonias. Y Maximiliano, cautivante con su sombrero gris de copa, su bien cortada levita color perla y, sobre el pecho, pendiente de ancha cinta de moaré, la condecoración del Toisón de Oro que lo señalaba como defensor de la fe. Su naturaleza soñadora y no poco indiferente y pasiva,

XIII

MEXICO EN 1864

ESE GRITO hostil de "¡Mueran los Mochos!" del que habla don Justo Sierra al describir la recepción delirante tributada en México a los Emperadores, era un mal presagio para el reinado de Maximiliano y Carlota. Quería decir que aun dentro de la Capital donde el dominio del invasor francés y la preponderancia de los clericales y conservadores mexicanos eran evidentes, brotaban de su misma entraña, voces adversas hacia aquel partido en el poder que pretendía salvar a México entregando los destinos de la patria a un monarca extranjero.

Todo aquel boato y fastuosidad de los festejos y homenajes imperiales durante quince días consecutivos; todo aquel regocijo, aquel júbilo y entusiasmo de un pueblo alborozado, no eran en el fondo más que un desahogo. Hacía años que México no presenciaba más que luchas sangrientas y guerras fratricidas. Los golpes de Estado, los cuartelazos, las asonadas militares, los asaltos al poder; los pronunciamientos y revoluciones; el fuego, la sangre, los saqueos; la anarquía y el desorden eran lo habitual en aquel México anterior a 1864 que tenía más de cincuenta años de debilitarse impotente, sin encontrar la paz y la concordia, ni una forma de gobierno lo bastante fuerte y sólida para imponerse sobre la desunida nación. La división política de los incontables partidos

surgidos de las diversas facciones aspirantes al poder; la intransigencia, el odio, las represalias, las venganzas y las rivalidades de los distintos grupos en pugna, estaban a la orden del día y tenían a México, literalmente, como en una erupción volcánica. Y desde 1861, la perenne lucha civil, sólo interrumpida por la guerra con Estados Unidos en 1847, había tomado un nuevo sesgo. La parte de México llamada republicana que, aunque no quisieran admitirlo los monárquicos mexicanos y sus cómplices franceses, formaba la mayoría, peleaban ahora contra los invasores.

Era natural que el pueblo, cansado, exhausto, como un enfermo que ha guardado larga cama, se volcase a las calles en busca de aquel espectáculo regio y fulgurante, verdadero alivio para su espíritu harto de guerras y abatido de tristeza y desesperación. Fuese o no aquella recepción en homenaje a los Emperadores extranjeros que iban a reinar en México, el hecho era que se trataba de una fiesta de quince días. Y había que disfrutarla, aprovecharse de la alegría; cantar, gritar, bailar; echar al espacio muchos cohetes y beber pulque y aguardiente hasta embriagarse.

Maximiliano y Carlota se mostraron satisfechos y halagados con aquel recibimiento grandioso, sobre todo ella que desde Miramar soñara en la cristalización de sus ambiciones de poder y grandeza, y que había persuadido a su indeciso y escéptico marido a aceptar aquella bella oportunidad para emerger de su desairada posición de príncipes relegados sin mando ni rango en Europa.

La Emperatriz entró en Palacio como una reina, erguida, soberbia, elegantísima con un regio traje blanco que siempre habría de escoger para las grandes ceremonias. Y Maximiliano, cautivante con su sombrero gris de copa, su bien cortada levita color perla y, sobre el pecho, pendiente de ancha cinta de moaré, la condecoración del Toisón de Oro que lo señalaba como defensor de la fe. Su naturaleza soñadora y no poco indiferente y pasiva,

XIII

MEXICO EN 1864

ESE GRITO hostil de "¡Mueran los Mochos!" del que habla don Justo Sierra al describir la recepción delirante tributada en México a los Emperadores, era un mal presagio para el reinado de Maximiliano y Carlota. Quería decir que aun dentro de la Capital donde el dominio del invasor francés y la preponderancia de los clericales y conservadores mexicanos eran evidentes, brotaban de su misma entraña, voces adversas hacia aquel partido en el poder que pretendía salvar a México entregando los destinos de la patria a un monarca extranjero.

Todo aquel boato y fastuosidad de los festejos y homenajes imperiales durante quince días consecutivos; todo aquel regocijo, aquel júbilo y entusiasmo de un pueblo alborozado, no eran en el fondo más que un desahogo. Hacía años que México no presenciaba más que luchas sangrientas y guerras fratricidas. Los golpes de Estado, los cuartelazos, las asonadas militares, los asaltos al poder; los pronunciamientos y revoluciones; el fuego, la sangre, los saqueos; la anarquía y el desorden eran lo habitual en aquel México anterior a 1864 que tenía más de cincuenta años de debilitarse impotente, sin encontrar la paz y la concordia, ni una forma de gobierno lo bastante fuerte y sólida para imponerse sobre la desunida nación. La división política de los incontables partidos

surgidos de las diversas facciones aspirantes al poder; la intransigencia, el odio, las represalias, las venganzas y las rivalidades de los distintos grupos en pugna, estaban a la orden del día y tenían a México, literalmente, como en una erupción volcánica. Y desde 1861, la perenne lucha civil, sólo interrumpida por la guerra con Estados Unidos en 1847, había tomado un nuevo sesgo. La parte de México llamada republicana que, aunque no quisieran admitirlo los monárquicos mexicanos y sus cómplices franceses, formaba la mayoría, peleaban ahora contra los invasores.

Era natural que el pueblo, cansado, exhausto, como un enfermo que ha guardado larga cama, se volcase a las calles en busca de aquel espectáculo regio y fulgurante, verdadero alivio para su espíritu harto de guerras y abatido de tristeza y desesperación. Fuese o no aquella recepción en homenaje a los Emperadores extranjeros que iban a reinar en México, el hecho era que se trataba de una fiesta de quince días. Y había que disfrutarla, aprovecharse de la alegría; cantar, gritar, bailar; echar al espacio muchos cohetes y beber pulque y aguardiente hasta embriagarse.

Maximiliano y Carlota se mostraron satisfechos y halagados con aquel recibimiento grandioso, sobre todo ella que desde Miramar soñara en la cristalización de sus ambiciones de poder y grandeza, y que había persuadido a su indeciso y escéptico marido a aceptar aquella bella oportunidad para emerger de su desairada posición de príncipes relegados sin mando ni rango en Europa.

La Emperatriz entró en Palacio como una reina, erguida, soberbia, elegantísima con un regio traje blanco que siempre habría de escoger para las grandes ceremonias. Y Maximiliano, cautivante con su sombrero gris de copa, su bien cortada levita color perla y, sobre el pecho, pendiente de ancha cinta de moaré, la condecoración del Toisón de Oro que lo señalaba como defensor de la fe. Su naturaleza soñadora y no poco indiferente y pasiva,

no lo era tanto como para no impresionarse con aquella esplendente bienvenida. Para el menos perspicaz, el regocijo del pueblo era auténtico, y la acogida a los Soberanos, sincera.

En buen español se dirigió en el salón de Palacio a su flamante corte, al numeroso grupo de "Notables" que habían hecho posible su venida, y a los altos dignatarios mexicanos y extranjeros del Imperio, para manifestarles que velaría por la paz y el bienestar de México. Y enseguida, él y Carlota salieron al balcón principal del vetusto edificio para saludar a la multitud que atestaba curiosa y alborozada, la gran plaza que hoy conocemos por el Zócalo. Aclamaciones, vivas, aplausos, estallidos de cohetes, música de bandas populares, y más repiques de las campanas de Catedral y otros templos, sellaron aquel primer día triunfal.

Los Emperadores durmieron esa noche en Palacio y al día siguiente se trasladaron al Alcázar de Chapultepec que Maximiliano habría de preferir a cualquier alojamiento citadino porque, amante siempre de la Naturaleza, y la quietud, le fascinaba el bello y milenarismo bosque que circunda el Castillo.

La Regencia, compuesta por el General Almonte, el Arzobispo Labastida y don Mariano Salas, que gobernó a México mientras llegaba el Príncipe austriaco, quedaba definitivamente disuelta. Funcionalmente, Maximiliano I era Emperador de México desde ese 12 de junio de 1864.

La nueva bandera mexicana con el águila nacional rematada por la corona del Imperio y llevando como fondo un manto de armiño, ondeó en todos los edificios.

Quizá a alguien pudo ocurrírsele entonces que un águila fiera devorando una serpiente sobre un espinoso nopal, aparecía incongruente y grotesca con aquel manto y aquella corona real, tan extraña en un país de aspiraciones democráticas que había luchado

en su independencia por sacudirse del yugo colonial de trescientos años.

Podía ser un símbolo: el regio manto se desgarraría en las hostiles espinas, y la corona imperial rodaría por los suelos sacudida por aquella águila en quien aleteaba el espíritu profundamente nacionalista y patriota de Juárez.

Pero de momento, los monarquistas mexicanos exultaban de júbilo. El clero sonreía satisfecho ante la perspectiva de verse otra vez en posesión de sus bienes y de recobrar su ingerencia en el gobierno. Los conservadores lanzaban suspiros de alivio. Con el triunfo de las armas francesas que pronto sería una realidad, y con un príncipe católico en el trono, confiaban en que acabarían los desmanes de los juaristas y que México entraría por una senda segura de paz y felicidad, de religión y orden. Y Maximiliano, con su mirada dulce y su sonrisa bondadosa, creía ingenuamente poder realizar el milagro. Pensaba en Juárez, en Porfirio Díaz y los demás altos jefes militares de la Reforma. También ellos se acercarían al trono imperial cuando él les asegurara que su misión era la de pacificar a México y convertirlo en un país unido y feliz.

Su intención nadie la discute, ni los propios liberales que lo combatieron. El error consistió en haber venido a reinar a México, donde su existencia era imposible mientras hubiese de por medio una voluntad de acero como la de Juárez, y soldados heroicos como Díaz, Escobedo, González Ortega y tantos más en cuyos corazones germinaba el ideal de Patria, por tanto tiempo confundido y ofuscado por las guerras intestinas. Jamás claudicarían aunque estuviesen al borde de la muerte. Juárez nunca conocería a Maximiliano y desoíría sus llamados de concordia y acercamiento. Era tanto como pedirle que anulara sus palabras inmortales: "El respeto al derecho ajeno es la paz".

PARA COMPRENDER hasta qué punto era difícil la tarea de Maximiliano de conciliar los intereses de un pueblo en pugna y de gobernar pacíficamente su nuevo Imperio, baste decir que desde que Hidalgo proclamara la Independencia en 1810 y la consolidara Iturbide en 1821, es decir, en un lapso de cincuenta años o menos, México había tenido sesenta y cinco formas de gobierno: varias Regencias, las dos provisionales encabezadas por Iturbide, y la de la intervención francesa que precedió al arribo de Maximiliano; un Imperio, el de don Agustín de Iturbide del que tuvo que abdicar en 1823, siendo más tarde fusilado; incontables asambleas y juntas gubernamentales; jefaturas militares encargadas temporalmente del mando supremo; Depositarios del Poder; Vicepresidentes y Presidentes de la Suprema Corte de Justicia en funciones de primeros Magistrados; una Dictadura, la de Santa Anna; Presidentes provisionales, substitutos o interinos, como eran denominados, que reemplazaban a los llamados mandatarios constitucionales aunque, en la mayoría de los casos, hubiesen sido nombrados o impuestos por la facción triunfante pues casi nunca terminaban su período. Eran derrocados, huían, se les perseguía, se les desterraba o caían posteriormente víctimas de asesinatos como don Vicente Guerrero. Algunos como Santa Anna, perdían

el poder y luchaban con las armas para recobrarlo. Este general a cuya debilidad se atribuye la ignominiosa venta de la mitad del territorio nacional a Estados Unidos, y que en 1853 se proclamara Dictador, haciéndose llamar "Alteza Serenísima", había ocupado la presidencia siete veces. Unas como interino o provisorio, otras con carácter de constitucional. Hubo presidentes que duraban en el poder sólo unos días. Otros que debían dejar el mando para salir a combatir a quienes se les oponían.

Es decir, un verdadero caos en el que triunfaba de momento, pero siempre efímeramente, el partido o el grupo con mayor fuerza. Tres constituciones y muchos planes de gobierno se habían dictado desde la Independencia, aunque se infringieran constantemente, según el partido en el poder. De ellos, la más drástica e importante por sus consecuencias político-sociales, era la de 1857 que, aunada a las Leyes de Reforma de 1859, constituían el primer paso en serio para la consolidación de una norma de gobierno.

A la llegada de Maximiliano, don Benito Juárez era el Presidente Constitucional y la Reforma estaba en vigor. Cuando los franceses de Forey tomaron la ciudad de México en mayo de 1863, el Presidente trasladó su gobierno a San Luis Potosí, pasando luego a Saltillo y Monterrey. Allí se encontraba, en firme espera de los acontecimientos, cuando México, por obra y gracia de Napoleón III y su ejército invasor, y alentado y ayudado por la facción de conservadores mexicanos, se convirtió en Imperio.

Maximiliano recibía así a un pueblo efervescente, inquieto, revuelto, indisciplinado y disímbolo en el que predominaba el elemento mestizo, amalgama del español y el indio, que había venido evolucionando desde la Conquista hasta formar la clase más importante y numerosa. Los indígenas todavía puros, constituían la tercera parte de la población; y los criollos, descendientes di-

rectos de españoles, formaban la clase restante que gozaba, como en la Colonia, de puestos de privilegio. Raras excepciones como la de Juárez, un zapoteca de pura cepa indígena, había llegado hasta la más alta jerarquía.

Si en la actualidad, la población heterogénea de México es el principal escollo con que tropieza un mandatario mexicano para gobernar equitativa y justicieramente, mucho más difícil, en el caso de un extranjero desconocedor del medio, era la tarea de conciliar los ánimos y de halagar y satisfacer a todos. Especialmente porque el Soberano había sido enviado e impuesto por un extraño y lo sostenía una minoría de infidentes mexicanos que no era toda la nación.

En otro capítulo de estos apuntes, he hecho referencia al plebiscito pedido por el futuro Emperador en Miramar para aceptar la corona de México. Había sido una farsa en la que intervinieron las bayonetas francesas. Eso sería también el Imperio.

Si Maximiliano no hubiese sido un hombre amable, generoso, atractivo y simpático en toda la extensión de la palabra, quizá su reinado habría durado no tres años, sino acaso tres meses o tres días.

Pero tenía el don de agradar y, mientras se moviese dentro del círculo formado en su derredor por las armas francesas y la adulación y el servilismo de los monárquicos mexicanos, el Emperador conquistaría afectos y simpatía. Prodigaba su bondad y su buena fe en todo y en todos. Su noble rostro de mirada dulce y tierna, su esbelta y elegante figura que bien pronto vistió a la mexicana, con trajes de charro o uniformes de general del ejército imperial de México, subyugaban a quienes le trataban y aun al pueblo azorado que lo contemplaba a distancia. Es un hecho que nadie, ni entonces ni ahora, le cobró odio. Si Maximiliano hubiese venido en aquella época o en la actual como un mero turista o un

fugaz visitante, es seguro que se habría convertido en el Adonis mimado de la sociedad. Pero su posición era distinta. Tras su figura delicada, fina, aristócrata, de rubio y cautivante príncipe, tras la dulzura de su mirada azul y la sonrisa amable y acogedora, estaba el torvo, el patanesco e implacable Bazaine, el gobernante detrás del trono, a quien Napoleón III premió pronto con el bastón de Mariscal por sus proezas en la dominación de México.

Nadie ignoraba que Maximiliano estaba sostenido por las armas francesas y que aquel trono imperial donde acababan de colocarlo, había costado muchas vidas de mexicanos a manos de extranjeros.

Cierto que en las guerras civiles se habían enfrentado hermanos contra hermanos. Pero ayer como hoy, el sentimiento unánime de todo mexicano es que ningún extraño puede ponernos la mano encima sin que protestemos y nos defendamos. Esa incontestable verdad fue, inauditamente, la que unió a la dividida nación contra el invasor. Podíamos, dentro de nuestras fronteras, hacernos pedazos. Pero al extranjero le estaba prohibido. Por eso se combatía. Por eso también se veía con escepticismo y no poca conmiseración a aquel príncipe austriaco nombrado emperador de los mexicanos. No podía durar en su encargo. Su Imperio era un espejismo.

Se peleaba aún encarnizadamente en Oaxaca, en Guerrero y en los estados norteros en donde Juárez habría de trasladar de ciudad en ciudad su gobierno hasta llegar a Paso del Norte, en la línea fronteriza estadounidense.

Los franceses, con ejércitos superiores en número y en equipo, avanzarían lejos, dominarían a sangre y fuego el territorio patrio. Pero sólo temporalmente. Napoleón necesitaría de sus tropas para demorar su caída que sobrevino, de hecho, en 1870. Estados Unidos, libres de su guerra civil, intervenirían en aquella

intromisión europea; y los soldados liberales, unidos en torno del férreo e inmutable Juárez, cobrarían nuevos bríos y resistirían hasta el final. Triunfaría el derecho.

La paz de la Capital y de los estados circunvecinos era, pues, ficticia, engañosa, una mera ilusión. Los ejércitos juaristas y las guerrillas republicanas, resistían heroicamente a los invasores. Se replegaban en muchas ocasiones, huían en otras, evacuaban ciudades y pueblos al empuje de las tropas europeas y de las columnas comandadas por generales imperialistas como Márquez, Miramón, Mejía y Méndez. Pero estaban presentes desde escondrijos en las montañas, desde ocultas posiciones en los bosques o en inaccesibles encrucijadas de un territorio que por vasto, constituía el principal enemigo de los invasores.

Maximiliano comenzaba a reinar, en consecuencia, en un país ingobernado e ingobernable. La heterogeneidad de la población, el tamaño —enorme en comparación con las naciones europeas—, del territorio mexicano incomunicado aún en su mayor parte; y la agitación que imperaba en oposición a la monarquía, eran sólo algunos de los magnos problemas que se le presentaban. Su trono, pues, descansaba gráficamente sobre una vorágine, mal disimulada por aquella aparente paz de la Capital.

XV

LA CIUDAD

LA CAPITAL del Segundo Imperio mexicano contaba en 1864, al arribo de Maximiliano y Carlota, 200,000 habitantes; población que aunada a la de las municipalidades comprendidas hoy dentro del Distrito Federal, pero que en la época estaban separadas de la ciudad por inmensos llanos y vastas haciendas, arrojaba un total de 465,823.

De esa población, según un autor francés quizá un tanto exagerado, no menos de cincuenta mil eran mendigos que merodeaban por las calles en manifiesta contradicción al supuesto emporio de riqueza, el "trono sobre un montón de oro" de que le habló Napoleón a Maximiliano al invitarlo para aceptar la corona de México.

Un hecho sí puede afirmarse: el país era pobre porque el tesoro público, manejado por tantas manos a través de cincuenta años de turbulencias políticas, se agotaba o desaparecía. México estaba, además, hundido en deudas, de las cuales, una de las más importantes era la de los fraudulentos bonos Jaecker en que intervino el aventurero medio hermano de Napoleón III, el Duque de Morny, hijo adulterino de la Reina Hortensia.

Ese sería un problema fundamental para Maximiliano pues pronto vería que no sólo no podría cumplir con el compromiso

de enviar el imaginario superávit al monarca francés, pero ni siquiera pagar con dineros de la nación a las tropas expedicionarias intervencionistas. Tendría, en cambio, que solicitar auxilio económico a Napoleón, naturalmente sin éxito, para atender las necesidades más apremiantes de su gobierno. Y el fabuloso gasto de millones invertidos en la expedición de México, haría, al final de cuentas, que se abandonase la empresa y se le retirara el apoyo al Emperador.

En una recopilación estadística presentada a Maximiliano en junio de 1864 por su autor, Juan N. Valle, que la dedica "al Soberano Ilustre que dejando las comodidades y respeto que le rodeaban en su país, viene dispuesto a sacrificarse por la felicidad del pueblo mexicano", la ciudad de México está descrita así:

"La extensión de la ciudad, dentro de las garitas, es de 4,340 varas de Norte a Sur; y de 3,640 varas de Oriente a Poniente, y en vez de murallas la rodea una ancha zanja inundada por las aguas de las lagunas que anteriormente entraban a las calles y las hacían navegables. La entrada a la ciudad es por varias calzadas de piedra, de las cuales la de Tacuba, San Antonio Abad y Guadalupe, fueron construídas por los aztecas, y las demás por los españoles. La ciudad está empedrada y las calles son amplias, rectas y con buenas y cómodas aceras. Hay diversas plazas destinadas al comercio donde el tráfico es bastante animado. Las aguas de que se surte la ciudad son buenas y abundantes, escaseando algo por la parte Norte. Los paseos de México son hermosos, especialmente el de Bucareli. Los edificios son bien construídos y elegantes, llamando la atención entre otros muchos, el Colegio de Minería, Palacio Imperial, Aduana, Teatro Imperial, Casa de Correos, ex-Inquisición y la Universidad. Los templos en general, son magníficos, extensos y de elegantes formas".

Tomando en cuenta lo fincado y lo poblado, los límites de la

ciudad, no llegaban pues, más allá de la glorieta que hoy ocupa la estatua ecuestre de Carlos IV, a la entrada de la avenida Bucareli y el Paseo de la Reforma. Lo que actualmente constituyen las colonias Cuauhtémoc, Juárez, Anzures, Roma y demás, eran llanuras inmensas y haciendas como las de la Teja y Casa Blanca. Para ir a Tacubaya, por ejemplo, se tomaba un ferrocarril que costaba un real. Y para trasladarse del Palacio Imperial al Alcázar de Chapultepec, se hacía una hora en carruaje. A San Angel, Azcapotzalco, Coyoacán, Tlalpan, Tacuba y demás municipalidades, se iba en ómnibus o en diligencias tiradas por varias mulas.

Con su sentido artístico innato y su perenne inclinación hacia lo bello, que Maximiliano anteponía siempre a los más arduos e inaplazables problemas de Estado, ideó de inmediato la apertura de la Calzada del Emperador, rebautizada después, al triunfo de los republicanos, con el nombre de Paseo de la Reforma.

Dice su secretario particular, Blasio, que dirigiéndose un día del Alcázar de Chapultepec a Palacio por la calzada de la Verónica, a través de la hacienda de la Teja, el Emperador expresó deseos de adquirir los vastos terrenos inmediatos a Chapultepec para abrir un gran paseo que comunicara desde la puerta principal del bosque hasta la estatua de Carlos IV, y de allí por Corpus Christi (hoy avenida Juárez), a un costado de la Alameda, a lo largo de las calles de San Francisco y Plateros, hasta el Palacio Imperial que hacía escuadra como en la actualidad, a la Catedral Metropolitana.

Maximiliano quiso también embellecer el Alcázar y amueblar con lujo y refinamiento el Palacio. Llegó incluso a idear una nueva fachada para el vetusto edificio virreinal, al estilo de las Tullerías. Y pensó también en ampliar algunas de las angostas calles capitalinas. Tenía más alma de artista y decorador, que de gobernante y político.

Trajo muebles, estatuas, jarrones y vitrales de Europa; vajillas de Sevres y cristalería de Bohemia a las que mandó grabar el monograma imperial; ricos tapices y gobelinos de Italia y Bélgica que pronto cubrieron los desnudos y sencillos muros de ambos edificios, dándoles el aspecto regio, muy al gusto de sus principescos moradores. En el adusto Palacio construido como una fortaleza en tiempos de la Colonia, Maximiliano mandó comunicar varios de los salones del frente, convirtiéndolos en uno solo de más de cien metros de largo que denominó Salón de Embajadores. Cerca del inmenso y bello salón, su despacho fue decorado lujosamente, con ricos tapices en damasco rojo y oro donde, bajo el escudo y las armas imperiales, aparecía bordada la divisa del Soberano: Equidad en la Justicia.

Pero por más que le fuera agradable la Capital por ser una ciudad importante y bella en su época, Maximiliano habría de preferir la provincia; y cuando permanecía en México se inclinaba más al Castillo de Chapultepec que al Palacio Imperial a donde acudía sólo a despachar los asuntos de gobierno. En enero de 1867, cuando Carlota se encontraba ya en Europa y él estaba a punto de dirigirse a Querétaro, prefirió vivir en la hacienda de la Teja, a la altura de lo que años más tarde ocuparía el lugar donde se levanta la estatua de la Independencia.

Relata la crónica histórica que le incomodaba la altura de la ciudad; y el aire delgado de la meseta central, así como el frío sutil de la altiplanicie, lo hacían buscar constantemente climas más benignos como el de Cuernavaca, donde residió muchas veces, haciendo famosa la bella finca Jardín de Borda; el de Orizaba que ya conocía a su paso desde Veracruz, y el de Jalapa, donde habitó largo tiempo en una hacienda cercana, feliz de poder hacer excursiones a pie y a caballo, admirando, arrobado, la esplendente naturaleza mexicana.

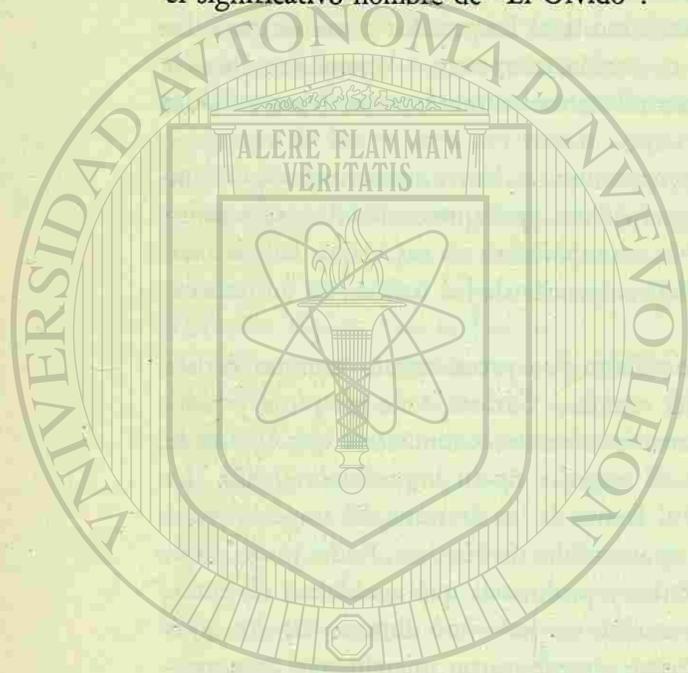
Otra de sus costumbres era la de comer al aire libre en el campo. Interrumpía de pronto sus audiencias y sus atenciones oficiales de Palacio y ordenaba que le alistarán su carruaje. Previamente, su criado vienés Venisch, había llevado vajilla, provisión y cojines a bellos lugares donde el Emperador y sus íntimos disfrutaban de una alegre comida campestre. Alguna vez llegó a escoger como sitio para el matinal almuerzo, las lejanas faldas del Ajusco.

Quien lo hubiese visto entonces sin su numeroso séquito imperial de ministros, chambelanes, ayudantes, oficiales, secretarios y criados, que siempre lo acompañaban en sus viajes, habría creído que se trataba del más entusiasta de los turistas en un país extranjero.

En realidad, Maximiliano fue precisamente eso: un turista enamorado del país que visitaba. Carlota, más perspicaz y práctica, pero sobre todo menos soñadora y romántica que él, fue la que empezó a percibir la tragedia de su imposible reinado. La Emperatriz se quedaba al frente de los destinos del Imperio cuantas veces Maximiliano se ausentaba de México. Pudo, pues, conocer las magnas dificultades y problemas que agobiaban el trono. Y tal vez la constante tensión en que vivió durante los dos años que permaneció en México, contribuyeron inicialmente a su posterior demencia.

Porque... era extraño: ella que en Miramar no previó el peligro de aceptar el trono de un país desconocido, persuadiendo por el contrario a Maximiliano para que desechase sus dudas y temores, palpaba ahora la realidad de un porvenir incierto, preñado de amenazas e infortunios. Eso la impelió a ir a Europa en busca de auxilio. Y él, que sí había presentado su tragedia, como lo prueban sus lúgubres versos, rehuía en México todo pensamiento que le recordase su bamboleante situación.

Durante uno de sus paseos por los alrededores de Cuernavaca, decidió comprar un bello terreno en cierto sitio llamado Acatzingo. Y a la casa campestre que mandó construir allí, le dio el significativo nombre de "El Olvido".



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

XVI

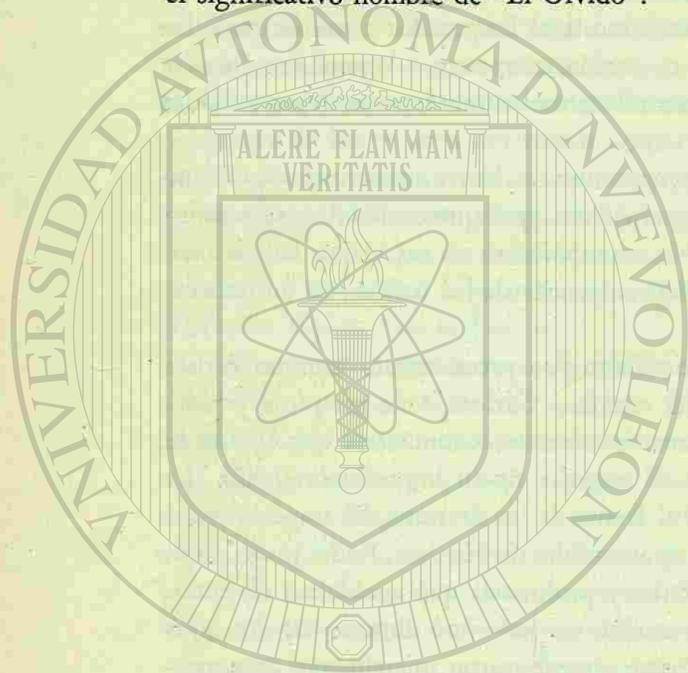
VIDA EN MEXICO

UNA EXTRAÑA costumbre de Maximiliano causó asombro entre quienes conocían su vida privada. El Emperador se retiraba a dormir exactamente a las ocho de la noche, para levantarse en punto de las cuatro de la mañana.

A esa hora llamaba a su secretario y a los escribientes para despachar los asuntos del día. Dictaba cartas, firmaba documentos y determinaba en lo general sus planes cotidianos de trabajo. Proyectaba visitas a diversas instituciones públicas, de beneficencia o privadas, disponiendo repartos pecuniarios a los menesterosos que lo necesitaran. Con frecuencia, a esa hora temprana, se le ocurrían nuevas formas protocolarias para el ceremonial de la corte que tuvo siempre muy en cuenta durante su reinado, o idealista lista de personas a quienes debía condecorar. No es improbable que en esas madrugadas haya estatuido la condecoración del Águila Azteca; la de San Carlos para señoras, y la de Guadalupe, existente ya, pero en desuso cuando arribó a México.

A las siete terminaba el acuerdo e invariablemente salía a pasear a caballo en traje de charro de rica botonadura de plata y un fino sombrero gris galoneado y con barboquejo de oro. Muy atractivo, subyugante, seductor, recorría el Bosque de Chapultepec si estaba en la ciudad; o los alrededores de las haciendas y

Durante uno de sus paseos por los alrededores de Cuernavaca, decidió comprar un bello terreno en cierto sitio llamado Acatzingo. Y a la casa campestre que mandó construir allí, le dio el significativo nombre de "El Olvido".



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

XVI

VIDA EN MEXICO

UNA EXTRAÑA costumbre de Maximiliano causó asombro entre quienes conocían su vida privada. El Emperador se retiraba a dormir exactamente a las ocho de la noche, para levantarse en punto de las cuatro de la mañana.

A esa hora llamaba a su secretario y a los escribientes para despachar los asuntos del día. Dictaba cartas, firmaba documentos y determinaba en lo general sus planes cotidianos de trabajo. Proyectaba visitas a diversas instituciones públicas, de beneficencia o privadas, disponiendo repartos pecuniarios a los menesterosos que lo necesitaran. Con frecuencia, a esa hora temprana, se le ocurrían nuevas formas protocolarias para el ceremonial de la corte que tuvo siempre muy en cuenta durante su reinado, o idealista lista de personas a quienes debía condecorar. No es improbable que en esas madrugadas haya estatuido la condecoración del Águila Azteca; la de San Carlos para señoras, y la de Guadalupe, existente ya, pero en desuso cuando arribó a México.

A las siete terminaba el acuerdo e invariablemente salía a pasear a caballo en traje de charro de rica botonadura de plata y un fino sombrero gris galoneado y con barboquejo de oro. Muy atractivo, subyugante, seductor, recorría el Bosque de Chapultepec si estaba en la ciudad; o los alrededores de las haciendas y

poblaciones mexicanas que empezó a visitar dos o tres meses después de su llegada, residiendo en algunas de ellas por tiempo indefinido.

Volvía a las nueve, y a esa hora almorzaba, casi siempre en compañía de oficiales, chambelanes, ayudantes o amigos y cortesanos que estuviesen presentes, pues en lo privado, Maximiliano gustaba de abolir el protocolo y departir democrática y amablemente con todos.

Después del almuerzo concedía audiencias, las públicas dos veces por semana, las oficiales diariamente. Enseguida, hasta las cuatro de la tarde en que se servía la comida, se dedicaba a visitar escuelas, hospitales, prisiones y demás instituciones, para informarse de sus necesidades y atenderlas. Generalmente repartía dinero y regalos entre los niños, los enfermos o los presos, e imponía condecoraciones a los directores y jefes que se hubiesen hecho merecedores de ellas, confirmando así esa bondad que exhalaba de toda su persona y que, como es natural, le ganaba afectos y simpatía.

Cuando abandonaba alguna población que había visitado o en la que pasaba algunos días, casi siempre enviaba a la autoridad respectiva, una carta como la que sigue:

"Jalapilla, mayo 18 de 1865.

"Mi querido Prefecto Herrera:

"Al dejar la ciudad de Orizaba, llevo los más gratos recuerdos por la amable acogida que me ha hecho y por el buen sentir de sus habitantes. He querido por vuestro conducto reiterar mi cordial despedida y mis más sinceras gracias, ofreciendo volver con la Emperatriz a visitar otra vez esta hermosa ciudad.

"Como una muestra de mi gratitud por vuestros buenos servicios, os he nombrado caballero de la Orden de Guadalupe, y

para aliviar las necesidades de la población, le remito quinientos pesos que distribuiré en mi nombre.

"Reitero, mi querido Prefecto, los sentimientos de mi benevolencia.

Maximiliano".

Sólo cuando debía asistir a recepciones, bailes o fiestas, el Emperador se desvelaba hasta las once o doce de la noche y entonces el acuerdo con los secretarios era a las ocho de la mañana. Pero contra lo que es de suponerse por la pompa, el esplendor y la elegancia que rodean los retratos existentes de Maximiliano y su corte, al Monarca no le gustaba la vida palaciega ni el protocolo aparatoso de la corte, instituido en México de acuerdo con el de Viena. Asistía a los deslumbrantes bailes y saraos imperiales por cumplir con la etiqueta, pero los eludía cuantas veces le era posible, delegando en Carlota sus compromisos sociales de Soberano.

El día 6 de julio de 1865, por ejemplo, en que cumplió treinta y tres años, la ciudad de México se dispuso a celebrar la fecha y rendir a su Emperador un gran homenaje. Pero Maximiliano muy cortesmente se excusó de asistir, enviando en su lugar a Carlota que radiante y soberbia en su regio vestido de seda adornado de encajes y perlas, la diadema de diamantes sobre la negra cabellera, y en los hombros el rico manto imperial carmesí orlado de armiño, fue incluso a Catedral para recibir las bendiciones y felicitaciones del Arzobispo y los parabienes de los altos dignatarios eclesiásticos. Sentada en el suntuoso trono erigido a la vera del altar mayor, asistió al *Te Deum* y al *Domine Salvum Fac Imperatorum* que se entonaban en honor de su ausente consorte. Y más tarde, desde el balcón central de Palacio tuvo que agradecer a la multitud los vivas al Emperador, las mañanitas de las or-

questas populares que ya se empezaban a conocer con el nombre de "mariachis" porque tocaban en los "mariages" franceses; las felicitaciones, en fin, de pueblo y cortesanos, dedicadas por su conducto al homenajeado.

Entre tanto, Maximiliano reposaba en la suave quietud de Chapultepec, fumando su imprescindible tabaco habano al que era muy afecto, leyendo poesías francesas o asomándose de vez en cuando a las terrazas del Castillo desde donde, a través de la densa arboleda, se percibía el impreciso caserío de la Capital en fiesta, una fiesta que se celebraba sin la presencia del festejado.

Muchas veces Carlota reemplazó así al Emperador en sus deberes oficiales y sociales. Para cumplir con la sociedad mexicana que se desvivía por el boato del Imperio, acordaron ambos estatuir la costumbre de que Carlota diera una recepción semanal en Palacio, haciendo los honores en nombre propio y en el del Emperador. Esas reuniones a las que concurrían las más altas figuras del partido conservador y monárquico, fueron conocidas como "Los lunes de la Emperatriz", a imitación de las que con el mismo nombre ofrecía Eugenia en las Tullerías.

De esa manera la arrogante Carlota se enteró pronto que sus sueños de poder y de gloria eran irrealizables y que su trono vacilaba cada vez más a la vista de negros nubarrones de tormenta. Cuando la situación de los Emperadores se tornó por demás grave con la evacuación de las primeras tropas francesas en julio de 1866, fue Carlota la que decidió que ella iría a Europa a solicitar, a exigir acaso el auxilio de Napoleón III que ya para entonces había determinado desistir de su aventura de México y que, naturalmente, negaría toda ayuda.

Carlota partió de México el 9 de julio de 1866 y embarcó en Veracruz el 13 de ese mismo mes en el vapor francés *Emperatriz Eugenia*, nombre que le recordaba amargamente a Carlota el de

la ex-condesa española, esposa de Napoleón, que tanto había influido, por sus secretas ambiciones, a la intervención francesa en México.

Iba a Francia para no volver más y habría de encontrar en las cortes europeas que recorrió, la más cruel indiferencia hacia su perdida causa.

Relatan las crónicas que ya desde su viaje de México a Veracruz, Carlota tuvo actitudes extrañas y anormales. Sus damas de honor y todos sus acompañantes que iban con ella en el viaje, se mostraron asombrados de sus rarezas, sin sospechar siquiera que constituían el principio de su futura locura. Pernoctando en Puebla, se levantó súbitamente a media noche para ir a tocar en casa del antiguo prefecto imperial, Sr. Esteva, que ocupaba entonces otro cargo en Veracruz. Con inusitada violencia y agitación para una persona de su finura, se hizo abrir la desierta casa, recorrió una a una las habitaciones vacías con paso precipitado y nervioso, examinando muros, techos y pisos con flameantes miradas, y luego volvió a su alojamiento sin explicar su extraña conducta. En Veracruz, asimismo, hubo estupor cuando la Emperatriz se mostró iracunda y se detuvo en seco, como espantada, al querer trasladarla al trasatlántico en una lancha con bandera francesa. Exigió destempladamente el cambio del pabellón por el mexicano; y con verdadera furia recriminó a los oficiales de su séquito por aquel error que en el concepto de quienes presenciaron la escena, carecía de importancia.

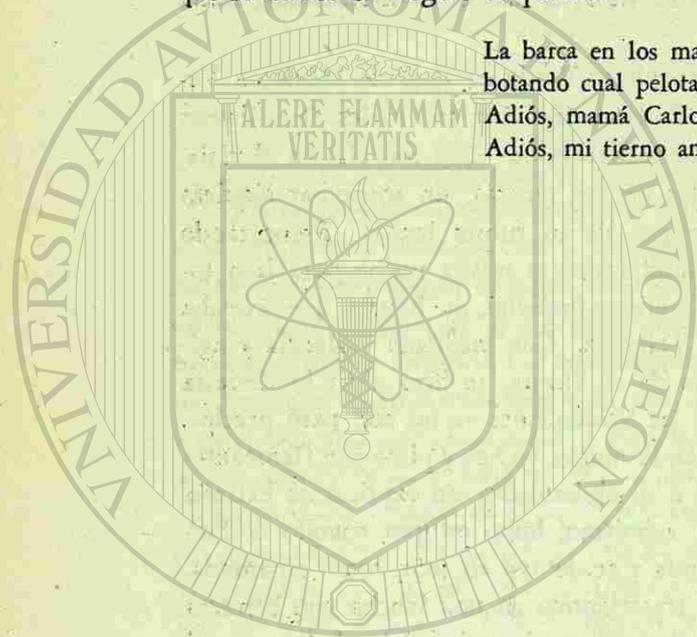
Así empezaba la tragedia de la Emperatriz de México que sobrevivió a su marido sesenta largos años hasta 1927 en que murió sin emerger jamás a la razón.

No volvería a ver a Maximiliano, ni regresaría a México ya. Tampoco hay la seguridad que su extravío le permitiese conocer

la muerte del Emperador. Para junio de 1867 en que se le fusiló en Querétaro, Carlota estaba loca y cumplía ya con su cruento destino de personaje de tragedia.

Es por ello que hoy suena tan cruel aquel corrido burlesco que le dedicó el vulgo a su partida:

La barca en los mares
botando cual pelota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII

UN EMPERADOR MEXICANO Y LIBERAL

SÓLO UNA ceremonia oficial no eludió nunca Maximiliano durante su efímero reinado de tres años: la celebración de la Independencia cae dieciséis de septiembre que pasó en México.

Parecía una ironía, un sarcasmo para quienes no conocieran la buena fe rayana en ingenuidad que animaba siempre los actos del Soberano austriaco. El, un príncipe extranjero, impuesto por monarca de otro país y sostenido en el trono por soldados franceses, no dejó de conmemorar con rumbosas fiestas, *Te Deums* en Catedral, desfiles militares, salvas de artillería, juegos pirotécnicos y festejos de toda especie, la fecha patriótica que marcaba el grito de emancipación de Hidalgo, sacrificado por aspirar a la libertad y a la soberanía de México.

Carlota, por su parte, encontrándose en Miramar en septiembre de 1866 cuando fue a Europa a tratar de salvar el perdido Imperio, conmemoró el 16, a pesar de que ya presentaba síntomas inequívocos de locura.

En apariencia, aquello era una grotesca farsa, una flagrante burla. Pero en el fondo, Maximiliano, por extraño que parezca, obraba con sinceridad. Creía firmemente que al renunciar a sus derechos reales de Austria, adoptar la ciudadanía del país por él

gobernado y aceptar su corona, su nueva patria era México, y él un monarca mexicano llamado a salvarlo y redimirlo.

Sólo así se explica su renuencia a abdicar y a huir del caldoso de Querétaro cuando le sobraron oportunidades para hacerlo. Sólo así se concibe también el hecho de que en una de sus visitas a la Academia de Bellas Artes de San Carlos, haya ideado e incluso ordenado a un arquitecto de nombre Rodríguez —aunque el proyecto no se llevase a cabo—, un monumento a los héroes de la Independencia, consistente en una alta columna de mármol blanco rematada por el águila imperial y llevando en su base las estatuas de los padres de la patria.

El primer año de 1864 conmemoró la fecha de la patria en Dolores Hidalgo, en la propia cuna de la Independencia; y los dos subsecuentes en el Palacio de México que después de su muerte, al triunfo de la República, volvería a llamarse Nacional y desde donde los futuros Presidentes repetirían la ceremonia del "Grito".

Actos como ése pintan al hombre que vino a reinar en México. No había en él malicias, ni suspicacias, ni torvas sinuosidades. Su corazón era puro y sano como el de un niño. Era casi un cándido, un iluso con un trágico desconocimiento de los hombres y sus reacciones. Su voluntad estaba regida por impulsos netamente sentimentales, y creía que aún siendo extranjero, bastaba con sentirse mexicano para serlo; y que al identificarse con el país celebrando su Independencia en traje de general mexicano, hasta los republicanos lo considerarían, no como un intruso europeo, sino como un gobernante de México y para México, saturado de bondad y nobleza, e impelido por la más pura de las intenciones.

De ahí su preocupación para fundar una dinastía que, al no poder crearla él mismo por carecer de hijos, la delegó en el pequeño Agustín, nieto del Emperador Iturbide, habiendo para el

caso, concedido a su madre, doña Josefa, única hija superviviente del consumidor de la Independencia, el rango de princesa real mexicana.

De ahí también su anhelo constante, su persistencia de atraerse a los liberales en busca de una coalición monárquico-república. Sus cartas, sus mensajes a Juárez invitándolo a presidir su gabinete en calidad de Primer Ministro, comprueban que en el alma de Maximiliano alentaba un sentimiento de amor y de concordia; y que, en espíritu, creía ser tan mexicano como los mismos que lo combatían, pues que al llamarlos a su lado, lo hacía inspirado en el ferviente deseo de dar paz, bienestar y felicidad a México.

Sus tentativas, naturalmente, se estrellaron. La contestación que le envió Juárez a su carta escrita en la fragata *Novara* que lo trajo a México, era contundente, como lo fueron otras posteriores. "El y doña Carlota", replicaba el Patricio, eran los representantes de una intervención en un país libre. "Es dado al hombre, Señor —continuaba—, atacar los derechos ajenos, apoderarse de sus bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará".

Desde los principios de su reinado se percibe en Maximiliano una tendencia a preferir a los liberales por sus ideas avanzadas y progresistas, más que a los conservadores a quienes llamaba "vieilles perruques". Y cuando muchos mexicanos solicitaban entrar en su servicio, aduciendo para lograrlo, que descendían de rancias aristocracias europeas, el Soberano los rechazaba con inequívoco desdén.

Nombró Ministro de Relaciones Exteriores, a don Fernando Ramírez, reconocido abogado liberal. Y en un Consejo de Estado

que formó para la redacción de leyes, reglamentos y determinaciones gubernamentales, figuraba como Presidente un connotado republicano, don José María Lacunza. En repetidas ocasiones luchó por congraciarse con los del partido opuesto, acogiendo a hombres como el general neoleonés Vidaurri que se pronunció por el Imperio. Al general Porfirio Díaz le escribió en 1867 ofreciéndole el mando del ejército mexicano imperialista a su salida para Querétaro. Y cuando padeció de una enfermedad del hígado y lo atacaba una fiebre palúdica contraída en uno de sus constantes viajes a tierra caliente, insistió hasta lograrlo que el Dr. Rafael Lucio, republicano cien por ciento, lo atendiera en lugar de su médico de cabecera, el austriaco Dr. Semeleder.

Con ello sobrevino, obviamente, el divorcio paulatino de los mismos que lo habían traído al poder. Y en cuanto a los clericales que habían sido los principales instigadores de la instauración de una monarquía extranjera en México para contrarrestar las drásticas disposiciones de la Reforma, no podían comprender aquella extraña actitud del Emperador en quien habían imaginado un apoyo inmediato a sus reclamaciones.

El 7 de diciembre de 1864, Monseñor Meglia, Nuncio Apostólico de Su Santidad Pío IX, llegó a la capital mexicana para entrevistarse con el Emperador, quien en casi seis meses de reinado, nada definitivo había hecho en favor de la Iglesia.

Por su conducto, el Pontífice pedía formalmente que "la religión católica, con exclusión de todo otro culto disidente, siguiera siendo gloria y sostén de la nación mexicana; que los obispos fuesen completamente libres en el ejercicio de su ministerio pastoral; que las órdenes religiosas fuesen restablecidas y reorganizadas, y el patrimonio de la Iglesia puesto a salvo y protegido; que nadie obtuviese la facultad de enseñar y publicar máximas falsas y sub-

versivas; y que la enseñanza pública o privada fuese vigilada por las autoridades eclesiásticas".

Es decir, que la Iglesia volviese a tener el mismo predominio que antes de la Reforma, que se le restituyesen sus bienes y se le devolviesen sus perdidos fueros.

Y como Maximiliano, a pesar de ser un buen católico, de profesar la fe cristiana y permitir los cultos, no accedió a las demandas del Nuncio, pues hay la certeza de que en lo íntimo apoyaba, como Juárez, la separación de la Iglesia y el Estado, Monseñor Meglia regresó a Roma, dando un informe bien desfavorable para el Emperador. En una nota oficial al Ministro Escudero, acusó al gobierno imperial de "pretender consumir la obra iniciada por Juárez".

Ese fue el motivo principal por el que Pío IX nunca concedió el solicitado Concordato y la causa de que Carlota, al acudir a él en septiembre de 1866, confiando en conseguir su ayuda para salvar el Imperio, se encontró con una cristiana y benévola pero firme negativa que constituyó un golpe de muerte para ella y fue la confirmación de su trágica locura.

La Emperatriz de México fue la única mujer hasta esa fecha, a quien se dio albergue en el Vaticano, pues su estado mental era tan grave después de la entrevista con el Papa, que no pudo trasladársela a su alojamiento de Roma.

Así habrían de empezar para Maximiliano las múltiples dificultades que obstruyeron su reinado, desde su iniciación en junio de 1864, hasta la catástrofe final de Querétaro, tres años más tarde.

ALERE FLAMMA
VERITATIS
EL EJERCITO IMPERIAL

UNO DE LOS convenios celebrados entre Maximiliano y Napoleón antes de salir de Miramar, era en el sentido de que el ejército francés, en número de 25,000 hombres, permanecería en México cinco años a partir de la instauración del Imperio, en tanto que el Emperador procedía a formar sus propias fuerzas militares con elementos mexicanos. También se le había prometido el respaldo económico necesario mientras se ordenaban las maltrechas finanzas nacionales que al cabo de algún tiempo "darían lo suficiente para sostener el Imperio" y hasta para resarcir a Francia de su deuda, sin contar con que se esperaban incluso ganancias, pues Napoleón le aseguró a Maximiliano haberle entregado un país de fabulosa riqueza.

En los primeros meses de su reinado, dedicados a viajes placenteros por el país que le fascinaba ya por sus bellezas naturales, Maximiliano no supuso que aquello era un imposible. Sobre todo para un hombre idealista y soñador como él que no era un organizador, ni conocía los rudimentos de una administración gubernativa, especialmente tratándose de una nación desconocida, en pie de guerra, y aún no dominada por los invasores franceses como falazmente le habían asegurado.

Pensó, sin embargo, en organizar el ejército mexicano, proba-

blemente con el núcleo de infidentes monárquicos que ya servían al Imperio. Pero lo hizo a la manera de quien da la orden para cumplir con un compromiso, y no impulsado por un sentido nato de gobernante que quiere así solidificar su posición. En su frivolidad, en su idealismo, en su fuga perenne de la realidad a la ensañación poética y contemplativa, quizá no supo nunca exactamente con qué ejército contaba. Y muchas veces dio más importancia a la confección de nuevos uniformes deslumbrantes y a conceder condecoraciones a sus soldados, que a la formación de un verdadero ejército.

Nombró para el efecto a un conde austriaco, el general Thun que lo había acompañado desde Miramar, pues como decía en una carta al mariscal Bazaine, "no hay un general mexicano o francés que haya querido o podido encargarse de esta organización".

El nombramiento de un austriaco para tal encargo, cuando el Imperio estaba sostenido por franceses, constituyó un error de táctica del Soberano. Los altos jefes Márquez, Miramón, Mejía, Méndez y algunos más que encabezaban diversas columnas imperialistas, recibieron aquella decisión con callado resentimiento. Y Bazaine, de quien a sotto voce se decía que era el verdadero Emperador, no aceptó nunca el desaire. Sus discrepancias con el Soberano fueron creciendo paulatinamente hasta sobrevenir el distanciamiento y la ruptura con la retirada de las últimas tropas francesas en febrero de 1867 y su partida para Francia en marzo del mismo año.

En apariencia, el jefe del ejército francés de ocupación y el Monarca austriaco, mantenían una amistosa armonía. Cuando el sexagenario Mariscal francés casó en julio de 1865 con la jovencita mexicana de veinte años, Josefa Peña de Azcárate, más conocida en la historia como Pepa Peña, Maximiliano y Carlota apa-

ALERE FLAMMA VERITATIS
EL EJERCITO IMPERIAL

UNO DE LOS convenios celebrados entre Maximiliano y Napoleón antes de salir de Miramar, era en el sentido de que el ejército francés, en número de 25,000 hombres, permanecería en México cinco años a partir de la instauración del Imperio, en tanto que el Emperador procedía a formar sus propias fuerzas militares con elementos mexicanos. También se le había prometido el respaldo económico necesario mientras se ordenaban las maltrechas finanzas nacionales que al cabo de algún tiempo "darían lo suficiente para sostener el Imperio" y hasta para resarcir a Francia de su deuda, sin contar con que se esperaban incluso ganancias, pues Napoleón le aseguró a Maximiliano haberle entregado un país de fabulosa riqueza.

En los primeros meses de su reinado, dedicados a viajes placenteros por el país que le fascinaba ya por sus bellezas naturales, Maximiliano no supuso que aquello era un imposible. Sobre todo para un hombre idealista y soñador como él que no era un organizador, ni conocía los rudimentos de una administración gubernativa, especialmente tratándose de una nación desconocida, en pie de guerra, y aún no dominada por los invasores franceses como falazmente le habían asegurado.

Pensó, sin embargo, en organizar el ejército mexicano, proba-

blemente con el núcleo de infidentes monárquicos que ya servían al Imperio. Pero lo hizo a la manera de quien da la orden para cumplir con un compromiso, y no impulsado por un sentido nato de gobernante que quiere así solidificar su posición. En su frivolidad, en su idealismo, en su fuga perenne de la realidad a la ensañación poética y contemplativa, quizá no supo nunca exactamente con qué ejército contaba. Y muchas veces dio más importancia a la confección de nuevos uniformes deslumbrantes y a conceder condecoraciones a sus soldados, que a la formación de un verdadero ejército.

Nombró para el efecto a un conde austriaco, el general Thun que lo había acompañado desde Miramar, pues como decía en una carta al mariscal Bazaine, "no hay un general mexicano o francés que haya querido o podido encargarse de esta organización".

El nombramiento de un austriaco para tal encargo, cuando el Imperio estaba sostenido por franceses, constituyó un error de táctica del Soberano. Los altos jefes Márquez, Miramón, Mejía, Méndez y algunos más que encabezaban diversas columnas imperialistas, recibieron aquella decisión con callado resentimiento. Y Bazaine, de quien a sotto voce se decía que era el verdadero Emperador, no aceptó nunca el desaire. Sus discrepancias con el Soberano fueron creciendo paulatinamente hasta sobrevenir el distanciamiento y la ruptura con la retirada de las últimas tropas francesas en febrero de 1867 y su partida para Francia en marzo del mismo año.

En apariencia, el jefe del ejército francés de ocupación y el Monarca austriaco, mantenían una amistosa armonía. Cuando el sexagenario Mariscal francés casó en julio de 1865 con la jovencita mexicana de veinte años, Josefa Peña de Azcárate, más conocida en la historia como Pepa Peña, Maximiliano y Carlota apa-

drinaron el matrimonio que se efectuó con toda pompa en el Palacio Imperial. Y el Emperador le hizo un regio regalo de bodas, el Palacio de Buenavista. Un año después, al nacer el primogénito, los emperadores fueron también los padrinos de bautizo y la ceremonia se llevó a cabo con igual fastuosidad en la capilla imperial del Palacio.

Pero en lo privado, a nadie escapaba que aquellos dos hombres tan disímbolos entre sí por sus maneras, por su procedencia y su carácter, y hasta por su tipo, no marchaban de acuerdo. Era doloroso, pero Maximiliano, que había sido traído a México como Emperador, lo era prácticamente de nombre cuando se trataba de Bazaine. Y hay la certeza de que Carlota, más soberbia que su marido, y que no aceptaba nunca papeles secundarios, lo detestaba secretamente.

El rudo soldado francés con rango de Mariscal, veía en Maximiliano lo que Napoleón III al aceptarlo para el trono de México: un simple agente de la intervención en el país invadido, un títere al servicio del Monarca de las Tullerías y no un jefe con supremos poderes para darle órdenes. Bazaine dependía de Francia, del Ministro de la Guerra y de su Emperador. De ninguna manera del Soberano de México quien sin el apoyo de sus armas era, como en efecto lo fue, cuando evacuaron el territorio nacional las tropas francesas, un hombre perdido, un pobre náufrago en medio de un mar encrespado por indomable tormenta política.

Así fue pues, cómo Maximiliano, víctima fatal de un destino trágico, vio pronto que los mismos que lo habían encumbrado, se sentían defraudados y le volvían la espalda. Los conservadores y el Clero por un lado, el ejército francés por otro, lo dejaron a su suerte para que los liberales, apoyados y reconocidos por Estados Unidos, y cobrando cada día más fuerza, lo combatieran hasta el final en su postrer reducto de Querétaro.

En apariencia, el boato de la corte era el mismo, las fiestas suntuosas que tanto halagaban la vanidad de los pseudo-aristócratas mexicanos, continuaban; los viajes del Emperador que llegó a pasar quince días en Cuernavaca y quince en México, sospechándose que allí tenía amores con una jovencita mexicana, seguían como siempre. Su prodigalidad para ayudar pecuniariamente a quien lo necesitase, y su costumbre inveterada de premiar con títulos y condecoraciones a los que le mostraban adhesión, no se interrumpió ni en los días aciagos del sitio de Querétaro. Pero todo aquello era hueco, falso, endeble. El Imperio era sólo una hermosa fachada.

A principios de 1866, Maximiliano envió a París al general Almonte quien con Hidalgo y Gutiérrez de Estrada, había sido el mexicano que más trabajó por la intervención y la monarquía. El objeto de su viaje era hacer ver a Napoleón la aflictiva situación del Imperio y la urgencia de prorrogar el plazo de permanencia de las tropas francesas en México. Solicitaba asimismo un nuevo subsidio, pues las arcas imperiales estaban en bancarrota, a causa de las enormes erogaciones de la guerra de dominación que tenía trazas de no acabar nunca.

Como era de esperarse, Napoleón que ya para entonces había desistido de su absurda aventura de México, no sólo se rehusó a atender las peticiones de Maximiliano, sino que exigió la inmediata liquidación del adeudo mexicano al gobierno francés.

La urgencia de reconcentrar sus tropas en prevención de la guerra franco-prusiana que no estaba muy distante; la necesidad de cuidar hasta el último franco para la probable campaña y para acallar las acervas críticas que se dedicaban a su descabellada invasión de México; y, por último, su desencanto ante el evidente fracaso, sin contar con que Estados Unidos lo conminaban ya a respetar la Doctrina Monroe retirándose del país invadido, lo

hicieron decidirse en contra del pobre archiduque austriaco, negándole toda ayuda. "Circunstancias más fuertes que mi voluntad —decía en una carta explicativa—, me obligan a evacuar mis tropas de México".

Fue entonces cuando Carlota pensó que yendo personalmente a Europa, conseguiría convencerlo de que no podía abandonar lo que él mismo había creado. Pero ni ella en su entrevista de agosto de 1866 con Napoleón y Eugenia lo logró. La decisión del monarca francés ya estaba tomada, como la del inversionista que ante un negocio fracasado, lo descarta para dedicarse a otro. El de Napoleón era Bismarck que ya dibujaba en el horizonte político la caída del último Bonaparte.

XIX

EL DECRETO

DE TODOS los actos de Maximiliano, ninguno reviste consecuencias tan graves para su propio destino, como el famoso decreto del 3 de octubre de 1865. Si no hubiese firmado aquella Ley que condenaba a muerte a todos los que se encontraban esgrimiendo armas en contra del Imperio, Juárez tal vez no se habría mostrado tan inflexible para perdonarle la vida en Querétaro. Y quizá habría podido embarcarse para Europa, vivir por largos años y contar para la posteridad, su triste experiencia de México.

Resístese el buen juicio a creer que aquella drástica e implacable ley haya procedido de un hombre a quien caracterizó siempre la bondad, la dulzura y la compasión. Existen divergencias históricas sobre su verdadero autor y algunos se inclinan hacia la hipótesis de que Bazaine, exasperado por la resistencia de los republicanos que le impedían dominar totalmente el territorio mexicano en la forma "fácil" y "rápida" que había imaginado, persuadió a Maximiliano para promulgarlo, acabando así, de una manera violenta y brutal, pero definitiva, con los desafectos a la intervención y al Imperio.

Como quiera que sea, el decreto está firmado por el Emperador y sus Ministros; y a él se le hizo responsable en su enjuicia-

miento de Querétaro, presentándolo como argumento principal para condenarlo a muerte.

Si él fue en realidad su autor, sus móviles se explican, aunque no se justifiquen, como una consecuencia de una falsa noticia referente a Juárez, recibida en México pocos días antes, en septiembre de 1865.

Apoyándose en una infundada suposición, el General Brincourt, que martillaba entonces a las fuerzas republicanas en Chihuahua, envió un telegrama a Bazaine comunicándole que el Presidente Juárez había abandonado el territorio mexicano atravesando la frontera por Paso del Norte hacia Estados Unidos.

Aquello significaba que el gobierno liberal quedaba acéfalo; que el Imperio sería reconocido por Estados Unidos y que por fin podría restaurarse la paz, si como se hizo más tarde, se amagaba severamente a quienes se le opusieran con las armas.

Es decir, que si Maximiliano en persona redactó el nefasto decreto, lo hizo como una medida para pacificar al país y no como luego lo empleó Bazaine, para implantar el terror sacrificando en represalia, a miles de mexicanos, mientras que enviaba la célebre circular donde decía: "Hay que matar o hacerse matar".

Y tan debe haber estado en su conciencia de príncipe benévolo y magnánimo el evitar matanzas innecesarias, que al final del decreto aparecía una cláusula concediendo la amnistía hasta el 15 de noviembre de 1865 — fecha prorrogada más tarde al 1º de diciembre del mismo año —, a todo aquel que depusiera las armas y se adhirió al régimen imperial.

Como siempre, sus cálculos fallaron porque se inspiraban en ilusiones irrealizables. Nadie se iba a rendir tan mansamente. Nunca, como después del decreto, la marea se habría de mostrar más desfavorable para el Imperio. Los republicanos iban a tomar pronto la ofensiva y la flagelante ley sólo recrudecería la lucha.

Al hacerse pública la noticia en México sobre la supuesta claudicación de Juárez y su huída al extranjero, Maximiliano se dirigió a la Nación en un manifiesto que en principio decía:

"Mexicanos,

"La causa sostenida con tanto valor y constancia por don Benito Juárez, había ya sucumbido no solamente ante la voluntad nacional, sino ante la ley misma que este Jefe invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy, esta causa, degenerada en facción, ha quedado abandonada por el hecho de la salida de su Jefe del territorio de la Patria".

Y buscó de nuevo un acercamiento, una coalición monárquico-republicana, llamando al Benemérito a su lado. Dos meses después decía en una carta al Barón de Pont: "Es preciso que él (Juárez), se decida a colaborar con su energía inquebrantable y su inteligencia reconocida a la obra difícil que he emprendido".

El gran patriota, más inmutable que nunca y tan impertérrito como antes para acceder a las ilusorias pretensiones de Maximiliano, estaría, no en el extranjero, sino en Paso del Norte, a un extremo de México pero dentro de sus límites. Allí es reportado en la historia exclamando:

"Señálemme el cerro más inaccesible, más alto, más árido, y subiré hasta la cumbre y allí me moriré de hambre y de sed, envuelto en la bandera de la República, pero sin salir del territorio nacional. ¡Eso nunca!"

Por algo diría más tarde el general francés Niox: "Juárez era la verdadera personificación de la resistencia a la intervención y al Imperio". Sin su voluntad indómita, sin su fe inmovible en el triunfo del derecho, sin su espíritu de sacrificio que le permitía tolerar todas las penalidades y miserias de sus forzosos peregrina-

najes, no habría subsistido una causa, ni una bandera, ni el germen sublime de una patria y una nacionalidad.

Aquel repliegue a Paso del Norte en el último confín del territorio patrio, habría de operar el milagro de la resurrección. Todas las circunstancias empezaron a favorecer el triunfo de la República. Y a hundir poco a poco, a lo largo de veinte meses hasta junio de 1867, al endeble imperio de Maximiliano, quien abatido, melancólico como antes de embarcarse para México, se debatía en los más lúgubres pensamientos y en las más funestas conjeturas.

Trataría de huir de ellos, ausentando su espíritu de las amargas realidades o buscando un solaz en secretos amoríos. Iría con más frecuencia a Cuernavaca, a su quinta tan significativamente nombrada "El Olvido", donde tanto asombraba a todos que pudiese dedicarse a cazar mariposas y coleccionar insectos con el naturalista Billimeck cuando otro en su lugar estaría buscando una solución para salvar el Imperio.

Por actitudes semejantes en los momentos más álgidos de su reinado, se le ha tachado de frívolo y trivial, de inconsistente, voluble y débil. Algún liberal recalcitrante lo ha llamado "dilettante de todos los dilettantismos" "que en lugar de Jefe de un Estado debió haber sido inspector de Castillos en el aire".

Pero es cruel la apreciación para quien fue simplemente un engañado, una víctima de la Fatalidad, una pobre semilla trasplantada a tierra extraña sin los medios para fructificar.

Todavía hubo tiempo en ese final de 1865 para que los Soberanos asistieran en Palacio a una representación de *Don Juan Tenorio*, ofrecida por el propio autor, don José Zorrilla que fungía como Lector de la corte. Y en noviembre, para pensar en un proyectado viaje a Yucatán y otro a las grutas de Cacahuamilpa. En defecto del Emperador que a última hora decidió no ir por las graves complicaciones que había acarreado el decreto —ejecu-

ciones marciales, fusilamiento de conocidos generales republicanos como Arteaga y Salazar—, Carlota se embarcó con un numeroso séquito hacia la lejana península donde fue todavía entusiastamente recibida. Durante los dos meses que duró su travesía, pareció apaciguar sus secretas penas que le habían vuelto la mirada adusta, la expresión inquieta y nerviosa, y la juvenil y triunfal sonrisa de otrora, en amargo rictus que traslucía un corazón ahogado en lágrimas.

Pero al llegar de nuevo a México y comprobar la situación cada vez más desesperada del Imperio, sus negras pupilas volvieron a ensombrecerse y su alma a vivir la angustia y la zozobra que sería el virus inicial de su locura. Relátase que Maximiliano fue a recibirla hasta San Martín Texmelucan y que en el carruaje que los regresó a México, ambos iban callados y taciturnos.

La tormenta estaba a la vista en ese final de 1865. Aparentemente todo seguiría igual. Los Emperadores cumplían con la etiqueta de la Corte, hacían las mismas visitas a los establecimientos públicos, se prodigaban en caridades y afables ayudas morales y materiales. Era una bella decoración como lo fue todo el Imperio.

Sólo quien hubiese visto a Juárez con su temple de hierro esperar paciente y firmemente en el Norte, habría concluido que allí, en la modesta y destartada estancia del Presidente republicano, y no entre los regios oropeles de Chapultepec o del Palacio Imperial, estaba el verdadero, el único México posible.

De sus escombros, entre ruinas humeantes y campos regados con sangre liberal, resurgiría como el Ave Fénix la República, para aplastar al Imperio que era sólo una mentira.

Maximiliano era ya la trágica víctima. Y con él, Carlota, en sus sesenta años de locura.

EL DERRUMBE

YA DESDE principios de 1866 se advirtió que Bazaine, casi sin informar de ello al Emperador, reconcentraba las tropas francesas para evacuarlas del territorio mexicano. A pesar de la palabra dada por Napoleón a Maximiliano, de retener los contingentes expedicionarios en México durante cinco años, el monarca francés llamaba a sus soldados sin preocuparle la suerte del soberano austriaco en México.

Las noticias del general Almonte desde París, a donde había ido comisionado para solicitar la ayuda de Napoleón, eran negativas. Ni soldados, ni dinero se obtenían para sostener el Imperio que ya se tambaleaba ante los estupefactos ojos de quienes, ilusos, aspiraron aún a establecer una monarquía hereditaria.

Las relaciones entre Maximiliano y Bazaine eran cada vez más tirantes. Aquel hombre no reconocía como jefe al Emperador de México y la posición del Monarca era por demás desairada porque parecía depender del Mariscal y no éste del Soberano.

Y luego, otro fracaso que llenó de lágrimas los ojos de la Emperatriz. La Legión Austriaca que Maximiliano solicitara de su hermano Francisco José, se había devuelto, ya formada y a punto de embarcarse para México, a su cuartel de Trieste, pues el gobierno de Washington que para entonces se había liberado de su

guerra civil e intervenía en los asuntos americanos, amenazó al Emperador de Austria con una ruptura de relaciones, si un solo soldado de su país salía hacia territorio mexicano. Y Francisco José tuvo más en cuenta su propia conveniencia que la suerte de su hermano en México.

Aquello fue un golpe de muerte para el ánimo de los Emperadores y de los conservadores e imperialistas. Si los soldados franceses se iban, si la Legión Austriaca no venía, no quedaban en torno de Maximiliano más que unos miles de mexicanos y otros tantos austriacos y belgas de la original Legión Extranjera. Y casi sin jefes, pues los principales, Miramón y Márquez, habían sido enviados a Europa por ciertas desavenencias surgidas en el seno de la monarquía. Además, sin recursos, puesto que las cajas del Imperio estaban en bancarrota.

Fue entonces cuando Carlota se aprontó para ir a Europa con la certeza de que ella conseguiría la ayuda de Napoleón para aquel Imperio que era su obra. Y que las cortes europeas no podían serle indiferentes.

Salió de México el 9 de julio, acompañada de sus damas de honor, doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio, una sirvienta mexicana y otra vienesa, a más de un nutrido séquito de chambelanes, funcionarios, ayudantes, oficiales y muchos más servidores. Iba vestida de riguroso luto por la muerte de su padre, Leopoldo I, acaecida en diciembre anterior. Y el negro de su austero atavío, daba un aspecto más sombrío a su juvenil rostro marcado ya con la huella de intensos sufrimientos.

El Palacio y el Alcázar sin la femenina presencia de Carlota y sus damas, se vieron vacíos; y Maximiliano sintió en lo profundo un motivo más de abandono.

Las noticias de la guerra reportando las recuperaciones territoriales de los republicanos que, por victorias propias o por la re-

EL DERRUMBE

YA DESDE principios de 1866 se advirtió que Bazaine, casi sin informar de ello al Emperador, reconcentraba las tropas francesas para evacuarlas del territorio mexicano. A pesar de la palabra dada por Napoleón a Maximiliano, de retener los contingentes expedicionarios en México durante cinco años, el monarca francés llamaba a sus soldados sin preocuparle la suerte del soberano austriaco en México.

Las noticias del general Almonte desde París, a donde había ido comisionado para solicitar la ayuda de Napoleón, eran negativas. Ni soldados, ni dinero se obtenían para sostener el Imperio que ya se tambaleaba ante los estupefactos ojos de quienes, ilusos, aspiraron aún a establecer una monarquía hereditaria.

Las relaciones entre Maximiliano y Bazaine eran cada vez más tirantes. Aquel hombre no reconocía como jefe al Emperador de México y la posición del Monarca era por demás desairada porque parecía depender del Mariscal y no éste del Soberano.

Y luego, otro fracaso que llenó de lágrimas los ojos de la Emperatriz. La Legión Austriaca que Maximiliano solicitara de su hermano Francisco José, se había devuelto, ya formada y a punto de embarcarse para México, a su cuartel de Trieste, pues el gobierno de Washington que para entonces se había liberado de su

guerra civil e intervenía en los asuntos americanos, amenazó al Emperador de Austria con una ruptura de relaciones, si un solo soldado de su país salía hacia territorio mexicano. Y Francisco José tuvo más en cuenta su propia conveniencia que la suerte de su hermano en México.

Aquello fue un golpe de muerte para el ánimo de los Emperadores y de los conservadores e imperialistas. Si los soldados franceses se iban, si la Legión Austriaca no venía, no quedaban en torno de Maximiliano más que unos miles de mexicanos y otros tantos austriacos y belgas de la original Legión Extranjera. Y casi sin jefes, pues los principales, Miramón y Márquez, habían sido enviados a Europa por ciertas desavenencias surgidas en el seno de la monarquía. Además, sin recursos, puesto que las cajas del Imperio estaban en bancarrota.

Fue entonces cuando Carlota se aprontó para ir a Europa con la certeza de que ella conseguiría la ayuda de Napoleón para aquel Imperio que era su obra. Y que las cortes europeas no podían serle indiferentes.

Salió de México el 9 de julio, acompañada de sus damas de honor, doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio, una sirvienta mexicana y otra vienesa, a más de un nutrido séquito de chambelanes, funcionarios, ayudantes, oficiales y muchos más servidores. Iba vestida de riguroso luto por la muerte de su padre, Leopoldo I, acaecida en diciembre anterior. Y el negro de su austero atavío, daba un aspecto más sombrío a su juvenil rostro marcado ya con la huella de intensos sufrimientos.

El Palacio y el Alcázar sin la femenina presencia de Carlota y sus damas, se vieron vacíos; y Maximiliano sintió en lo profundo un motivo más de abandono.

Las noticias de la guerra reportando las recuperaciones territoriales de los republicanos que, por victorias propias o por la re-

EL DERRUMBE

YA DESDE principios de 1866 se advirtió que Bazaine, casi sin informar de ello al Emperador, reconcentra las tropas francesas para evacuarlas del territorio mexicano. A pesar de la palabra dada por Napoleón a Maximiliano, de retener los contingentes expedicionarios en México durante cinco años, el monarca francés llamaba a sus soldados sin preocuparle la suerte del soberano austriaco en México.

Las noticias del general Almonte desde París, a donde había ido comisionado para solicitar la ayuda de Napoleón, eran negativas. Ni soldados, ni dinero se obtenían para sostener el Imperio que ya se tambaleaba ante los estupefactos ojos de quienes, ilusos, aspiraron aún a establecer una monarquía hereditaria.

Las relaciones entre Maximiliano y Bazaine eran cada vez más tirantes. Aquel hombre no reconocía como jefe al Emperador de México y la posición del Monarca era por demás desairada porque parecía depender del Mariscal y no éste del Soberano.

Y luego, otro fracaso que llenó de lágrimas los ojos de la Emperatriz. La Legión Austriaca que Maximiliano solicitara de su hermano Francisco José, se había devuelto, ya formada y a punto de embarcarse para México, a su cuartel de Trieste, pues el gobierno de Washington que para entonces se había liberado de su

guerra civil e intervenía en los asuntos americanos, amenazó al Emperador de Austria con una ruptura de relaciones, si un solo soldado de su país salía hacia territorio mexicano. Y Francisco José tuvo más en cuenta su propia conveniencia que la suerte de su hermano en México.

Aquello fue un golpe de muerte para el ánimo de los Emperadores y de los conservadores e imperialistas. Si los soldados franceses se iban, si la Legión Austriaca no venía, no quedaban en torno de Maximiliano más que unos miles de mexicanos y otros tantos austriacos y belgas de la original Legión Extranjera. Y casi sin jefes, pues los principales, Miramón y Márquez, habían sido enviados a Europa por ciertas desavenencias surgidas en el seno de la monarquía. Además, sin recursos, puesto que las cajas del Imperio estaban en bancarrota.

Fue entonces cuando Carlota se aprontó para ir a Europa con la certeza de que ella conseguiría la ayuda de Napoleón para aquel Imperio que era su obra. Y que las cortes europeas no podían serle indiferentes.

Salió de México el 9 de julio, acompañada de sus damas de honor, doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio, una sirvienta mexicana y otra vienesa, a más de un nutrido séquito de chambelanes, funcionarios, ayudantes, oficiales y muchos más servidores. Iba vestida de riguroso luto por la muerte de su padre, Leopoldo I, acaecida en diciembre anterior. Y el negro de su austero atavío, daba un aspecto más sombrío a su juvenil rostro marcado ya con la huella de intensos sufrimientos.

El Palacio y el Alcázar sin la femenina presencia de Carlota y sus damas, se vieron vacíos; y Maximiliano sintió en lo profundo un motivo más de abandono.

Las noticias de la guerra reportando las recuperaciones territoriales de los republicanos que, por victorias propias o por la re-

tirada de las tropas francesas, iban ocupando más y más ciudades; la reorganización del ejército liberal, que de la guerra de guerrillas pasaba a una firme ofensiva bajo el mandato de generales como Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Riva Palacio, Régules, Naranjo, Treviño; Juárez regresando desde su rincón de la frontera a Chihuahua, Durango, a Zacatecas y San Luis Potosí, acercándose con su gobierno errante a la capital del bamboleante Imperio; y las tropas francesas concentrándose, llenando las calles en formación de marcha hacia Veracruz y hacia Europa...

Aquello era el derrumbe, el fin de un reinado que nunca tuvo vida propia; y que en el momento que se le retiraba su único apoyo, las bayonetas francesas, se desplomaba.

La más viable solución a tan comprometida situación, era la de abdicar. Se lo sugirieron y pidieron a Maximiliano desde el propio Napoleón III hasta Bazaine, desde ministros y amigos extranjeros hasta los propios imperialistas mexicanos que presenciaban la hecatombe y querían salvarlo y salvarse.

Pero en este punto, Maximiliano obró, o con una indecisión que obedecía a ingenuas esperanzas de una fusión monárquico-liberal; o bien con un sentido de dignidad, tan propio de gentes de alta alcurnia como él, que explican la frase de Francisco I: "Todo se ha perdido menos el honor".

Cuando el 5 de febrero de 1867 Bazaine desfiló por la plaza de armas frente a Catedral y el Palacio, con las últimas tropas expedicionarias que se repatriaban, todas las ventanas del vetusto edificio gubernamental permanecieron cerradas. Era la muda protesta de aquella víctima impotente que había sido traída con engaños y halagos a un país en lucha contra la intervención y el Imperio, un país turbulento y hostil, cuya dominación total jamás lograron los franceses en los seis años de su permanencia en México.

No había habido una despedida oficial entre el Emperador

y el jefe militar francés que se retiraba. Esa era la prueba más evidente de la ruptura. Y el pueblo lo intuía. Algunos miles de curiosos se asomaron aquel día a las calles capitalinas para ver partir a las columnas napoleónicas. Los escépticos que jamás creyeron en la solidez del Imperio, confirmaban sus augurios, un poco desconcertados ya por la incertidumbre del porvenir. Y los que en alguna forma, real o fingida, habían demostrado adhesión hacia la monarquía y su Soberano, asistían lúgubrementemente a aquel desfile de tropas en éxodo que significaba el fin de una época.

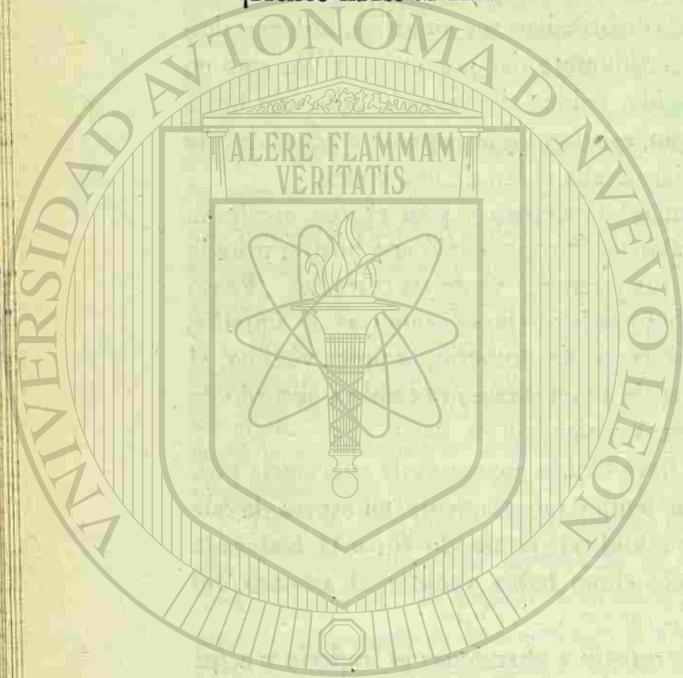
Bazaine, junto al general Castelnau y a su esposa mexicana Pepa Peña que lo acompañaba a Europa, envió una postrer mirada hacia el viejo Palacio con sus puertas y ventanas cerradas. ¿Pensó acaso el rudo, el implacable mariscal francés que tras de aquellos silentes muros estaba el naufragio del Imperio, la única víctima, al igual que su mujer Carlota, de aquel sueño imposible y absurdo de dominación napoleónica en América?

Es posible que hasta haya tenido escozores de conciencia porque marchó hacia Veracruz lenta y morosamente, en espera de que Maximiliano se decidiese a abdicar, poniendo fin a la fracasada aventura. Quería llevárselo como había venido: al amparo del ejército francés.

Pero el Emperador se resistió a abandonar el Imperio y a sus fieles. Cuando Bazaine pasó bajo las ventanas cerradas de Palacio, Maximiliano, envuelto en un paletó gris y cubierto de un ancho sombrero de fieltro blanco, estaba de pie, en la azotea del añoso edificio. Sombrío, callado y semi-oculto a las miradas de la tropa y la multitud de la plaza, presencié la partida. En sus ojos azules había una tristeza y una pesadumbre de muerte. Pero también una vaga, recóndita esperanza de que México, al verse libre de los invasores, lo acogiese a él como uno de los suyos que sincera y hondamente deseaba su felicidad y su bienestar.

Dice Blasio que al ver desaparecer al último soldado francés de la gran plaza, el Emperador musitó, hablando en plural, como si sus labios llevasen la voz de México y los mexicanos:

¡Henos libres al fin!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CONSEJO DE ORIZABA

EN NOVIEMBRE de 1866 todo hacía creer que Maximiliano había decidido abdicar. La ciudad de México supo que el Emperador se dirigía a Veracruz con la intención de embarcarse para Europa. Crónicas de la época aseguran, incluso, que parte del equipaje imperial fue enviado por anticipado a las fragatas austriacas *Elizabeth* y *Dandolo*, donde debía partir a su patria de origen el archiduque de Habsburgo.

Pero poco después, las noticias de los acontecimientos verídicos llegaron a México. El Emperador no había salido del país. Estaba en Orizaba a donde habían arribado también, procedentes de Europa, los generales Miramón y Márquez.

En aquella ciudad veracruzana se encontraba el Gabinete en pleno y el Consejo de Estado reunido en Congreso para resolver en definitiva el destino del Monarca y del Imperio. ¿Renunciarían todos y abdicaría el Soberano, dirigiéndose a Europa para salvarse de los republicanos que ya avanzaban triunfalmente, amagando las propias puertas de la Capital?

Era lo más cuerdo porque la causa estaba al borde del aniquilamiento y Napoleón, con sus negativas a los llamados de auxilio, hacía insostenible el Imperio.

Las sesiones del Consejo, bajo la presidencia de don Teodosio

Lares, uno de los doscientos "Notables" que habían traído al archiduque a México, se iniciaron el 25 de noviembre de 1866 y comenzaron los debates que habrían de concluir en la fatídica decisión: Maximiliano se quedaría en México para reorganizar el Imperio sobre bases propias. Y... también para ser sacrificado.

Mientras que aquella veintena de Ministros, Consejeros y hombres de Estado, discutían y argumentaban en pro o en contra, Maximiliano, que no asistía a las reuniones, se fugaba otra vez de sí mismo como en casi todos los momentos torturantes de su reinado. Con su casaca de lino y un fieltro claro de ancha ala y barboquejo dorado, recorría el campo con el naturalista Billimeck, que había venido a México en pos de raras especies de mariposas y otros insectos.

Pero el rostro del archiduque no irradiaba ya la euforia de antaño al contemplar las bellezas de la ubérrima campiña mexicana, tantas veces por él admirada en sus viajes. La dulzura de sus ojos azules se empañaba ya con una sombra de tristeza profunda. Sus mejillas, habitualmente avivadas por un tenue tinte de rosa, aparecían entonces, bajo el sol orizabeño, con palidez de cera que ni el aire del campo era capaz de reanimar.

El excéntrico Billimeck, especie de personaje cómico de la tragedia, exploraba acucioso y absorto el suelo veracruzano, sosteniendo con una mano el enorme quitasol de algodón amarillo, y con la otra, su gran lupa. El trataba de distraer al Soberano con nuevos hallazgos, pero sólo conseguía una melancólica sonrisa y una mirada en la que se descubría una honda preocupación.

Pocos días antes había llegado de Italia el Dr. Bonslaveck, encargado de traer al Emperador la noticia lacerante de la enajenación de Carlota. Supo de sus fútiles esfuerzos ante la corte de las Tullerías y del Vaticano, y conoció también los detalles de la paté-

tica escena en Saint Cloud en que Carlota llamó a Napoleón "¡Asesino!" y lo acusó de haberla envenenado cuando Eugenia trató de calmarla con un vaso de naranjada. Se enteró también que en Roma se rehusaba a comer por la obsesión de que todo estaba envenenado. Y que para calmarla, su fiel camarera Matilde Dobler confeccionaba en su propia alcoba los alimentos. Atadas a la pata de una mesa, dentro de la habitación, estaban siempre dos o tres gallinas, pues allí mismo las mataba y destazaba. Y Carlota, personalmente acudía a las fuentes de Roma con una jarra en busca de agua que no tuviera el veneno de Napoleón.

Maximiliano abatido, agobiado de pena ante aquel nuevo dardo de su creciente tragedia, se refugiaba en el campo, en los diarios recorridos con el naturalista Billimeck. Por primera vez, su cuerpo arrogante, de erguida y elegante esbeltez, se doblegó bajo el peso de su infortunio; y todos los que vieron entonces a aquel príncipe de treinta y cuatro años, notaron que sus hombros se habían encorvado imperceptiblemente y que su rubia cabeza, de suyo altiva y airosa, se inclinaba con visible fatiga, como queriendo encontrar un apoyo en el hendido pecho.

¡Cuántas veces, con la mirada ausente y la angustia en el alma, habría de pensar que allí, a un paso, en Veracruz, estaba su salvación! Pero... ¿y su palabra empeñada desde Miramar, su promesa de dedicar su vida a salvar a México? No podía, no debía huir de aquel país que se le había entregado y que él amaba sincera y profundamente desde que se le metió en el corazón en 1864.

El Consejo de Orizaba vino a sacarlo de sus cavilaciones. Se votó con un escaso margen de diez contra ocho, en favor del sostenimiento del Imperio, y de la permanencia de Maximiliano en el trono de México.

Por esa exigua mayoría, aun después de dictado el fallo, algunos Ministros insistieron en la abdicación pues arguyeron, con

razón, que la causa estaba irremisiblemente perdida. Varios de ellos, entre quienes se contaba don Juan de Dios Peza, padre del poeta del hogar, pidieron licencia para retirarse a Europa.

Maximiliano, viéndolos partir, titubeó una vez más en su resolución. Pero en esos días recibió una carta de su madre, la Archiduquesa Sofía, que él leyó para sí, sin haber enterado ni a sus íntimos de su contenido. Los historiadores saben solamente que la augusta anciana lo incitaba a mantener su dignidad y preservar su honor permaneciendo en su sitio hasta el final. ¿O acaso insinuaba que aquella supuesta inclinación amorosa del archiduque hacia su cuñada, la bellísima Emperatriz Isabel, le vedaba, como a su partida para México, su estancia en la corte de Viena, en Miramar y aun en Europa?

Es un misterio histórico aquella carta. Pero tras su lectura, Maximiliano pareció decidir su destino. Aceptó apoyar la reorganización del Imperio sin la ayuda de Francia. Márquez y Miramón fueron los encargados de concentrar las tropas mexicanas de la corona y las austro-belgas de la Legión Extranjera para una pretendida ofensiva en pro de la causa imperial. Y hasta el último céntimo del escuálido erario, fue dispuesto para un solo fin: la conservación del Imperio.

Los equipajes de Maximiliano volvieron de Veracruz y él se dispuso a salir de nuevo a México, habiendo antes lanzado una proclama en la que informaba del Consejo de Orizaba y pedía, en uno de sus rasgos de democracia que tanto pasmaban a los conservadores, que la Nación, por propia voluntad, decidiese su destino.

Decía en la célebre proclama:

“Circunstancias de grave importancia relativas al bienestar de nuestra patria que han adquirido mayor fuerza por causa de des-

gracias domésticas, habían producido en nuestro espíritu la convicción de que debíamos devolver el poder que nos habíais confiado.

“Nuestros consejos de ministros y de Estado, convocados por Nos, opinaron que el bien de México exige que todavía conservemos el poder. Hemos creído deber acceder a sus instancias, anunciándoles a la vez nuestra intención de reunir un Congreso Nacional sobre las bases más amplias y más liberales donde tengan acceso todos los partidos. Este Congreso determinará si debe subsistir el Imperio, y en el caso afirmativo, promulgará las Leyes vitales para la consolidación de sus instituciones políticas. Con este objeto se ocupan actualmente nuestros consejeros en proponer las medidas oportunas y al mismo tiempo se darán los pasos convenientes para que todos los partidos se presten a un arreglo bajo estas bases.

“Entre tanto, Mexicanos, contando con todos vosotros sin exclusión de ningún color político, nos esforzaremos a continuar con valor y constancia la obra de regeneración que habéis confiado a vuestro compatriota,

Maximiliano”.

Con todo y el liberalismo que tal proclama acusaba al llamar a “todos los partidos”, para que votasen en pro o en contra del Emperador y el Imperio, sería el principio del fin. El Congreso Nacional anunciado, no se reuniría nunca y Maximiliano sucumbiría ante el empuje avasallador de los republicanos.

Era su destino.

TODAVÍA PERMANECERÍA Maximiliano por unos días en Orizaba presintiendo que jamás habría de volver a aquella florida ciudad que tanto amaba.

Lo aquejaba ya un principio de disentería que unos meses más tarde, en Querétaro, lo iba a debilitar en tal forma, hasta hacerlo guardar cama mientras se entablaba el juicio que lo condenaría a muerte.

El día 12 de diciembre de 1866 se resolvió por fin a enfrentarse al magno problema que lo esperaba en México: la subsistencia o abolición del Imperio.

Todavía en Puebla se le acercaron el general Castelnau y el Ministro de Francia, Monsieur Dano, persistiendo en la abdicación. Pero Maximiliano se opuso declarando que sólo por decisión unánime de la Nación dejaría el trono y saldría para Europa. Pensaba todavía en la reunión del Congreso Nacional citado en su proclama, sin sospechar quizá que tal asamblea no llegaría a efectuarse nunca porque los acontecimientos precipitarían su salida a Querétaro para vivir allí la etapa final de su reinado.

Como si desease eludir su rango imperial en tanto que no se votara en favor suyo o en su contra, no quiso ocupar ni el Palacio ni el Alcázar de Chapultepec a su regreso a México. Escogió la

Hacienda de la Teja, finca campestre ubicada en las inmediaciones de lo que hoy es el Monumento de la Independencia sobre el actual Paseo de la Reforma.

Allí se estableció con sus leales y habría permanecido más tiempo, hasta salir para Querétaro, si no lo hubiesen presionado sus Ministros y Consejeros para dejar la hacienda, pues se descubrió a varios merodeadores en sospechosa actitud de atentar contra su vida.

Fue pues así que, desde los últimos días de enero del '67, hasta el 13 de febrero siguiente, fecha en que partió para Querétaro, Maximiliano ocupó por última vez el Palacio Imperial. Y así fue también como le tocó presenciar de incógnito, desde la azotea del ancestral edificio, el éxodo fatídico de las últimas tropas francesas, ya que abajo, como una muda protesta, se habían mandado cerrar las puertas y ventanas del Palacio.

Con aquellos soldados, entre quienes partían también numerosos emigrados políticos mexicanos para salvarse de la catástrofe, se iba el apoyo principal de su reinado, pero también el mayor obstáculo para su seguridad personal. Porque aquellos hombres que emigraban eran invasores de un país libre. Y durante más de cinco años, amparados en su fuerza, habían cometido los peores atropellos, matando a diestra y siniestra, saqueando, robando o abusando en todos sentidos como vil soldadesca, y no como los dignos soldados que pretendían ser, pertenecientes al ejército más civilizado del mundo. No en vano el general Douay había acusado a Bazaine de que "por enriquecerse, sacrificaba el honor de Francia".

Y él, Maximiliano, que había sido puesto en el trono por el Emperador de aquellos soldados, y sostenido en su Imperio por ellos, tenía que ser considerado como parte integrante de la invasión.

Si en lo personal, dada su simpatía y bondad innatas, nunca

provocó odios, por su representación oficial en México, sí suscitó enconada oposición. El hombre que se fusiló en Querétaro no fue el amable, benévolo y sentimental Fernando Maximiliano de Habsburgo. Fue el Archiduque austriaco que se prestó a usurpar el primer puesto gubernamental de México que, por extranjero, no le pertenecía.

Aquella exclamación suya, "¡Henos libres al fin!", cuando vio partir a los soldados de Francia, era una personalización. Indicaba la ingenua y candorosa ilusión del príncipe que esperaba todavía ser acogido por los mexicanos como uno de los suyos para gobernar en libertad, sin presión extranjera alguna.

Retirados los ejércitos franceses de México, el país no estaba invadido ya. Era libre. Podía establecerse la paz y hacerse efectiva la independencia. Maximiliano compartía aquel unánime sentir de la nación como si hubiese sido un mexicano.

Si al principio le había sido penosa la partida de Bazaine y sus tropas, de pronto brotaba en su alma de iluso, una esperanza. El gobernaría con Juárez y los demás jefes republicanos para felicidad y bienestar de México. Lo sentía de corazón, creía firmemente en su posibilidad y hay la certeza de que al partir para Querétaro, se dirigió a Porfirio Díaz, el general más destacado de la Reforma, pidiéndole que se encargase del comando de las fuerzas del Imperio para una pronta reconciliación.

Esos eran los vaivenes y contradicciones de su carácter que algunos tachan de veleidosidad e indecisión, pero que no deben verse más que como impulsos de una alma pura, sin malicia ni perversidad. Puede afirmarse que Maximiliano, pese a que incurrió en errores de táctica política, obró siempre de buena fe.

Ocho días después de la evacuación del ejército francés, y mientras Bazaine deliberadamente retardaba su marcha a Veracruz, o le enviaba mensajes y correos esperando hasta el último instante

que Maximiliano se decidiese a abdicar y a volver con él a Europa, el Emperador determinaba otra cosa.

En un súbito impulso y ante la estupefacción de todos, montó su brioso caballo el "Orispelo" y asumió el mando de un cuerpo del ejército imperial, saliendo rumbo a Querétaro vestido de general mexicano. Iba a trasladar el Imperio, como Juárez lo había hecho con su gobierno, a otra ciudad que aún no estaba dominada por los republicanos.

Unos días antes, Miramón había sido derrotado en San Jacinto por los generales Escobedo y Treviño. Cuernavaca había sido tomada por los liberales, y la bella Casa del Jardín Borda donde pasó Maximiliano tantas amables temporadas y hasta tuvo amoríos con la hija de su jardinero, fue saqueada y semidestruida en represalia.

La capital estaba amagada de muy cerca y don Leonardo Márquez, el general que fungía como comandante militar de la plaza, se apresuraba a fortificarla.

Maximiliano, influido por el consejo de su Ministro Lares, pensó que en Querétaro, una ciudad que le era leal todavía, podría realizar su dotado sueño de unificación. Quería también evitar a la capital las consecuencias de un posible sitio que no era del todo remoto en aquellas condiciones adversas.

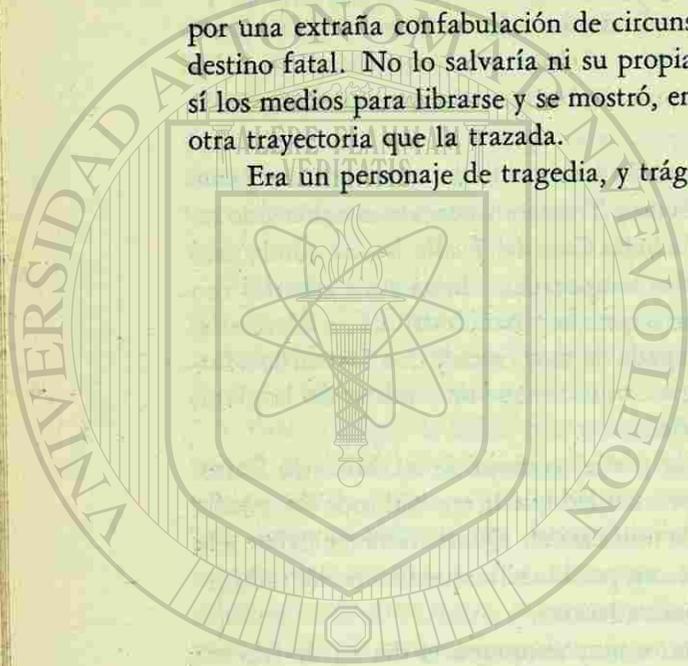
Salió, pues, a Querétaro, muy temprano el día 13 de febrero de 1867, al frente de dos mil soldados de infantería, una guardia municipal de caballería, otra de a pie y el Regimiento de la Emperatriz comandado por el coronel Miguel López, el mismo que habría de suscitar la suspicacia de la Historia con su extraña actitud en el Convento de la Cruz, que lo señala como traidor a su imperial jefe Maximiliano.

Márquez que también se haría más tarde sospechoso de traicionar al Emperador al no haber regresado en oportuno auxilio cuando fue enviado de Querétaro a México para el objeto, formaba par-

te, en calidad de Jefe de Estado Mayor, de aquella avanzada que iba a ser la última. Todos iban camino de un cadalso, el del Cerro de las Campanas, que puso fin a la trágica aventura del Imperio.

Maximiliano sería allí la víctima de aquel drama, el señalado por una extraña confabulación de circunstancias para cumplir un destino fatal. No lo salvaría ni su propia voluntad que tuvo ante sí los medios para librarse y se mostró, empero, reacia para seguir otra trayectoria que la trazada.

Era un personaje de tragedia, y trágicamente debía terminar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII

QUERETARO

SEIS DÍAS duró la azarosa marcha del Emperador y su ejército hacia Querétaro. Seis días en que hubo que sortear peligros inminentes y combatir a guerrilleros liberales que, aislada u organizadamente, amenazaban la capital del agonizante Imperio.

En Cuautitlán se unió a la columna el ex-republicano general norteño Vidaurri y el príncipe Félix de Salm Salm, un prusiano que venía de servir en la guerra civil de Estados Unidos y deseaba correr la aventura de México con Maximiliano. Su nombre lo ha anotado la historia porque su esposa, la franco-neoyorkina Inés Leclerc, princesa de Salm Salm, a quien se atribuye una secreta pasión amorosa hacia Maximiliano, fue la que más luchó por salvarlo, arrodillándose ante Juárez en San Luis Potosí, sobornando a centinelas y ofreciéndosele aún al adusto y atónito general Escobedo para que le perdonase la vida al archiduque austriaco.

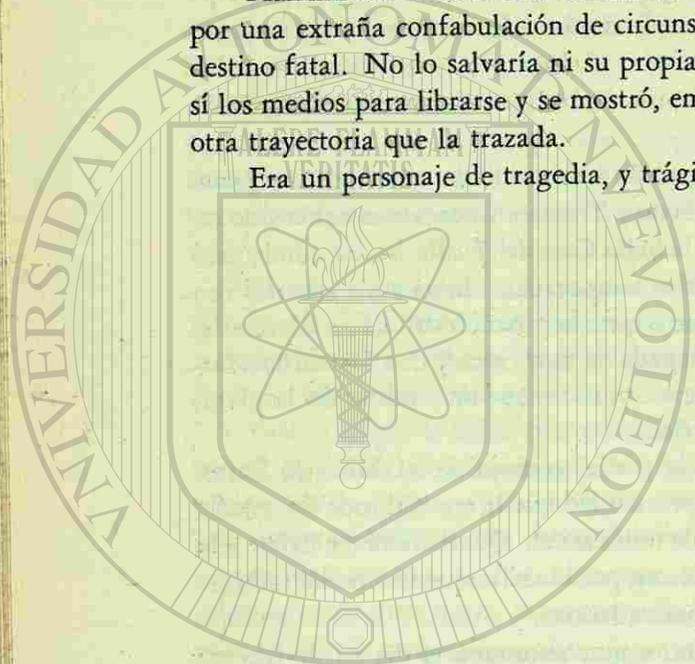
En San Juan del Río, Maximiliano dirigió una proclama al ejército, cuyo contenido no deja duda de que su deseo, al encabezar personalmente sus tropas, era el de pacificar el país. "Confíemos en Dios que protege y protegerá a México y combatamos bajo nuestra sagrada invocación: ¡Viva la Independencia!"

¡Paradoja increíble! Esas palabras podría haberlas pronunciado Juárez, o Porfirio Díaz, o Corona, y Escobedo. Pero las emitía

te, en calidad de Jefe de Estado Mayor, de aquella avanzada que iba a ser la última. Todos iban camino de un cadalso, el del Cerro de las Campanas, que puso fin a la trágica aventura del Imperio.

Maximiliano sería allí la víctima de aquel drama, el señalado por una extraña confabulación de circunstancias para cumplir un destino fatal. No lo salvaría ni su propia voluntad que tuvo ante sí los medios para librarse y se mostró, empero, reacia para seguir otra trayectoria que la trazada.

Era un personaje de tragedia, y trágicamente debía terminar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XXIII

QUERETARO

SEIS DÍAS duró la azarosa marcha del Emperador y su ejército hacia Querétaro. Seis días en que hubo que sortear peligros inminentes y combatir a guerrilleros liberales que, aislada u organizadamente, amenazaban la capital del agonizante Imperio.

En Cuautitlán se unió a la columna el ex-republicano general norteño Vidaurri y el príncipe Félix de Salm Salm, un prusiano que venía de servir en la guerra civil de Estados Unidos y deseaba correr la aventura de México con Maximiliano. Su nombre lo ha anotado la historia porque su esposa, la franco-neoyorkina Inés Leclerc, princesa de Salm Salm, a quien se atribuye una secreta pasión amorosa hacia Maximiliano, fue la que más luchó por salvarlo, arrodillándose ante Juárez en San Luis Potosí, sobornando a centinelas y ofreciéndosele aún al adusto y atónito general Escobedo para que le perdonase la vida al archiduque austriaco.

En San Juan del Río, Maximiliano dirigió una proclama al ejército, cuyo contenido no deja duda de que su deseo, al encabezar personalmente sus tropas, era el de pacificar el país. "Confíemos en Dios que protege y protegerá a México y combatamos bajo nuestra sagrada invocación: ¡Viva la Independencia!"

¡Paradoja increíble! Esas palabras podría haberlas pronunciado Juárez, o Porfirio Díaz, o Corona, y Escobedo. Pero las emitía

un archiduque de Austria, un Emperador extranjero de México. Y era que Maximiliano sentía y actuaba como un mexicano. Así lo prueban sus diversas actitudes en la época.

En la mañana del 19 surgieron en el azul horizonte las siluetas de los campanarios queretanos. Los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía salieron al encuentro del Emperador. Y más tarde, el general Ramón Méndez, con cuatro mil hombres que traía de Michoacán, se incorporó a las fuerzas imperiales que habrían de luchar por una causa perdida y encerrarse en un sitio de más de sesenta días hasta el desastre final.

La ciudad lo recibió con el engañoso entusiasmo que caracterizaba siempre las bienvenidas al Emperador. Querétaro, sin embargo, era de las capitales mexicanas más conservadoras y clericales de la época. Era lógico que se inclinara hacia el Soberano católico, prefiriéndolo al reformista Juárez que ya estaba muy cerca de allí, en San Luis Potosí.

Se engalanaron calles y casas con guirnaldas y flores, con alfombras y cortinajes. Hubo música, himnos, repiques y salvas militares como en las antiguas recepciones imperiales.

El pueblo, masa amorfa, carente de convicciones propias, pues aún alentaban en él los viejos vestigios del tutelaje colonial, participó en los festejos de bienvenida, pero sin una idea muy precisa de su significado. Era una fiesta en medio de la guerra, y la gozaba. Y las clases altas, por conveniencia lógica e intereses personales, se unían al regocijo general en aquél, su único contacto con las masas populares.

¡Viva el Emperador!

¡Viva Maximiliano!

Sólo la clase media, la menos numerosa y la más ignorada en la época, pero la que mayor intuición demuestra en la evolución

de los acontecimientos públicos, observaba fría y pasivamente el homenaje, sin dejar de manifestarse escéptica ante el artificioso júbilo que se esforzaba por ahogar el lejano eco de los cañones republicanos.

Maximiliano que no había olvidado incluir en su tren de viaje la caja de condecoraciones que siempre llevaba su tesorero en los recorridos por la provincia, impuso medallas a los soldados del general Méndez por su campaña de Michoacán. Se cantó un *Te Deum* en la Catedral; y en el Casino Español, donde se alojaba el Emperador, se sirvió un banquete.

Serían de los últimos agasajos ofrecidos al Monarca. Pronto, Querétaro, cercado durante más de dos meses, sufriría el tormento de la sed y el hambre; y en los momentos desesperados del trágico sitio que empezó el 6 de marzo, se recurriría hasta a carne de caballo para atender la imperiosa necesidad de subsistir.

Maximiliano, un poco más optimista por la cálida recepción, tenía tiempo hasta de jugar boliche en el Casino, de salir a sus acostumbrados paseos a caballo por las inmediaciones, vistiendo traje de chinaco con botonadura de plata y sombrero jarano; o de hacer recorridos a pie por las calles de Querétaro, mezclándose entre el pueblo al que aspiraba a pertenecer. Nunca como en esos días se mostró el archiduque más sencillo y demócrata. Con frecuencia se detenía ante algún mendigo, y sin reparar que de México se habían traído recursos por demás exiguos, casi lo justo para mal subsistir, pedía al ayudante o al secretario que lo acompañaban, que se entregasen a aquel menesteroso unas monedas.

Vidaurri, nombrado Ministro de Hacienda —de una hacienda que ya no existía naturalmente—, movía con desaprobación la cabeza. Aquellos dispendios en momentos tan comprometidos, desfalcaban los escuálidos haberes con que había que pagar a los

nueve mil hombres de la guarnición y atender los gastos de manutención. Un préstamo forzoso a la ciudad de Querétaro, se hizo necesario. Así tuvo Maximiliano un remanente con qué seguir prodigándose en generosidades.

Entre tanto, los liberales avanzaban, acercándose más y más al último reducto del Imperio. De todo el territorio nacional, sólo México, Puebla, Orizaba y Querétaro, no habían sido tomadas por las fuerzas republicanas.

Escobedo desde San Luis Potosí, y Corona por Acámbaro, marchaban hacia Querétaro en un movimiento envolvente.

Miramón quiso atacar, pero hubo disensión en el Consejo de Guerra que se estatuyó. Y Márquez que lo presidía, resolvió esperar la ofensiva.

Fue ése uno de los magnos errores cometidos en Querétaro, pues precipitaría el sitio que se declaró el 6 de marzo de 1867.

Se tomaron posiciones y Maximiliano, seguramente por solidaridad hacia aquel puñado de fieles que lo acompañaban hasta el final, rehusó permanecer en su alojamiento de Querétaro. Acampó con las tropas en el propio Cerro de las Campanas donde cuatro meses después caería al impacto de las balas republicanas. Varias noches durmió a campo raso en improvisado lecho de sarapes mexicanos; otras veces, en una tienda de campaña que se instaló para él y algunos generales.

Ya que se había hecho el silencio y el tiroteo distante de los sitiadores entraba en receso, Maximiliano se tendía en el suelo, con las manos entrelazadas bajo la nuca. Y sus ojos entornados se perdían en la comba estrellada del cielo queretano, como indagando la incógnita de su destino.

En el cintilar hechizante de los astros quedaba prendida su mirada azul, abrumada de dudas e incertidumbres. ¿Dónde esta-

ría Carlota, su pobre y orgullosa Carla, herida para siempre de su mente, acaso muerta...? Parecía oír su voz grave y angustiada llamándolo: "¡Max...! ¡Max...!"

Y Miramar, su amado castillo saturado de sol y de aromas marinas, su remanso de paz y belleza, entre plantas y flores, y rumor de olas, y aletear de gaviotas...?

¿Regresaría allá, a "su sendero oscuro entre los mirtos", como lo había llamado en sus proféticos versos antes de partir? ¿O lo reclamaría este cielo fascinante de México que en el parpadeo de cada estrella parecía negársele y afirmársele, como en áureo coqueteo a sus torturantes cavilaciones?

El Emperador cerraba lentamente los ojos al influjo del sueño. Sobre su rubia cabeza se tendía suave y tierna la tenue luz de aquel cielo de estrellas. Le iluminaba el pálido rostro acentuando el fino contorno de la nariz y el de aquellos labios dormidos, asomados apenas por entre la orla dorada de su gran barba rubia.

Maximiliano soñaba quizá en la paz y en un México nuevo. Mejía, Miramón y algunos oficiales austriacos y belgas que a su lado yacían sobre el duro lecho del cerro, habrían podido ver a la luz de aquel cielo estrellado de marzo, que los párpados del Emperador se agitaban levemente y que su boca dibujaba una suave sonrisa. No es remoto que oyera en sueños aquellos vítores posteriores a su paso inicial por las calles de Querétaro.

Eran el más piadoso engaño en su agonía.

LOGRÓSE AL FIN persuadir a Maximiliano de que no tenía objeto resistir el sitio de Querétaro en lugar tan expuesto como el Cerro de las Campanas.

Las columnas liberales que rodeaban la ciudad, alcanzaban a verse sin catalejos, de lo cual resultaba fácil para ellas hacer blanco sobre las tiendas de campaña que se instalaron para el Emperador y los altos jefes imperialistas dos o tres días después de iniciado el sitio.

Se escogió como cuartel el Convento de la Cruz, un vetusto edificio colonial austero e inhóspito; y una de las celdas fue improvisada como dormitorio de Maximiliano.

La humildad de aquel aposento compuesto de unas cuantas sillas, una mesa con un lavamanos, unas perchas y el conocido catre de latón que el Soberano usaba siempre en sus viajes, ofrecía un triste contraste al comparársele a la suntuosidad palaciega de las alcobas imperiales de México. Podría haberse creído que no era un príncipe de Habsburgo, Emperador de México quien había trasladado allí su gobierno, sino el humilde ex-pastor de ovejas, el estoico indio oaxaqueño que así, en cuartos miserables y destartados, tuvo que refugiarse en su peregrinaje a través de los seis años de la invasión francesa.

En otra celda contigua se colocaron varias cajas conteniendo conservas, galletas, encurtidos y vinos que previamente se habían obtenido para hacer frente al sitio.

Todavía por algunos días pudo comerse carne fresca porque varios oficiales, burlando a los sitiadores, lograron introducir a Querétaro reses y provisiones. El propio Miramón consiguió sesenta bueyes, cien cabras y un buen cargamento de maíz. Más tarde, en un ataque por sorpresa a los liberales, pudo arrebatárles varios carros de víveres y gran cantidad de municiones.

Pero el agua faltaba ya. Los republicanos habían destruído el acueducto y desde la ciudad podía verse la gruesa cascada que formaba el precioso líquido cayendo de su rota cañería. Los pozos y las cisternas reemplazaban en parte la escasez pero hubo necesidad de racionar las suministraciones. Y pronto los víveres tuvieron que repartirse con extrema prudencia.

El Emperador se sometía, igual que todos los sitiados, a aquella obligada organización y sólo gozaba de un privilegio especial, según relatan su médico Basch y su secretario Blasio, al aceptar el pan que diariamente horneaban para él y sus allegados, unas monjas de Querétaro.

Más tarde, ya no fue posible aquel obsequio porque se agotó la harina. Y el Emperador hubo de privarse hasta de lo más imprescindible. Es casi seguro que por aquella dieta forzada, unida a la zozobra constante de los diarios bombardeos, pero sobre todo, a la incertidumbre de un porvenir sin esperanzas, la antigua enfermedad del Emperador se haya acentuado. Sin elementos ni tranquilidad para trabajar, el doctor Basch se desesperaba por no poder combatirle aquella disentería que consumía al Soberano. Su debilidad era evidente y sus uniformes empezaron a quedarle holgados. Llegó un día en que el racionamiento ya no fue necesario. El maltrecho organismo del Monarca rechazaba

todo alimento, admitiendo tan sólo infusiones de té o atoles. Fue así como se le ahorró el tormento de comer carne de caballo como muchos de los sitiados.

Ante la desesperada situación, Maximiliano pensó en enviar a México a alguno de sus generales, en busca de auxilio. Tras de alguna discusión en el Consejo de Guerra, se determinó que fuese Márquez, en calidad de Lugarteniente del Imperio, quien rompiera el sitio para dirigirse a la Capital y reunir allí tropas, dinero y demás recursos, volviendo inmediatamente en ayuda del Soberano y los sitiados.

Acompañado del general Vidaurri y una escolta de mil doscientos soldados de caballería, logró escabullirse en las tinieblas de media noche por entre las filas republicanas.

Era el 22 de marzo de 1867. Márquez, a quien también se ha señalado como traidor al Monarca, nunca volvió a Querétaro. ¿Fue una huida la suya? ¿No pudo en verdad regresar porque creyó más importante salir a combatir en Puebla al general Porfirio Díaz, en aquella batalla que la historia conmemora como el glorioso 2 de abril?

Maximiliano, cuyo sino parece ser el abandono, fue dejado también a su suerte por aquel general mexicano que tanta adhesión le demostró desde que por primera vez pisó las playas veracruzanas. Sin Márquez a quien se apodaba "El Tigre", los franceses que desconocían el montañoso país, no hubiesen logrado avanzar tan rápidamente como lo hicieron, ni habrían obtenido triunfos tan contundentes como para apoderarse del corazón de México. Márquez les mostró el camino, fue su guía a través de los vericuetos de las sierras de Puebla y Veracruz donde se ocultaban las guerrillas republicanas que estorbaban el paso a los invasores.

En la angustiosa espera de refuerzos que no habrían de llegar nunca, los siete mil sitiados frente a un cerco de cuarenta mil soldados republicanos, poco podían hacer como no fuera los combates aislados que dirigía casi siempre Miramón o el temerario Mejía, unas veces con algún éxito, logrando hacer huir a los juaristas que dejaban tras de sí provisiones y armas; pero la mayoría de las batallas sólo daban como resultado un repliegue más de los imperialistas.

Así llegó el día 10 de abril que conmemoraba la fecha en que Maximiliano aceptó el trono de México en Miramar y fue proclamado Emperador por la misión de mexicanos encabezada por Gutiérrez de Estrada. Las felicitaciones que los generales y la oficialidad le presentaron ese día, parecían un escarnio. Era como felicitar a un desahuciado moribundo. Unos días antes, en un festejo militar organizado por Maximiliano para condecorar a los defensores de Querétaro, Miramón que también sabía actuar en la farsa imperial, muy solemnemente pidió permiso al Emperador para prenderle en la guerrera, la medalla de cobre del soldado raso.

Y el Soberano, emocionado, abrazó a su general con los ojos húmedos, quizá pensando que aquella modesta condecoración era la más sincera de todas las que se le habían otorgado. De ahí hasta su muerte, la usó siempre y con ella sobre el pecho pasaba revista a las tropas y asistía a las diarias reuniones del Consejo de Guerra que cada vez se mostraba más indeciso en sus determinaciones, pues veía el fin próximo.

Se pensó, sin embargo, en burlar el sitio y salir de aquella ciudad que sólo era una cárcel sin esperanza pues Márquez no llegaba con los refuerzos, y cuanto correo se le enviaba, era hecho prisionero y ejecutado por los liberales.

Para la noche del 14 al 15 de mayo se dispuso la evacuación de la plaza y se hicieron los preparativos pertinentes, habiendo, incluso, repartido Maximiliano entre sus oficiales y servidores, los cinco mil pesos de oro que quedaban en caja, previendo que pudiesen dispersarse en la huída y cada quien necesitase de fondos.

Todo estaba listo: caballos, armas, tropa, dinero, equipaje, cuando, de pronto, un hecho inesperado, inconcebible, puso fin a aquel intento de fuga. El Convento de la Cruz se vio súbitamente invadido por soldados liberales. Alguien —la Historia señala al coronel López— había facilitado el paso a los republicanos y aquel era el fin del Imperio.

Maximiliano que dormitaba aún, pues la salida se había planeado para la madrugada, fue despertado por su criado mexicano Severo, que le informó de la irrupción de los liberales.

Vistióse rápidamente y en la oscuridad de la noche hubo gran confusión, pues Maximiliano y algunos de sus fieles, pudieron salir del convento sin ser reconocidos. Iban a reunirse a la guarnición del Cerro de las Campanas en un último intento de hacer frente a las fuerzas republicanas que ya empezaban a ocupar la ciudad sitiada.

En el trayecto, dice la crónica histórica, encontraron al Coronel López, quien en lugar de incorporarse al grupo del Emperador, extrañamente regresó a galopé hacia el convento donde se encontraban los ocupantes juaristas.

Con voz nerviosa que lo delataba, conminó a Maximiliano para que se escondiera, pero él dignamente se rehusó a hacerlo porque, como dijo, "habría tenido que ocultar a sus generales, a las tropas y a todos los sitiados que habían sufrido con él la tremenda prueba".

Siguió caminando a pie entre un grupo de leales hacia el fa-

tídico Cerro de las Campanas donde poco después habría de ser fusilado.

Pronto se reunieron al grupo otros jefes militares, entre ellos el general Mejía, que se había enterado de súbito de la catastrófica noticia: Querétaro estaba tomado y no había salvación posible.

La guarnición del cerro, compuesta de unos cien soldados y menos de media docena de oficiales, era tan escasa y tan pobre de armamento, que no hubo más disyuntiva que la de rendirse.

Con la pesadumbre en el alma y las azules pupilas cargadas de infinita tristeza, Maximiliano miró a sus generales y soldados que caían con él. Le dolía, más que su propio destino que él pudo en lo personal alterar abdicando o huyendo, el de aquellos mexicanos que tan estérilmente se habían entregado a una causa perdida.

Montó a caballo con las ruinas de su Estado Mayor y su ejército, y regresó a Querétaro que en la claridad del alba, no dejaba dudas de su total ocupación.

El general don Mariano Escobedo, jefe de las tropas liberales del sitio de Querétaro, avanzó a caballo hacia el Emperador. Y a él hizo entrega Maximiliano de su espada.

Fue una rendición quieta, sin violencias ni sangre. El Emperador de México pasaba a ser el archiduque austriaco, Fernando Maximiliano de Habsburgo, prisionero de la República.

LA CAIDA DEL IMPERIO

LOS QUERETANOS que se asomaron a puertas y balcones en silenciosa curiosidad para ver pasar al Emperador prisionero aquella mañana del 15 de mayo de 1867, notaron que bajo el ancho sombrero blanco jarano, aparecía un rostro pálido y demacrado, con la rubia barba empolvada y los azules ojos apagados y tristes.

Al rendirse al general Escobedo y ser trasladado a su prisión provisional del Convento de la Cruz, Maximiliano iba enfermo de alma y cuerpo. Sus labios exangües se esforzaban por esbozar una tenue sonrisa para aquellos que no mucho antes lo aclamaban pero que hoy, con la plaza ocupada por los liberales, guardaban melancólico silencio. Es un hecho que nadie, quizá ni sus propios enemigos, lo odiaban. Aquel bello príncipe lleno de bondad, de finura y delicadeza espiritual, era visto como lo que fue: una víctima de circunstancias adversas, un personaje trágico del destino.

Sabíase ya para entonces de la locura comprobada de Carlota y de que de su castillo de Miramar iba a ser trasladada por sus médicos y damas de honor, a Laecken en su nativa Bélgica. Y más conmiseración inspiraba el Soberano caído a su paso por las calles de Querétaro al sentir que aquella pena inmensa iba aparejada

a la de su detención y encarcelamiento, tal vez también a la de una probable ejecución.

Cuando se le dio como prisión la misma celda que ocupaba en el convento, apenas tuvo tiempo de desabotonarse el polvoriento uniforme de general mexicano que vestía. Cayó exhausto en su catre de metal, con el pulso vacilante y el cuerpo ardiendo en fiebre.

Fue entonces cuando se movieron influencias para que se le concediera un alojamiento más cómodo donde pudiese soportar su mal. El general Escobedo accedió en el acto y el Monarca fue trasladado al Convento de las Teresitas, un edificio en mejores condiciones que el de La Cruz, donde el enfermo, bajo los cuidados del Dr. Basch y el del médico mexicano Rivadeneira, logró recuperarse sensiblemente.

Allí fue a visitarlo Escobedo quien, si se han de creer las hipótesis históricas que sobre esa entrevista privada existen, quedó muy favorablemente impresionado del noble prisionero, pues Maximiliano cautivaba siempre a los que lo trataban. Pero, como Juárez, habría de ser inflexible para perdonarle la vida.

Muchas, incontables voluntades, se aprestaron a abogar por él ante los jefes republicanos. La princesa de Salm Salm, cuyo esposo era también prisionero de los liberales en Querétaro, se humilló ante Escobedo, hizo viajes especiales a San Luis Potosí para postrarse a Juárez con lágrimas en los ojos suplicándole que indultara a Maximiliano. Llegó su febril intento de salvar al príncipe, hasta a sobornar a la guardia que para su desgracia, fue relevada cuando ya estaba todo listo para hacer fugar al prisionero.

Todo fue en vano, porque a más de las negativas inmovibles de Juárez, no contaba con que el propio interesado se oponía

a una huída deshonrosa que lo hubiera salvado a él pero que habría dejado a Miramón, a Mejía y a sus oficiales mexicanos, austriacos y belgas que cayeron con el Imperio. Llegó el archiduque a decir que en el remoto caso de perdonársele la vida, no aceptaría aquella gracia si no se le concedía a sus generales también sentenciados, Miramón y Mejía.

Pero la suerte estaba echada desde aquel diez de abril de 1864 en que aceptó en Miramar la corona de México. Como hombre, podría habersele dejado partir, pero como Emperador que había venido a usurpar un poder ajeno, no cabía más que la ejecución. Así lo dictaba la ley promulgada por Juárez en 1862 que condenaba a muerte a quienes sin declaración legal empuñasen las armas en contra del gobierno constituido.

Hasta Víctor Hugo, el acérrimo enemigo de Napoleón III que en venganza de su destierro lo llamó "Napoleón el Pequeño", escribió una patética carta a Juárez pidiéndole clemencia para el príncipe de Austria.

Las casas reales europeas, a su vez, se dirigieron al Benemérito en un último intento de salvar la vida de quien, irónicamente, habían abandonado cuando aún era tiempo de apoyarlo y sostenerlo en el trono.

¡Inútil! El fallo estaba dictado para escarmiento de todos los Napoleones del mundo. Aquel príncipe noble y bondadoso que en la aventura mexicana era tal vez el menos culpable de todos los que atentaron contra la soberanía de un país libre, debía ofrecerse en holocausto. Era su destino inmutable, el de un ser nacido para la Tragedia.

El 22 de mayo, atendiendo a una extraña orden, Maximiliano, el príncipe de Salm Salm y los demás generales prisioneros, fueron llevados al Convento de Capuchinas. De ahí habría de salir

junto con Miramón y Mejía, para el cadalso del Cerro de las Campanas.

Pero Maximiliano, un poco reanimado ya por los cuidados de su fiel médico Basch, esperaba aún, siempre iluso y soñador, el indulto para él y sus jefes leales. Rechazaba la huída vergonzosa e indigna, pero esperaba en cambio que se le dejase partir.

Relata Blasio, quien lo acompañó hasta su muerte, que hacía planes para el porvenir, aspirando, incluso, a escribir la historia de su reinado desde su estudio de Miramar o desde la cubierta de algún barco en altamar.

El 13 de junio, sin embargo, comenzó el proceso que de antemano, por la ley existente, condenaba a muerte al Emperador. Maximiliano no pudo asistir a su enjuiciamiento. Había recaído y guardaba cama en su celda.

Fue dispuesta su ejecución para el día 16 de junio, a las tres de la tarde. Con él debían ser fusilados los generales imperialistas Miguel Miramón y Tomás Mejía.

Maximiliano dispúsose a redactar sus últimas disposiciones. Vestido austeramente de negro, en defecto de su uniforme de general mexicano que había usado durante el sitio, dictó con voz grave y quebrantada, una carta a un solícito partidario suyo de Querétaro que le había dispensado innumerables atenciones en su prisión.

Decía:

"Lleno de confianza me dirijo a Ud. estando completamente desprovisto de dinero, para obtener la suma necesaria para la ejecución de mi última voluntad. Esta suma será devuelta a Ud. por mis parientes en Europa a los que instituyo mis herederos. ®

"Deseo que mi cadáver sea llevado a Europa cerca de la Emperatriz (Maximiliano creía que Carlota había muerto). Confío

este cuidado a mi médico, el doctor Basch. Ud. le entregará el dinero que necesite para el embalsamamiento y transporte, así como para el regreso de mis servidores a Europa. La liquidación de este préstamo se hará por mis parientes, por la intervención de las casas europeas que Ud. designe, o por pagarés enviados a México. El doctor antes citado hará con Ud. estos arreglos.

"Doy a Ud. las gracias más anticipadas por este favor que le deberé. Envío a Ud. mis saludos de despedida y deseándole felicidades, quedo suyo,

Maximiliano".

Junio 16 de 1867".

Otra carta semejante fue dirigida a Escobedo, y otra más al Presidente Juárez encareciéndole que indultara a los generales Miramón y Mejía. Esta última habría de encontrar la negativa de siempre.

Escribió también a Ministros, amigos y familiares el propio día que iba a ser ejecutado. Pero la fecha se cambió para el 19, tal vez en obediencia a las gestiones que aún se hacían en su favor.

Tres días más debía durar, pues, la agonía del Emperador.

Sereno y como si la certidumbre de su destino trágico lo hubiese libertado del abatimiento y la angustia de los días anteriores en que no conocía su triste fin, trataba de consolar a los que le rodeaban. Sus camaristas Tudos, Severo y Gril, el doctor Basch y su secretario Blasio lo miraban sin poder contener las lágrimas. Todo había sido inútil. Su señor caería traspasado por las balas republicanas y nadie podía evitarlo.

La princesa de Salm Salm, desesperada hasta lo infinito, lloraba su pena en las afueras del convento. Sus lágrimas fueron tal vez las más amargas y las más sinceras que se vertieron por el rubio archiduque.

Maximiliano se confesó y comulgó un día antes de su ejecución. Pidió al general Escobedo que su cadáver fuese embalsamado y enviado a Europa. Abogó asimismo, pero en vano, por las vidas de Miramón y Mejía que sabía sentenciados con él a muerte. Y como un rasgo final de nobleza, suplicó que del dinero confiscado, se le entregaran unas onzas de oro. Quería repartirlas entre los soldados que lo fusilaran. Así lo hizo, y se cuenta que el oficial que comandaba el pelotón titubeó y los soldados tuvieron que contener sus lágrimas.

Vestido de negro, con un paletó gris sobre los hombros del que después se despojó, y con el blanco sombrero jarano en la diestra, subió al carruaje negro de su último viaje. Lo precedían los de Miramón y Mejía.

Como un contraste al lúgubre y melancólico ambiente que se notaba en la ciudad, azorada y atónita ya por la evolución de los acontecimientos, aquella mañana del 19 de junio de 1867, era luminosa y límpida, y el cielo lucía bellamente azul.

"En un día tan hermoso como éste quería morir" —dicen que exclamó Maximiliano, como en éxtasis postrero de su alma artista y soñadora. Habría de ser hasta su último instante, un amante rendido de la Naturaleza.

Ya en el Cerro de las Campanas, con el pelotón listo para disparar, tuvo aún otro noble impulso al rogar a Miramón que se colocara en el lugar de honor, a su derecha.

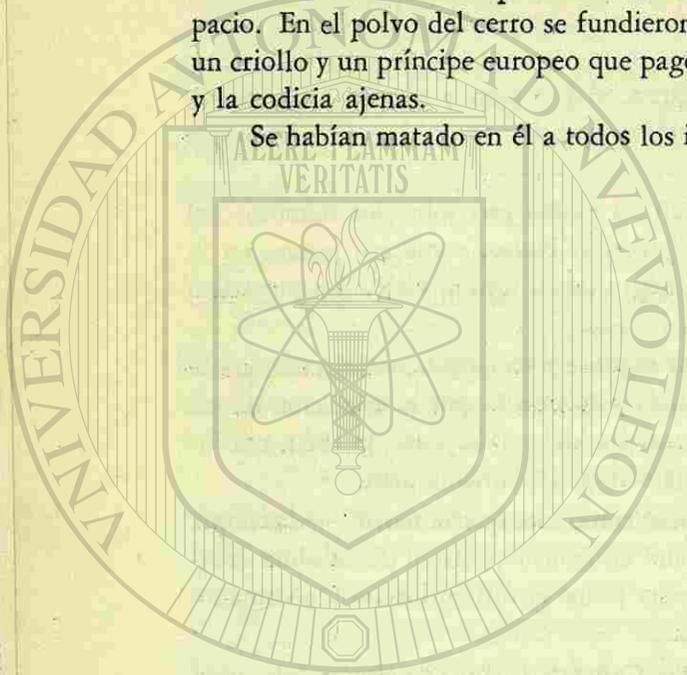
Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo y lo entregó a su criado húngaro Tudos con la recomendación de que lo hiciera llegar a su madre, la Archiduquesa Sofía.

Después, con voz suave y la misma mirada dulce y tierna de sus ojos azules, esta vez perdida en el infinito, hizo votos por la felicidad de México.

“Mexicanos —exclamó quedamente—, que mi sangre sea la última vertida y mi desgraciada patria adoptiva pueda un día levantarse. ¡Dios bendiga a México!”

Fueron sus últimas palabras. Una detonación atronó el espacio. En el polvo del cerro se fundieron las sangres de un indio, un criollo y un príncipe europeo que pagó con su vida la ambición y la codicia ajenas.

Se habían matado en él a todos los imperialismos del futuro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XXVI

EL EXODO FUNEBRE

Todo había terminado cuando el rubio archiduque de Austria cayó ensangrentado junto a Miramón y Mejía en la yerma falda del Cerro de las Campanas.

Se hizo un silencio profundo en el que aleteaba la consternación general. Hasta aquellos que habían apuntado contra el Emperador y palpaban tristemente la onza de oro que les había entregado como regalo postrero, miraban con pesadumbre el cuerpo inerte del hombre a quien le había tocado ser la víctima de un magno error.

Sus criados Grill y Tudos, de los pocos servidores del Imperio a quienes se dejó en libertad, contemplaron la dolorosa escena con la angustia en el alma y los ojos cintilantes de lágrimas.

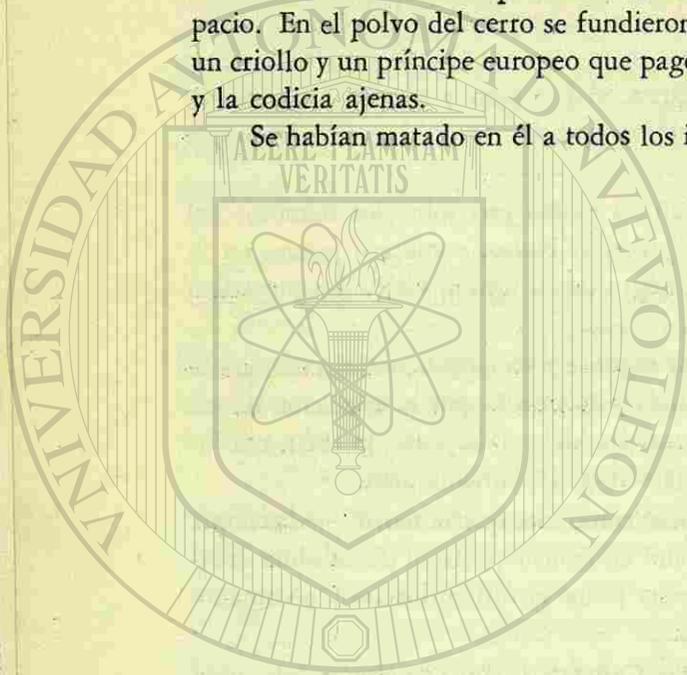
Tudos apretaba como una reliquia el pañuelo con que Maximiliano se enjugó el sudor y que le había entregado como recuerdo para su madre, la Archiduquesa Sofía. También el sombrero blanco jarano que el Emperador había dejado a un lado junto a su gran paletó gris fueron recogidos con unción.

A poco se presentaron los camilleros. Venían a recoger los cadáveres de los fusilados y el del Emperador fue llevado al Convento de las Capuchinas de donde había salido hacia el cadalso unas horas antes. Allí se procedió a embalsamar el cuerpo y se le

“Mexicanos —exclamó quedamente—, que mi sangre sea la última vertida y mi desgraciada patria adoptiva pueda un día levantarse. ¡Dios bendiga a México!”

Fueron sus últimas palabras. Una detonación atronó el espacio. En el polvo del cerro se fundieron las sangres de un indio, un criollo y un príncipe europeo que pagó con su vida la ambición y la codicia ajenas.

Se habían matado en él a todos los imperialismos del futuro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

XXVI

EL EXODO FUNEBRE

Todo había terminado cuando el rubio archiduque de Austria cayó ensangrentado junto a Miramón y Mejía en la yerma falda del Cerro de las Campanas.

Se hizo un silencio profundo en el que aleteaba la consternación general. Hasta aquellos que habían apuntado contra el Emperador y palpaban tristemente la onza de oro que les había entregado como regalo postrero, miraban con pesadumbre el cuerpo inerte del hombre a quien le había tocado ser la víctima de un magno error.

Sus criados Grill y Tudos, de los pocos servidores del Imperio a quienes se dejó en libertad, contemplaron la dolorosa escena con la angustia en el alma y los ojos cintilantes de lágrimas.

Tudos apretaba como una reliquia el pañuelo con que Maximiliano se enjugó el sudor y que le había entregado como recuerdo para su madre, la Archiduquesa Sofía. También el sombrero blanco jarano que el Emperador había dejado a un lado junto a su gran paletó gris fueron recogidos con unción.

A poco se presentaron los camilleros. Venían a recoger los cadáveres de los fusilados y el del Emperador fue llevado al Convento de las Capuchinas de donde había salido hacia el cadalso unas horas antes. Allí se procedió a embalsamar el cuerpo y se le

colocó en un sencillo ataúd negro que fue depositado provisionalmente en el entresuelo de una casa particular acabada de designar para Palacio de Gobierno.

Quedó solo, sin pompas ni honores, durante algunas semanas, pues aunque el Ministro de Austria hizo las gestiones necesarias para que se le entregara el cadáver, la solicitud no fue atendida de inmediato.

Lo propio hizo también sin éxito, el doctor Basch a quien Maximiliano había encargado en vida la conducción de su cadáver a Viena.

Parece como si aún en la muerte, el Emperador habría de sufrir olvidos y abandonos. Porque no se explican las negativas de las autoridades juaristas para cumplir de inmediato con los últimos deseos del Monarca; ni había por qué conservar aquel ataúd en un triste sótano cuando ya todo estaba terminado y lo humano hubiese sido entregar sus despojos sin más trámites a las personas designadas por él mismo.

Todavía permaneció allí unos meses más, antes de que por fin se le trasladase a México, donde se le colocó en lo que hoy es la Escuela de Medicina.

El gobierno liberal que ya se había establecido de nuevo en la Capital, ponía como condición para la entrega de los restos del Archiduque, que la propia casa real de Austria hiciera la reclamación en forma oficial, quizá buscando así un tácito reconocimiento a la República.

Así fue, pues, cómo el efímero Emperador, ya muerto, tuvo que permanecer en su patria de adopción, todavía cinco meses más. Hasta noviembre de 1867, el Vicealmirante austriaco Teghettoff consiguió que se le hiciera la fúnebre entrega, no sin antes haber presentado a las autoridades juaristas respectivas, el docu-

mento de solicitud de Francisco José que lo autorizaba para tal gestión. Y en ese mismo mes partió para Trieste con su triste carga.

Como coincidencia, la fragata que comandaba Teghettoff era la *Novara*, la misma que tres años antes, en mayo de 1864, había traído a aquel rubio príncipe austriaco de treinta y dos años, escogido para reinar en un país en llamas. Desde la misma cubierta donde el Vicealmirante veía desaparecer la costa tropical veracruzana, había el príncipe tendido su soñadora mirada azul sobre el horizonte de palmeras, creyendo que venía a redimir y salvar aquel exótico país desconocido.

Antes de hacer su último viaje a Trieste y más tarde a la cripta de las Capuchinas de Viena en noviembre de 1867, el cadáver del Emperador fue visitado por Juárez. Acompañado el Presidente republicano por su inseparable Ministro Lerdo de Tejada, acudió al entonces Hospital de San Andrés, donde se encontraba el ataúd.

Fue la primera y única vez que estaban en un mismo sitio los dos contrincantes del fatídico Imperio. Grave y austero, don Benito se acercó al féretro y sin musitar palabra, lo contempló por largo rato. De pronto, extrañamente empezó a medir el inerte cuerpo del archiduque con la palma de su mano extendida. Y al terminar la macabra tarea, dijo en voz baja, como hablando para sí mismo:

"No fue tan proporcionado: sus piernas eran demasiado largas para su talle".

¡Única debilidad del gran patricio que a base de fe y voluntad había sabido rechazar una invasión y forjar una patria! Aquella rara actitud suya no era sino un secreto complejo ante la belleza física del príncipe caído que, como todo en él, formaba un

violento contraste junto a la pequeña y cuadrada figura de bronce del estoico indio de Guelatao.

El 16 de enero de 1868, siete meses después de muerto, se desembarcó en Trieste el cadáver del Emperador de México.

Carlota ya había sido trasladada al castillo de Laecken en Bélgica desde julio anterior, por lo que no le fue dado, ni en la vida ni en la muerte, ver una vez más a su esposo de quien se separó para siempre en el lejano México en julio de 1866.

El cortejo fúnebre pasó por la enlutada Trieste con rumbo a Viena en medio de una copiosa nevada. El sepelio fue dispuesto de acuerdo con la pompa imperial de la casa de Austria, rindiéndose honores regio y la más principesca suntuosidad al finado Archiduque de Habsburgo. ¿Trataba así Francisco José de enmendar tardía e inútilmente la cruel indiferencia con que abandonó a su desgraciado hermano a su fatídica suerte en México?

Varios funcionarios del imperio mexicano, el Conde de Bombelles, el Marqués de Coria, el Mayor Gunner, el Conde de Kvenhuller, el consejero Eloin, el doctor Basch y el secretario Blasio —estos últimos habían sido libertados y estaban en Europa— presenciaron el sepelio de su Emperador en la cripta de la iglesia de Capuchinas.

Allí, junto a la Emperatriz María Teresa y al hijo de Napoleón I, el Duque de Reichstadt, reposó para siempre Maximiliano.

Así terminaba en la fría losa de un sepulcro vienés el imperio de un príncipe de Habsburgo en un país de ultramar que lo venció por la fuerza del derecho.

Entre tanto, el hombre a quien más debía su tragedia, sufría en las Tullerías casi el mismo tormento del engañado Archiduque en las postrimerías de su reinado. Napoleón perdió su trono al caer prisionero de Prusia en 1870, a sólo seis años de la muerte de su víctima.

Bazaine, por su parte, sufrió el deshonor de la derrota de Metz, fue acusado de traición a Francia y al propio Napoleón a quien, decíase, quería suplantarlo. Fue sentenciado a veinte años de prisión en la isla de Santa Margarita, cerca de Cannes, de donde, con la ayuda de su esposa Pepa Peña, se evadió para morir exilado en Madrid en 1888.

Juárez, que apoyándose en un derecho indiscutible, tronchara aquella joven vida en plenitud de sus escasos treinta y cinco años, aún no cumplidos, también debió rendirse a la muerte en julio de 1872, un lustro solamente después de caído su enemigo.

Dos supervivientes trágicas tuvo, empero, el imperio mexicano. Eugenia que tanto influyó en su imperial marido Napoleón III para enviar a México a Maximiliano y Carlota, vivió noventa y cuatro años hasta 1920 en su destierro inglés de Camden y sufrió allí la muerte de sus más íntimos afectos: la del ex-Emperador en 1876, y la muy prematura de su joven hijo, el príncipe Luis de 23 años, que cayera dolorosa e inútilmente en una campaña del ejército expedicionario británico en Africa.

Y Carlota, la otra mujer que en su afán de gloria y poder persuadiera a Maximiliano a aceptar la trágica corona de México, vivió sesenta años después del drama de Querétaro. Primero en Miramar, después en el castillo belga de Laecken, y finalmente en el de Bouchout cerca de Bruselas, se consumió poco a poco hasta su muerte en 1927 a los ochenta y siete años. Nunca emergió de los abismos de la locura que le deparó su trágica suerte.

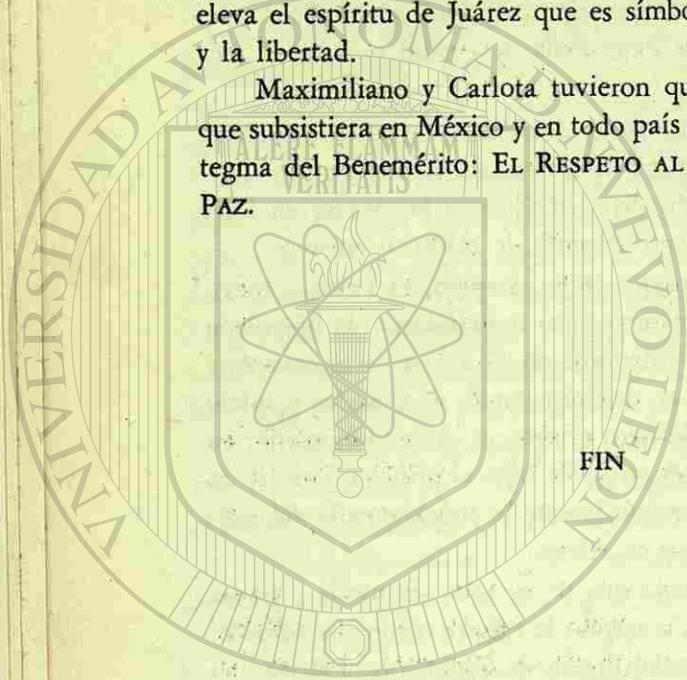
Ella en Bélgica y él en Austria yacen para siempre con un océano de por medio del distante país en que reinaron.

En sus tumbas se leen sus títulos: Emperador, Emperatriz de México. Y en Trieste, en Viena y Pola, se yerguen estatuas de Maximiliano como último homenaje a un príncipe de sangre.

En México se les recuerda también. Pero más como personajes de tragedia que mueven a conmiseración y piedad.

Sobre los cuerpos yertos de los infortunados príncipes se eleva el espíritu de Juárez que es símbolo inmortal del derecho y la libertad.

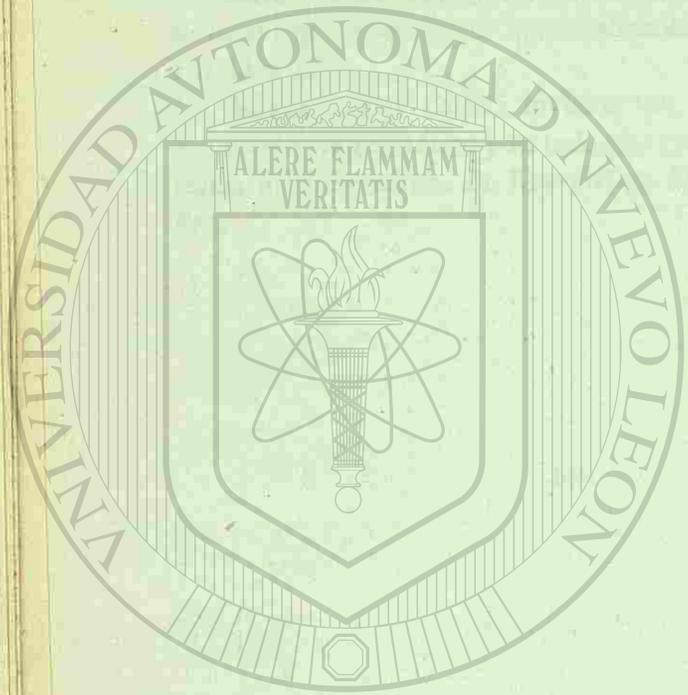
Maximiliano y Carlota tuvieron que vivir su tragedia para que subsistiera en México y en todo país civilizado el sublime apotegma del Benemérito: EL RESPETO AL DERECHO AJENO ES LA PAZ.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



